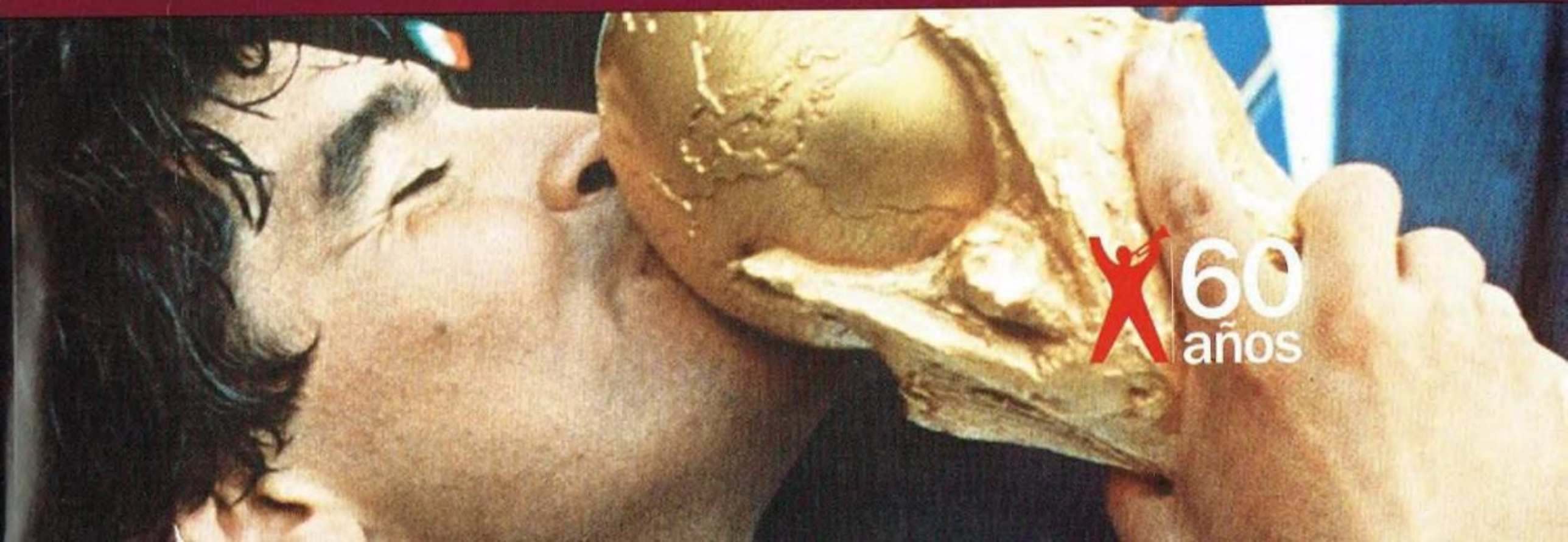
La Fotografía en la Historia Argentina

Tomo IV



La Fotografía en la Historia Argentina

Tomo IV

60 años

Capítulo 9

La dictadura más violenta

El fracaso de un plan basado en el autoritarismo y la represión

Por
Luis Alberto Romero

Profesor de Historia Social General de la Facultad de Filosofía y Letras, UBA. Investigador principal del CONICET. Autor de Breve historia de la Argentina contemporánea.

La última dictadura militar ha marcado una fractura profunda en el devenir histórico argentino: hay una Argentina anterior a 1976 y otra posterior a 1983. La celebración del retorno a la democracia en ese año apenas puede ocultar la magnitud de la transformación, la definitiva destrucción de una Argentina profundamente conflictiva pero vital y su reemplazo por otra, democrática, pero exangüe y empobrecida, que veinticinco años después aún no alcanza a cobrar forma.

Aquellos conflictos de la vieja Argentina, amasados durante los 20 años previos, habían hecho eclosión en 1975, en vísperas del golpe militar: caos económico, crisis de autoridad, luchas facciosas, violencia descontrolada. Todo ello configuró un cuadro que facilitó y hasta legitimó la intervención militar, recibida por muchos con alborozo, con alivio por otros, y con resignación por los más.

Como era habitual en estos golpes, las Fuerzas Armadas anunciaron su propósito de reconstruir una auténtica democracia republicana. Mientras tanto, asumieron la totalidad del poder, que repartieron entre las tres fuerzas, y suspendieron la vigencia del orden jurídico. Sólo quedó en pie una débil institucionalidad, que tampoco fue respetada por la dictadura. Los militares se propusieron no solo restablecer el orden sino eliminar de raíz las causas profundas de los conflictos. Las metáforas quirúrgicas –como "extirpar el tumor"– dan una idea del método imaginado: la práctica estatal de un terrorismo clandestino. La operación y sus fases son hoy bien conocidas: el secuestro, la tortura, la detención en campos clandestinos y la desaparición final. Como ha establecido la Justicia, se trató de un plan global, con una necesaria organización administrativa, cuyas decisiones finales –la ejecución y desaparición– eran tomadas por jefes del más alto nivel. La represión se dirigió contra las organizaciones armadas, que en 1976 ya estaban prácticamente derrotadas, y contra sus simpatizantes y apoyos civiles. Pero se extendió a todo tipo de militancia social y política: obreros, estudiantes, sacerdotes, abogados y periodistas fueron los grupos más castigados. La arbitrariedad formaba parte del método, destinado también a aterrorizar a los vivos, cuyo silencio y acatamiento se impuso mediante el despliegue del terror clandestino. Simultáneamente, el discurso público de las Fuerzas Armadas –el único que podía circular– descalificaba toda disidencia, toda crítica, como obra de la "subversión apátrida".

Suprimir de raíz los conflictos consistía también en cambiar la relación entre un Estado con mucha capacidad para conceder subsidios y prebendas, y un conjunto de intereses corporativos cuya puja por el maná estatal generaba el permanente desorden. Era la herencia de la Argentina populista. "Achicar el Estado" significaba reducir esas subvenciones, menguar el botín en disputa y aplastar a los principales intereses corporativos, sobre todo, en el sector industrial. A la vez, a través de las obras y servicios públicos, se apoyó a la llamada patria contratista, semillero de los nuevos poderosos, los indiscutidos vencedores en la contienda social. Junto a ellos se alineó el sector financiero, engrosado por los capitales internacionales que, en tiempos de gran abundancia, entraron libremente. En los primeros años hubo un florecimiento económico –la llamada plata dulce– que ocultó la destrucción del aparato productivo. Cuando pasó el veranito de prosperidad, se percibió la magnitud del daño, el volumen del endeudamiento y el modo como éste condicionaba las decisiones futuras del Estado.

La represión brutal y un discurso masivo, monolítico e incontestado aseguraron el triunfo de la dictadura por sobre cualquier disidencia. Tuvo muchos apoyos, sobre todo en el ámbito de las grandes corporaciones: muchos empresarios, eclesiásticos y políticos los respaldaron públicamente. Pero hay más que eso. En un memorable ensayo Guillermo O'Donnell ha presentado la figura de lo que llamó los kappos –padres, maestros, pequeños funcionarios, taxistas–, mostrando con ellos la penetración y reproducción del mensaje autoritario en los espacios más íntimos de la sociedad, como la familia o las instituciones educativas. Quienes mantuvieron una actitud crítica debieron ser muy prudentes, y elegir con cuidado las formas y los ámbitos donde expresarse, midiendo el riesgo en cada caso. El mundo del exilio –los argentinos que debieron irse u optaron por hacerlo– fue una fuente de sostén anímico, y también de informaciones que penetraban la censura oficial. Entre quienes aceptaron y quienes resistieron, la mayoría de la sociedad argentina siguió viviendo su vida, interesada en los deportes, la televisión o las vacaciones, y reacia a vincular lo poco que se conocía del terrorismo estatal con, por ejemplo, la gran gesta nacional del Mundial de fútbol, que se disfrutó plenamente. Así medido, el éxito del Proceso fue grande.

El fracaso de un plan basado en el autoritarismo y la represión

Si no fue mayor, se debió a la enorme incapacidad de los militares, que ni siquiera acertaron a conducir el gobierno de acuerdo con sus principios. En lugar de poder fuerte y unidad de mando, las responsabilidades fueron divididas entre las tres Fuerzas Armadas. Cada cuestión, desde la política económica hasta la eventual salida política, fue motivo de una sorda lucha facciosa y de un bloqueo de todas las alternativas. Quizá por eso, los militares creyeron que podían alcanzar la unidad interna y la comunión con la nación mediante una guerra exterior victoriosa, que en 1978 fue evitada por la mediación papal, pero que finalmente estalló en 1982.

En el ínterin, el ánimo de la sociedad había ido cambiando. A la plata dulce siguió la debacle bancaria de 1981. La represión se atemperó y, una a una, las voces disidentes empezaron a dejarse oír: la Iglesia, los partidos políticos, los sindicatos, y otras muchas provenientes de la sociedad misma, como la que se escuchaba en los juveniles recitales de rock. Sobre todo, fue la voz de las organizaciones defensoras de los derechos humanos, y en especial las Madres de Plaza de Mayo, en las cuales ha de admirarse tanto la valentía inclaudicable cuanto su capacidad para percibir en el reclamo materno la única fisura del monolítico discurso oficial. La protesta fue ganando la calle. La sociedad recobraba su voz y comenzaba a acosar al régimen militar, que buscó una salida desesperada.

La Guerra de Malvinas fue, desde el principio, una aventura descabellada. Los militares ocuparon las Islas Malvinas confiando, contra toda evidencia, en la complicidad de los Estados Unidos y la pasividad de Gran Bretaña. Hubo notoria impericia profesional pero, en cambio, un buen conocimiento del volátil talante de la sociedad argentina. La reivindicación de las Malvinas estaba en el centro del imaginario nacionalista, el mismo que, por otros conductos, había alimentado diversas pasiones políticas a lo largo del siglo XX, y se había nutrido de ellas. Tocando estas cuerdas, los militares consiguieron reunir multitudes aclamantes en la Plaza de Mayo. Toda la sociedad fue presa de una suerte de locura colectiva, que combinó soberbia y paranoia. No sólo se podía ganar la partida militar, sino que ese triunfo habría de ser el inicio de una cierta regeneración nacional, fundada en la derrota del enemigo eterno de la nación. Prácticamente no hubo voces discordantes. Luego se produjo la invasión británica de las Malvinas. El aparato propagandístico oficial ocultó los indicios de la derrota, claros para cualquiera que quisiera verlos. La inevitable debacle final trajo una profunda desilusión, y la lógica discusión acerca de las responsabilidades. Los gruesos errores militares fueron expuestos y en el mismo ambiente, casi sin solución de continuidad, comenzaron a hacerse públicos los crímenes del Proceso. En medio del show del horror, la dictadura se derrumbó y comenzó el proceso de transición democrática.

Los militares debieron anunciar apresura-

Control en la ruta (1976)
Archivo Clarín.

damente el llamado a elecciones, aunque luego trataron de condicionar su retirada a ciertos acuerdos mínimos sobre lo que se llamó la "revisión del pasado". Pero el ánimo de la sociedad había cambiado radicalmente. Todos los agravios acumulados durante los largos años de silencio salieron a la luz. La revelación de los crímenes cometidos transformó al Proceso en objeto de horror; y en el mismo movimiento, la democracia apareció en el imaginario como su antítesis y su alternativa. Allí donde el Proceso había encarnado la suma de los males, la democracia resumiría los bienes. El poder militar era remplazado por otro equivalente: el poder del pueblo ciudadano.

La fuerza de esta ilusión democrática fue enorme. Durante más de un año, las calles fueron ocupadas por muchedumbres unidas por su nueva fe democrática, y reacias a cualquier acuerdo con los militares en retirada. A la vez, se reconstruyeron a toda marcha los partidos políticos, los habitantes aprendieron velozmente a ser ciudadanos y surgieron nuevos contingentes de dirigentes políticos. Detrás de la ilusión, pudo quizá vislumbrarse una realidad más dura y difícil de cambiar. Los dirigentes del justicialismo, que aparecía como la principal fuerza electoral, estaban dispuestos a aceptar los términos de la transacción ofrecida por los militares. Pero triunfó Raúl Alfonsín, que se hizo cargo del nuevo talante democrático y le dio forma. De su mano la Argentina entró en la etapa democrática. Pero era otra Argentina. El balance de lo hecho por el Proceso todavía no había comenzado a hacerse ◆

El poder vuelve a las Fuerzas Armadas

El nuevo golpe de Estado llevó al poder a una junta integrada por los jefes de las tres armas. Comenzaba así el autodenominado Proceso de Reorganización Nacional que, paradójicamente, abriría profundas heridas en la sociedad argentina, además de perjudicar la economía, especialmente el sector industrial.

Las primeras medidas del gobierno militar consistieron en suspender la actividad política, prohibir a las agrupaciones de izquierda, mantener el estado de sitio, crear consejos de guerra y volver a instaurar la pena de muerte. Al mismo tiempo, se intensificaba la represión ilegal de activistas y simpatizantes de cualquier movimiento de protesta o crítica social. Tras la reinstauración de la democracia, en 1983, se comprobó la existencia de cientos de centros clandestinos de detención. Las agrupaciones defensoras de los derechos humanos, por su parte, denunciaron la desaparición de 30.000 personas.

Jorge Rafael Videla ejerció la presidencia entre 1976 y 1981. Su ministro de Economía fue José Alfredo Martínez de Hoz, quien alentó la apertura de la economía y la libre acción de los operadores financieros. Esto desembocó en el ingreso de capitales especulativos y en graves perjuicios para la industria nacional.

Tras una corta presidencia del general Roberto Viola, el poder quedó en manos del general Leopoldo F. Galtieri, quien se opuso a la tímida apertura política de su antecesor. En el centro de su gestión, figura la Guerra de Malvinas, ocurrida en 1982. El desembarco de las tropas argentinas en el archipiélago había ocurrido tres días después de la represión de una marcha de la CGT. El fracaso militar provocó la renuncia de Galtieri ese mismo año.

El general Reynaldo Bignone tuvo a su cargo la última etapa del Proceso, concluida en 1983 con las elecciones.

La Junta Militar (1977)
Massera, Videla y Agosti formaron la primera de las juntas que dirigieron el autodenonimado Proceso. Videla asumió la Presidencia el 29 de marzo de 1976.

AFP

José Alfredo Martínez de Hoz (1976)
Videla le toma juramento como nuevo ministro de Economía el 31 de marzo de 1976. Enseguida, Martínez de Hoz anunció su plan económico que incluía el congelamiento de los salarios y un aumento de impuestos.

Archivo Clarín.

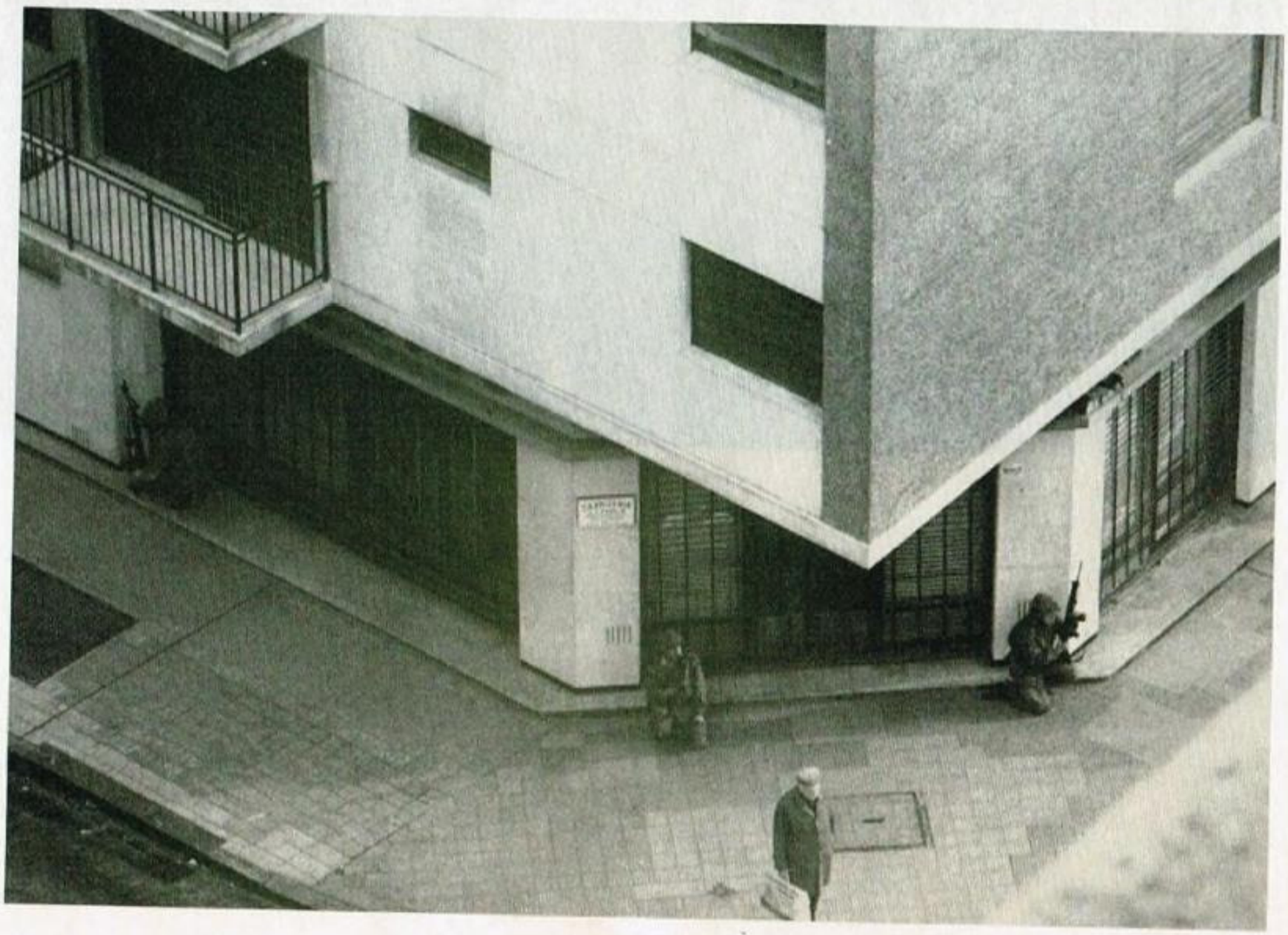
Relaciones con la Iglesia

Mientras algunos miembros de la jerarquía eclesiástica manifestaron su apoyo al gobierno militar, otros sacerdotes lo criticaron, especialmente por las violaciones a los derechos humanos. Arriba, Videla llega a la Catedral para participar de una ceremonia religiosa.

Archivo Clarín.

Interrogatorio (1976)
Dos personas son rodeadas por miembros del Ejército en una esquina porteña, el 11 de junio de 1976. Aparentemente, se aprestan a interrogarlas.

Archivo Clarín.

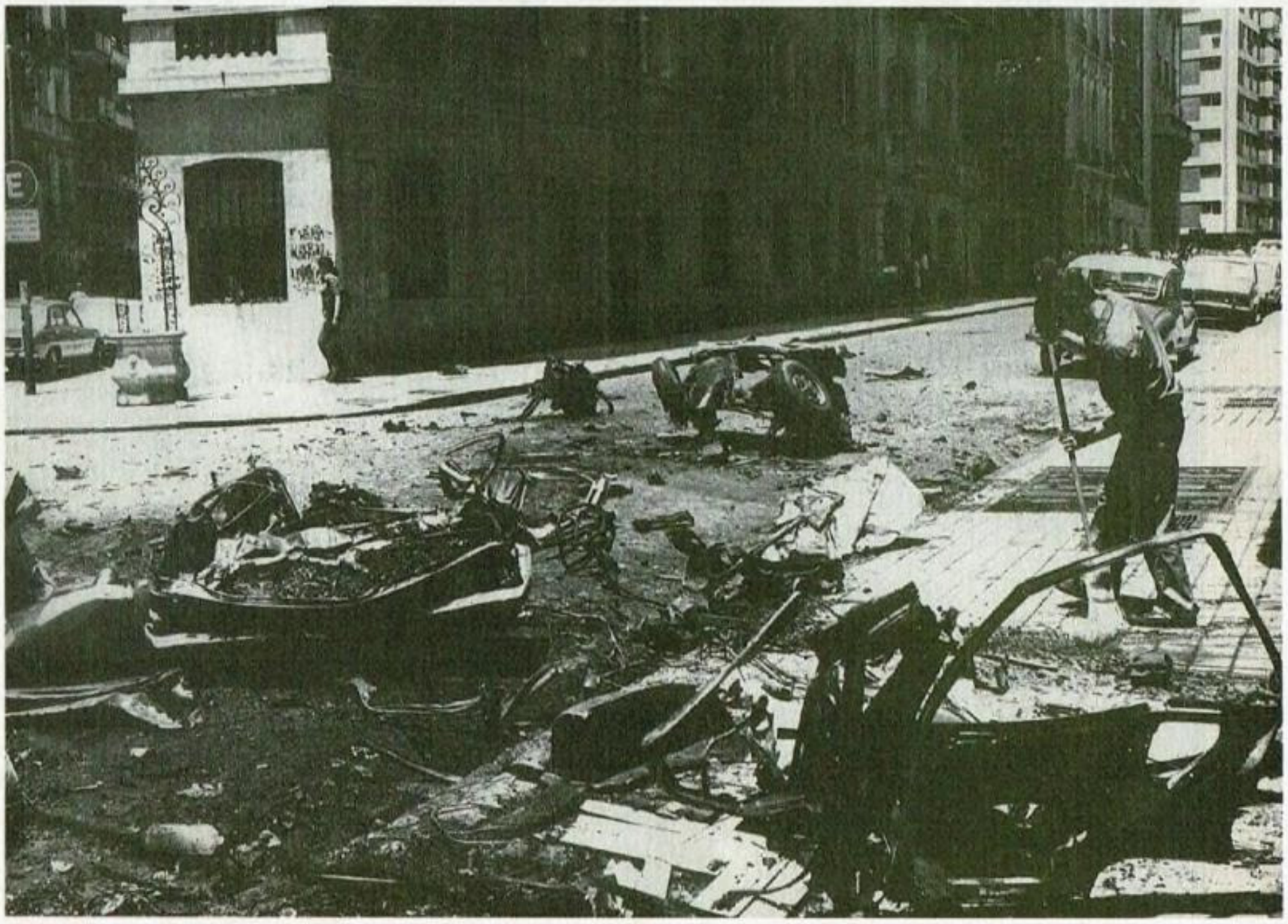


Despliegue (1976)
Con armas largas, tres soldados toman posiciones en otra esquina porteña, el 17 de setiembre de 1976. Con una actitud casi indiferente, un peatón se apresta a cruzar la calle.

Archivo Clarín.

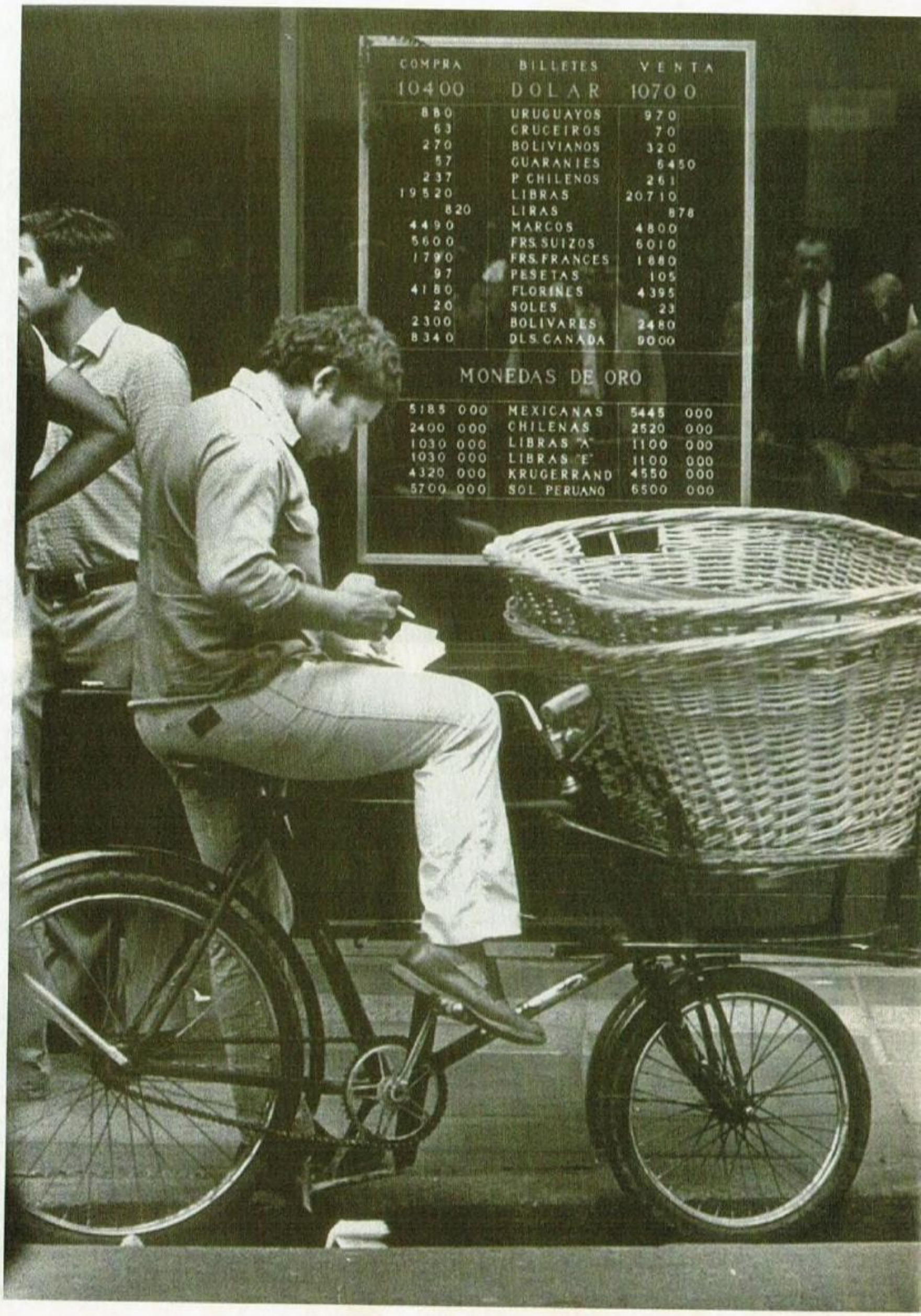
Luciano B. Menéndez (1978)
El general Menéndez era jefe del III Cuerpo de Ejército, con asiento en Córdoba. Acusado de numerosas violaciones a los derechos humanos, fue condenado por la Justicia e indultado en los 90. A la izquierda inspecciona a un grupo de soldados el 12 de marzo de 1978.

Archivo Clarín.



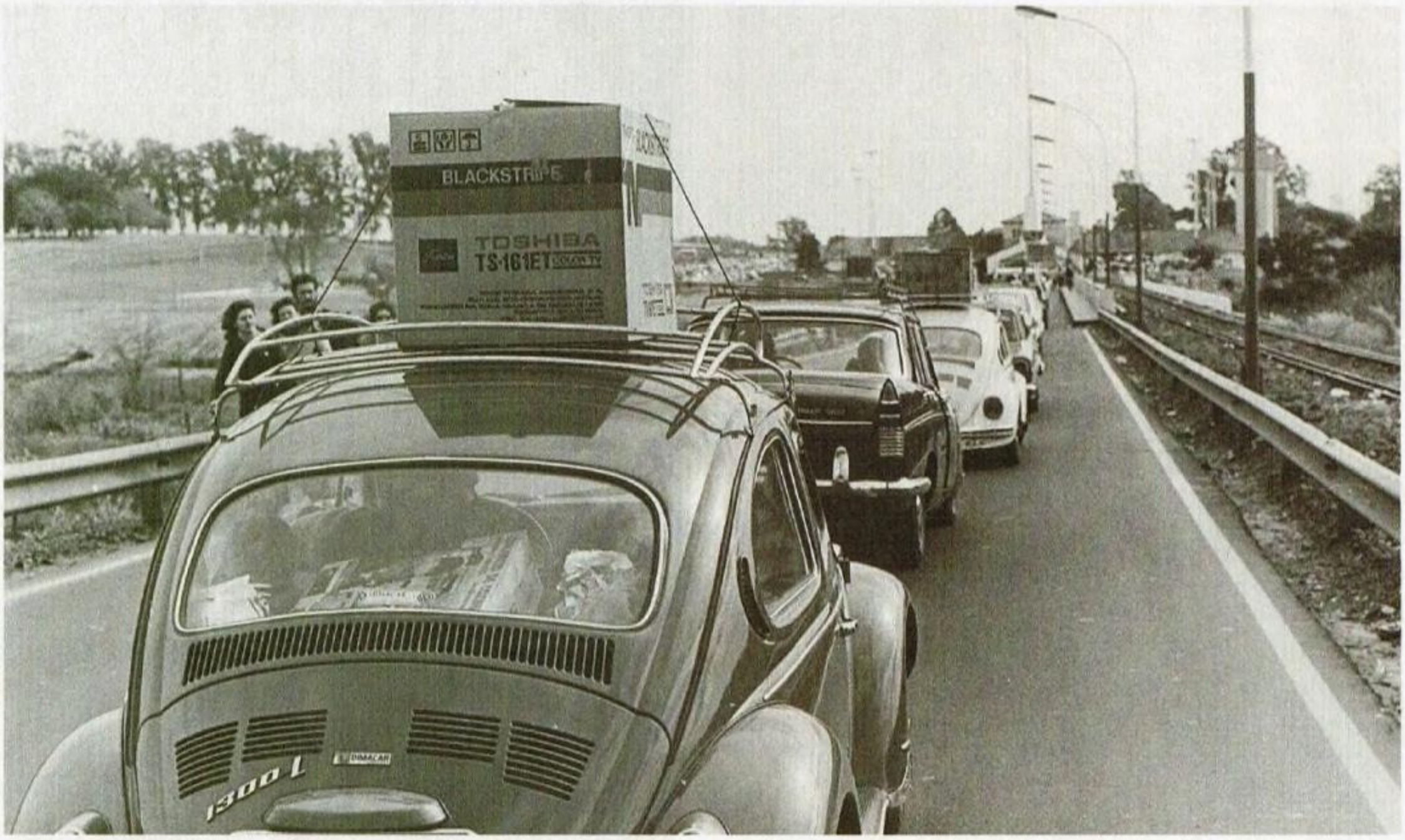
Bomba en un auto (1977)
La explosión ocurrió en Guido y Uruguay el 2 de diciembre de 1977. Para entonces, los actos de la guerrilla habían disminuido y las principales organizaciones habían sido desmanteladas.

Ismael Gómez. Clarín.



Apuesta por el dólar (1980)
Un repartidor anota la cotización del dólar en plena City porteña. La tablita de Martínez de Hoz establecía la devaluación mensual del peso. De esta manera, quienes convertían dólares en pesos, podrían recuperarlos a un precio previsto.

Daniel Rodríguez. Clarín.



La plata dulce (hacia 1980)
Una caravana de autos lleva televisores desde Uruguayana (Brasil) a Paso de los Libres. El dólar barato alentaba las compras en el exterior.

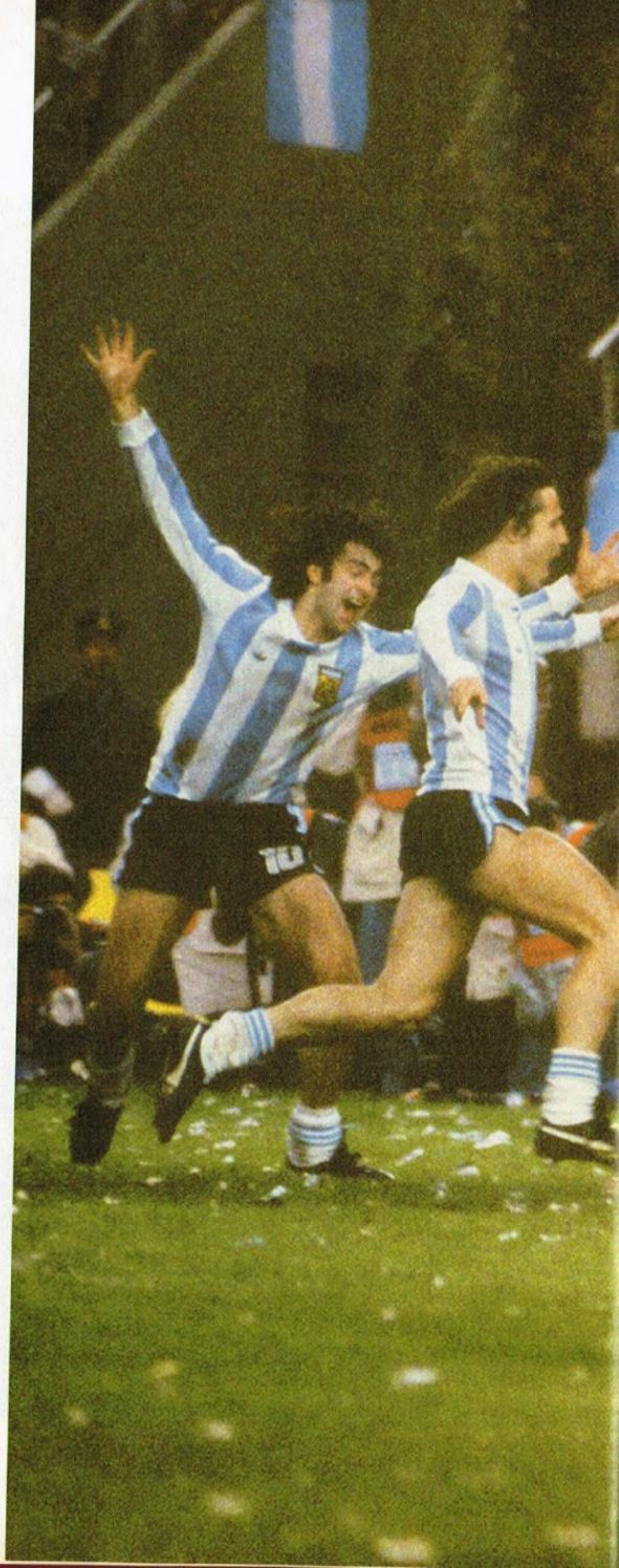
Carlos Sarraf. Clarín.

Cajas de electrónicos (hacia 1980)
Los televisores y las videocaseteras figuraban entre los productos preferidos por los compradores que viajaban a Uruguayana.

Carlos Sarraf. Clarín.

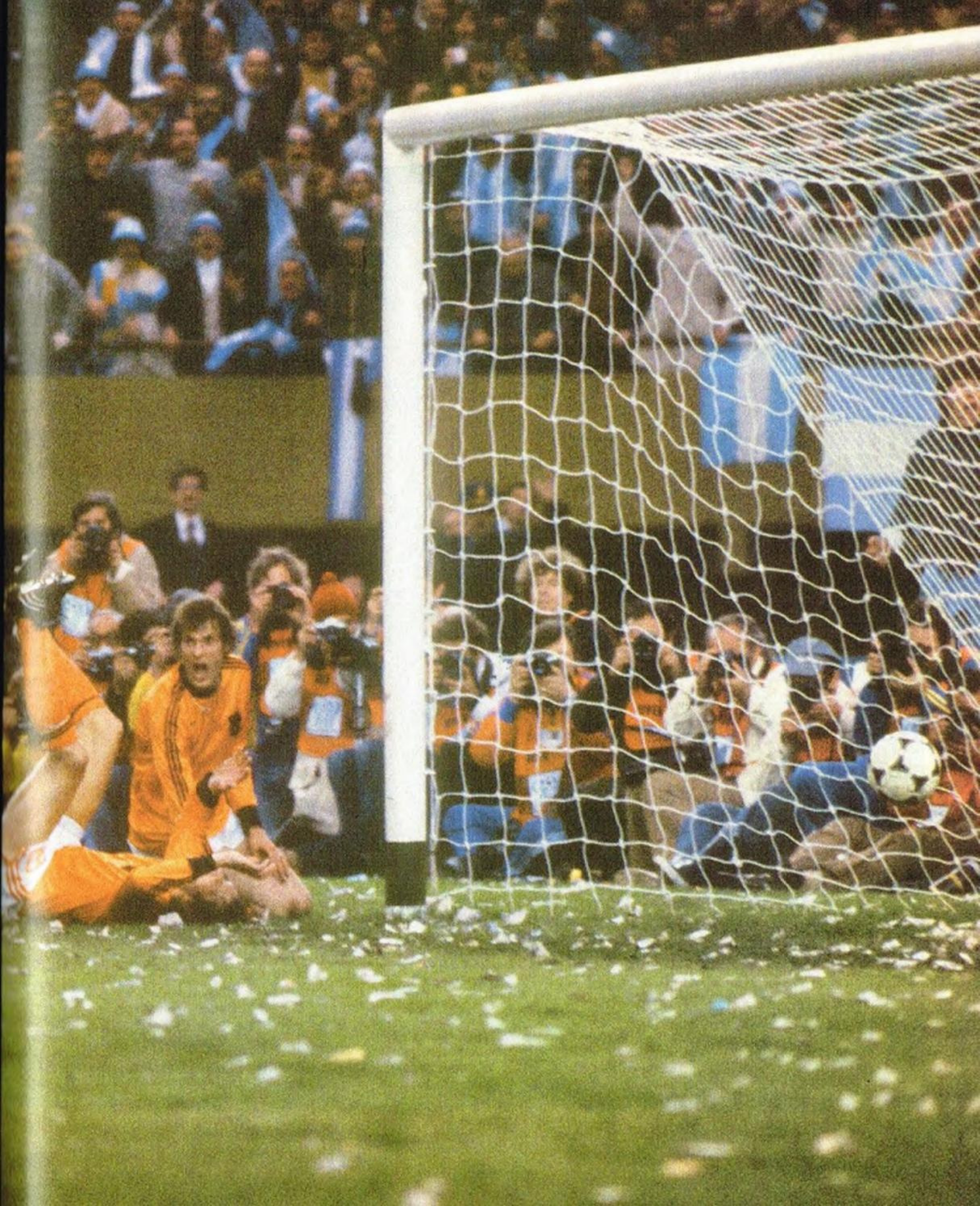
El Mundial de 1978

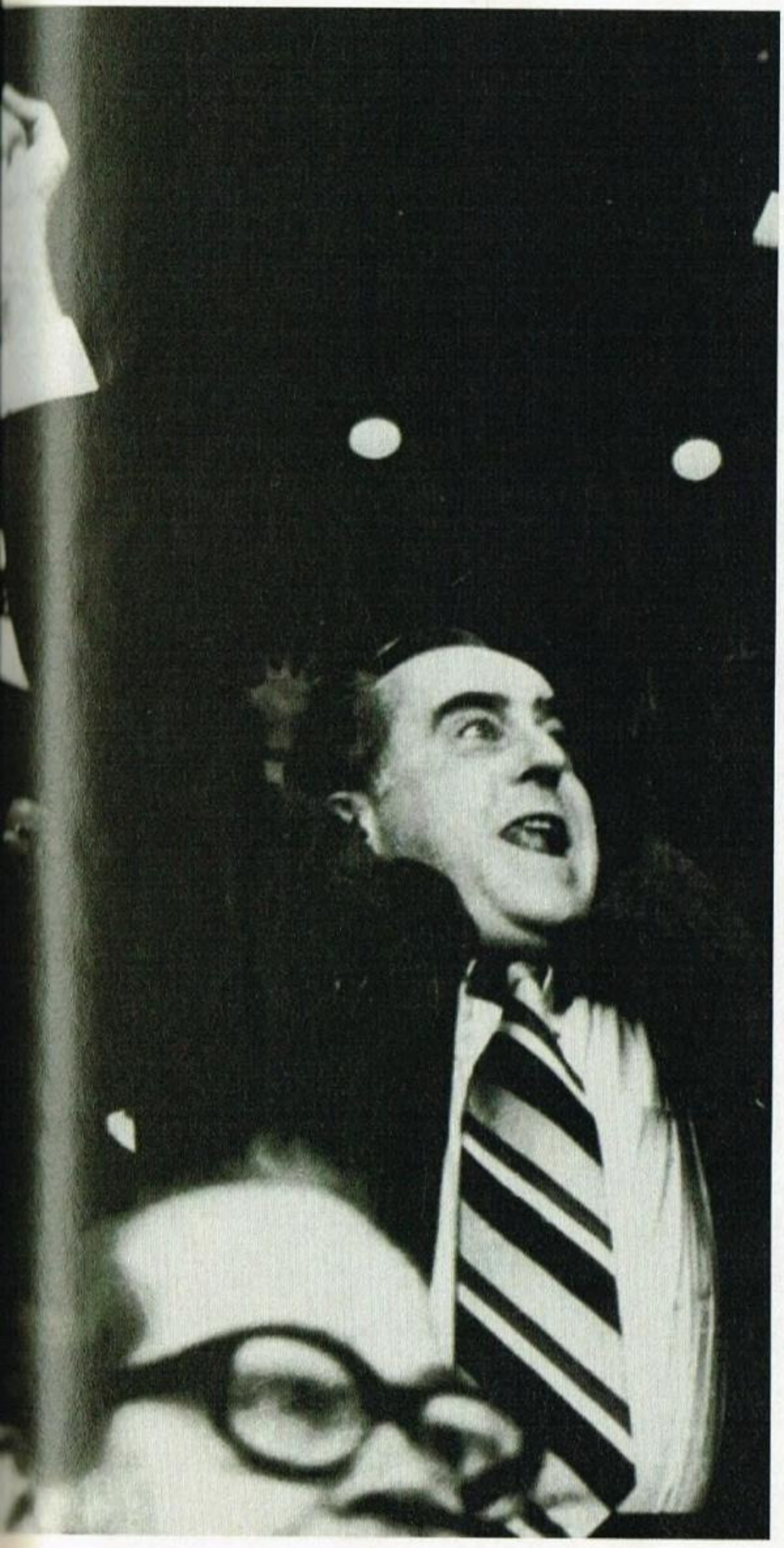
La Argentina fue ratificada, en 1974, como sede del Mundial de fútbol de 1978. El gobierno militar creó el Ente Autárquico Mundial 78 (EAM 78) y dio gran importancia al acontecimiento. Se construyeron los estadios de Córdoba, Mar del Plata y Mendoza, y se remodelaron los de River, Vélez y Rosario Central. También comenzaron las transmisiones televisivas en color. La Selección, dirigida por César Luis Menotti, llegó a la final y enfrentó a Holanda, subcampeón de 1974. Así, obtuvo su primer campeonato mundial.



Argentina campeón (1978)
Mario Alberto Kempes –a la izquierda con los brazos en alto– convierte el segundo gol de Argentina. La Selección venció a Holanda por 3 a 1 en tiempo suplementario, el 25 de junio de 1978. Los 90 minutos de juego habían terminado con un empate 1 a 1. Kempes fue el goleador del torneo.

Archivo Clarín.





El festejo de la Junta (1978)
Massera, Videla y Agosti gritan uno de los goles de la Selección durante la final con Holanda, en el estadio Monumental. El gobierno intentó transformar cada triunfo deportivo en una convalidación de su política. En esa época, aumentaban las críticas internacionales por las violaciones a los derechos humanos.

Higinio González. Presidencia de la Nación.

El festejo popular (1978)
El Mundial tuvo una inmensa repercusión. Durante un mes, alteró la vida de casi todos los argentinos. Cada victoria de la Selección fue festejada con singular entusiasmo. El 25 de junio, desafiando al frío, un multitud ganó las calles para celebrar la conquista del campeonato.

Archivo Clarín.

Guillermo Vilas (1977)
Ganó el Abierto de Estados Unidos el 9 de noviembre de 1977. Ese año también se había quedado con el título de Roland Garros. Considerado como el mejor tenista argentino, Vilas contribuyó a popularizar este deporte.

UPI.

Mundial juvenil (1979)
Diego Maradona alza la copa luego de la final del Mundial juvenil. En Japón, Argentina había vencido a la URSS por 3 a 1. Maradona no había sido convocado para el Mundial 78, pero deslumbró con su juego al año siguiente.

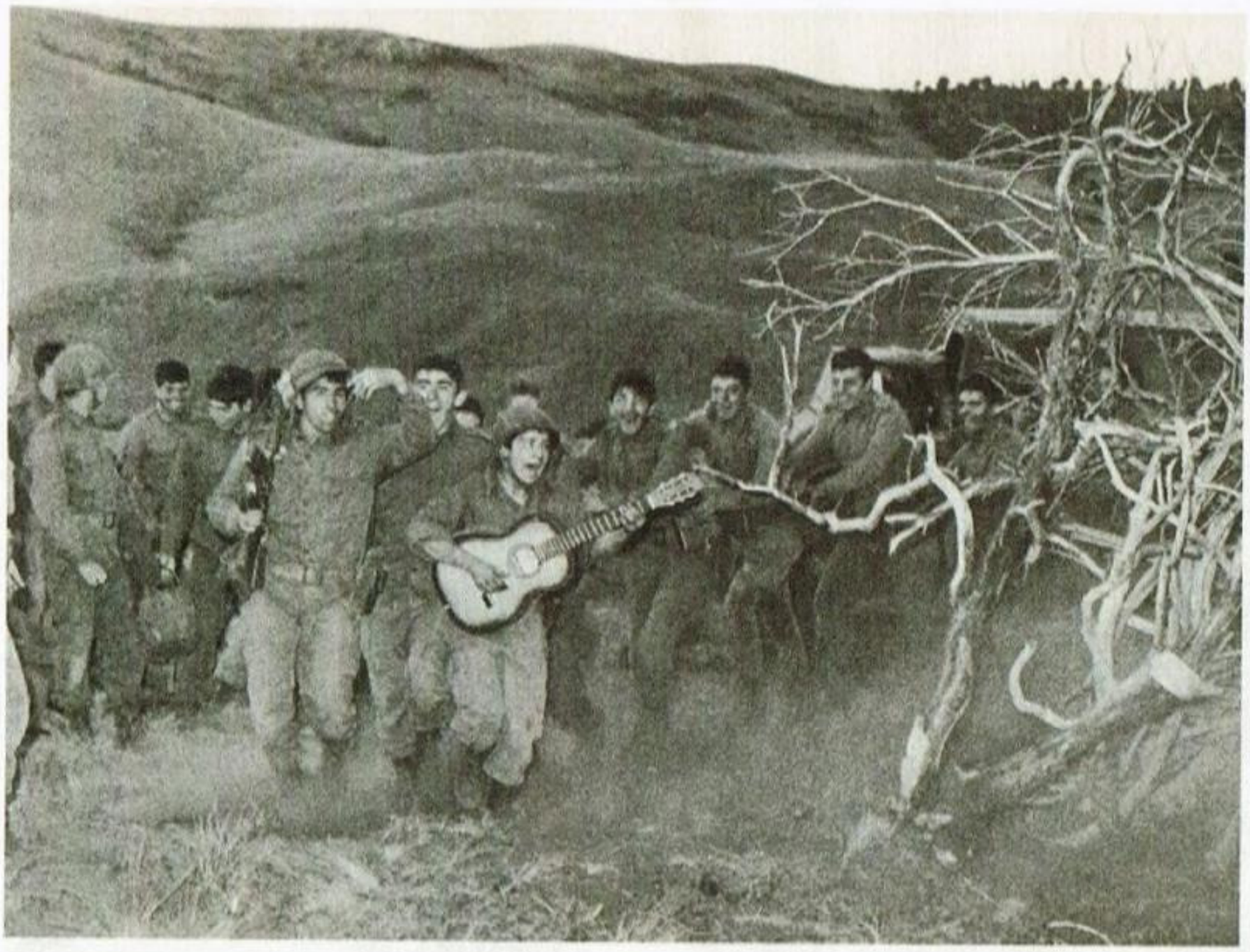
AP.

El conflicto del Canal de Beagle

La Argentina y Chile estuvieron al borde de la guerra en 1978 cuando nuestro país rechazó el fallo arbitral británico sobre el Canal de Beagle. En enero de 1979, ambos gobiernos resolvieron confiar en una nueva mediación, en este caso a cargo del papa Juan Pablo II. La propuesta papal, comunicada a través del cardenal Antonio Samoré, fue aceptada por los gobiernos y avalada por una consulta popular en 1984.

Pinochet y Videla (hacia 1978)
Los presidentes de Chile y la Argentina se reunieron en enero y febrero de 1978 para tratar el conflicto. La primera vez no llegaron a un acuerdo; en la segunda oportunidad formaron comisiones negociadoras pero tampoco se llegó a una solución. La tensión aumentó a fines de ese año.

AP.



Soldados en el Sur (1978)
La Argentina se retiró de la comisión mixta por la falta de avance en las negociaciones en octubre de ese año. Entonces, parecía que la guerra con Chile era casi inevitable. Estos soldados fueron fotografiados cerca de la frontera, en la provincia de Neuquén, en diciembre de ese año.

Archivo La Razón.

Ejercicios militares (1978)
Otra imagen de la movilización de efectivos en la provincia de Neuquén, a fines de 1978. Según los planes del Ejército, las tropas cruzarían la Cordillera por Neuquén y Mendoza. La Armada, en tanto, debía invadir las islas en conflicto: Picton, Nueva y Lennox.

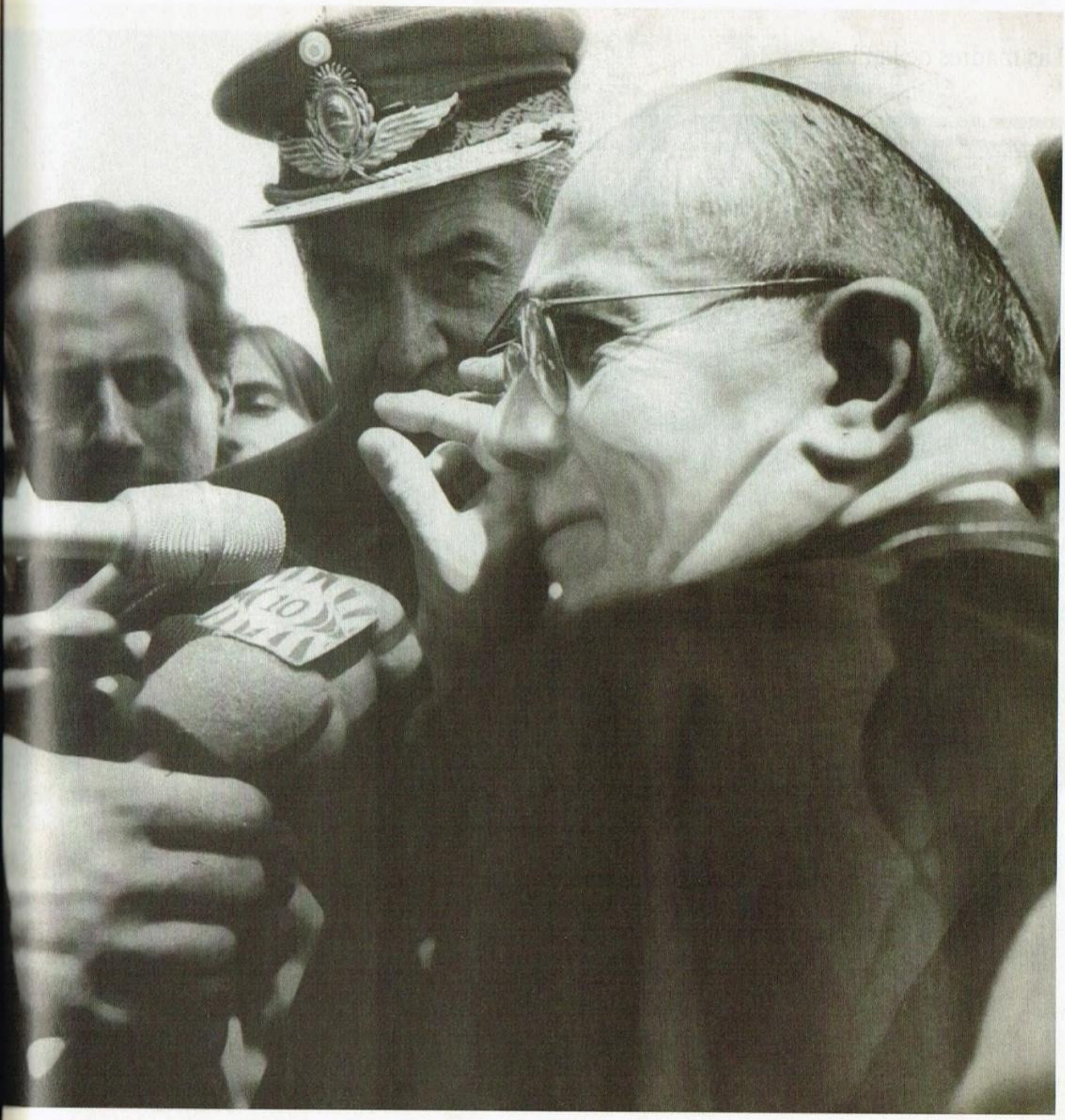
Archivo La Razón.

De regreso a casa (1979)
El 8 de enero de 1979, los cancilleres de la Argentina y Chile firmaron el Acta de Montevideo y solicitaron la mediación papal. Esto descomprimió la situación y las tropas volvieron a sus cuarteles. Estos soldados festejan el regreso tras permanecer en el Sur.

Archivo Clarín.

El cardenal Samoré (1978)
El enviado papal realiza un gesto mientras asegura que hay una "pequeña lucecita" para llegar a una solución pacífica del conflicto del Beagle. Antonio Samoré llegó a la Argentina el 26 de diciembre de 1978 y su gestión fue clave.

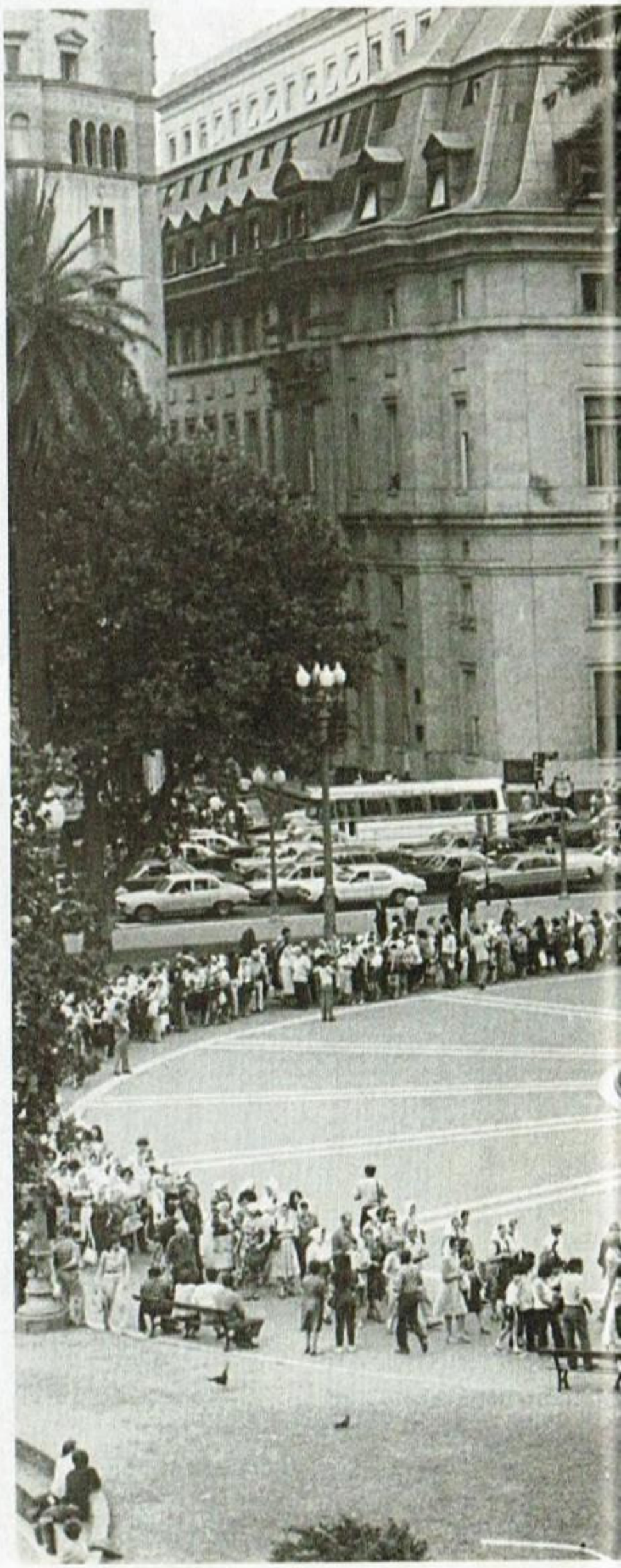
Mario Fiordelisi.



Las madres de la Plaza

Las primeras marchas (1977)
Azucena Villaflor, integrante del primer grupo de madres de desaparecidos, propuso las rondas en la Plaza de Mayo. Al principio, las mujeres no cubrían sus cabezas con los emblemáticos pañuelos blancos. Adoptaron ese símbolo durante una marcha a Luján, realizada en octubre de 1977.

AP.



El círculo del dolor (1981)
El grupo inicial de 14 madres creció rápidamente. En diciembre de 1977, Villaflor fue secuestrada y Hebe de Bonafini quedó como principal referente del grupo. Las marchas de los jueves alcanzaron gran repercusión, convirtiéndose en un símbolo de la lucha por los derechos humanos.

Carlos Villoldo. Clarín.

Frente a frente (1982)
La Policía carga contra un grupo de Madres de Plaza de Mayo, el 5 de octubre de 1982, durante la Marcha por la Vida. Ese año, antes y después de la Guerra de Malvinas, el gobierno había recurrido a la represión.

Eduardo Longoni. Clarín.

Adolfo Pérez Esquivel (hacia 1980)
Como reconocimiento a su lucha por los derechos humanos, recibió el Premio Nobel de la Paz en 1980. Fue un duro golpe político para la dictadura. A la derecha, durante una de las marchas de las Madres de la Plaza de Mayo.

Archivo Clarín.

Marcha por la vida (1982)
Varios organismos defensores de los derechos humanos convocaron a la Marcha por la Vida, realizada el 5 de octubre de 1982. La imagen fue galardonada con el Premio Rey de España a la mejor fotografía periodística en 1983.

Marcelo Ranea. DyN.

Más violencia y muerte

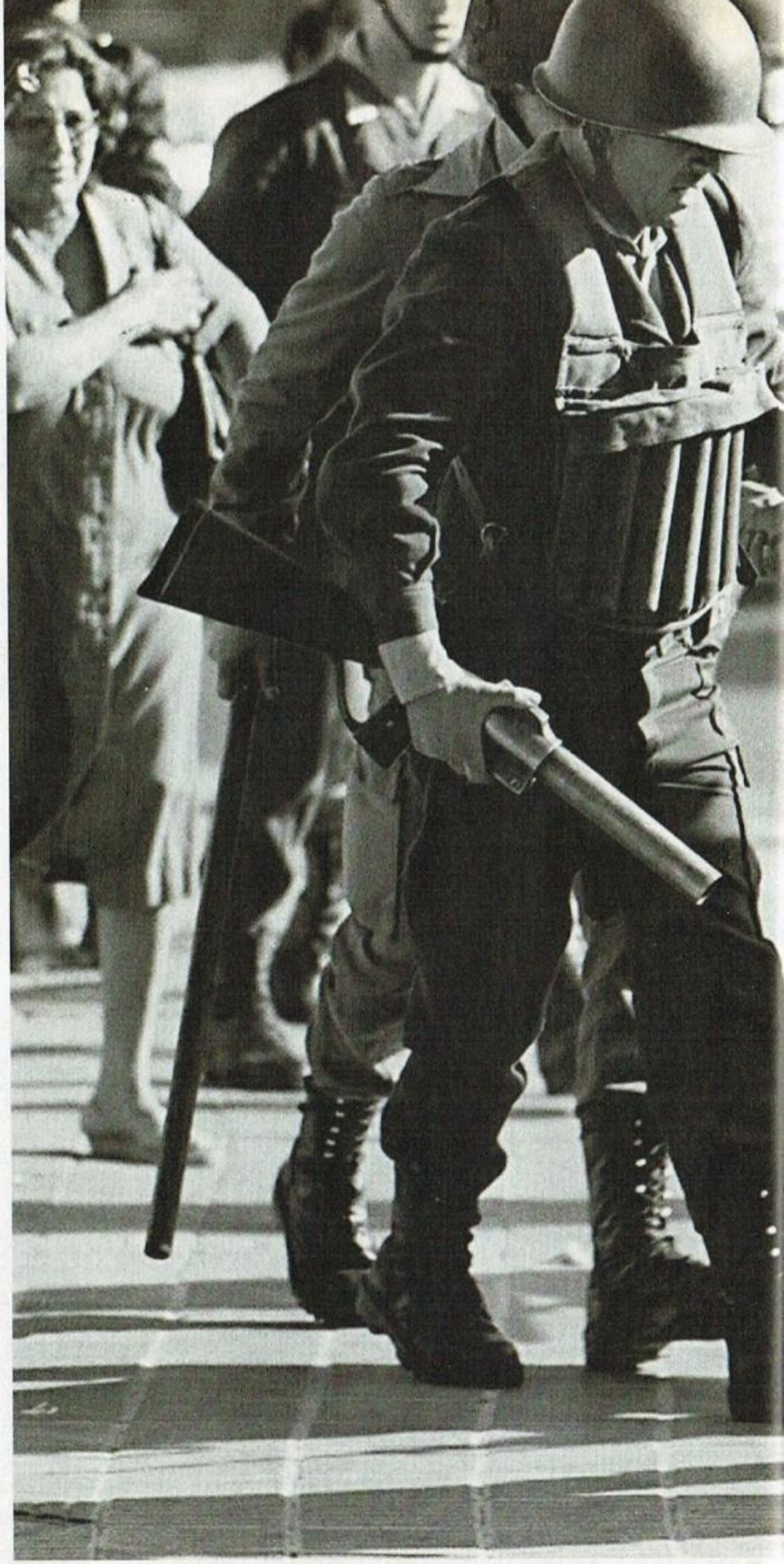
La actividad guerrillera continuó durante los primeros años de la dictadura. El gobierno consideraba a estos episodios como hechos aislados. Entre los atentados más graves figuran los cometidos contra el almirante Armando Lambruschini, en el que murió su hija, y el asesinato del empresario Francisco Soldati, en plena Avenida 9 de Julio. Guillermo Walter Klein, funcionario del Ministerio de Economía, en cambio, sobrevivió a la voladura de su casa.

Sobreviviente (1979)
Una bomba destruyó la casa de Olivos donde vivía el secretario de Coordinación y Planificación Económica, Guillermo Walter Klein, el 27 de setiembre de 1979. Fue rescatado de entre los escombros en un operativo seguido por televisión. En la foto, el ministro Martínez de Hoz aparece detrás de la camilla donde llevan a Klein.

Archivo Clarín.

Clima de protesta social

La apertura esbozada por Viola, que permitió la formación de la Multipartidaria y la liberación de la ex presidenta María Estela Martínez de Perón, en 1981, exasperó al resto de las Fuerzas Armadas. Ya en la Presidencia, Galtieri demostró su preferencia por la represión en lugar del diálogo. Ante una situación económica cada vez más difícil, la CGT organizó una protesta que fue reprimida. Pocos después, comenzaba el conflicto de Malvinas.



Marcha de la CGT (1982)
El secretario general de la CGT, Saúl Ubaldini, encabezó una gigantesca marcha hacia Plaza de Mayo el 30 de marzo de 1982. La manifestación formaba parte de una huelga general. A la derecha, varios policías arrastran a un manifestante en pleno centro porteño.

Daniel García. DyN.

Guerra en Malvinas

En la mañana del 2 de abril de 1982, la mayoría de los argentinos fue sorprendida por la noticia. Una operación militar, concretada esa madrugada, había logrado la recuperación de las Islas Malvinas. En pocas horas, el país parecía eufórico. Una multitud fue a la Plaza de Mayo y aclamó a Galtieri que, poco antes, había reprimido una marcha de protesta de la CGT en ese mismo lugar.

La recuperación de las islas, un viejo anhelo de la Argentina, recibió el apoyo de los más diversos sectores. En el plano internacional, la acción argentina contó con el apoyo de los países latinoamericanos, no alineados y socialistas. Las grandes potencias, en cambio, se manifestaron en contra. La ONU ordenó el retiro de las tropas. Y a fines de abril, Estados Unidos se puso del lado británico. Para entonces, una poderosa fuerza militar se dirigía al Atlántico Sur y fracasaban los intentos por encontrarle una salida pacífica al conflicto. En mayo, comenzaron los enfrentamientos.

Después de algunos éxitos iniciales, las fuerzas argentinas fueron superadas por las británicas. El 21 de mayo, los marines desembarcaron en la bahía de San Carlos e iniciaron su avance hacia Puerto Argentino, la capital de la islas. La resistencia de los soldados argentinos, en su mayoría conscriptos, no alcanzó para contener a sus enemigos, profesionales y mejor armados.

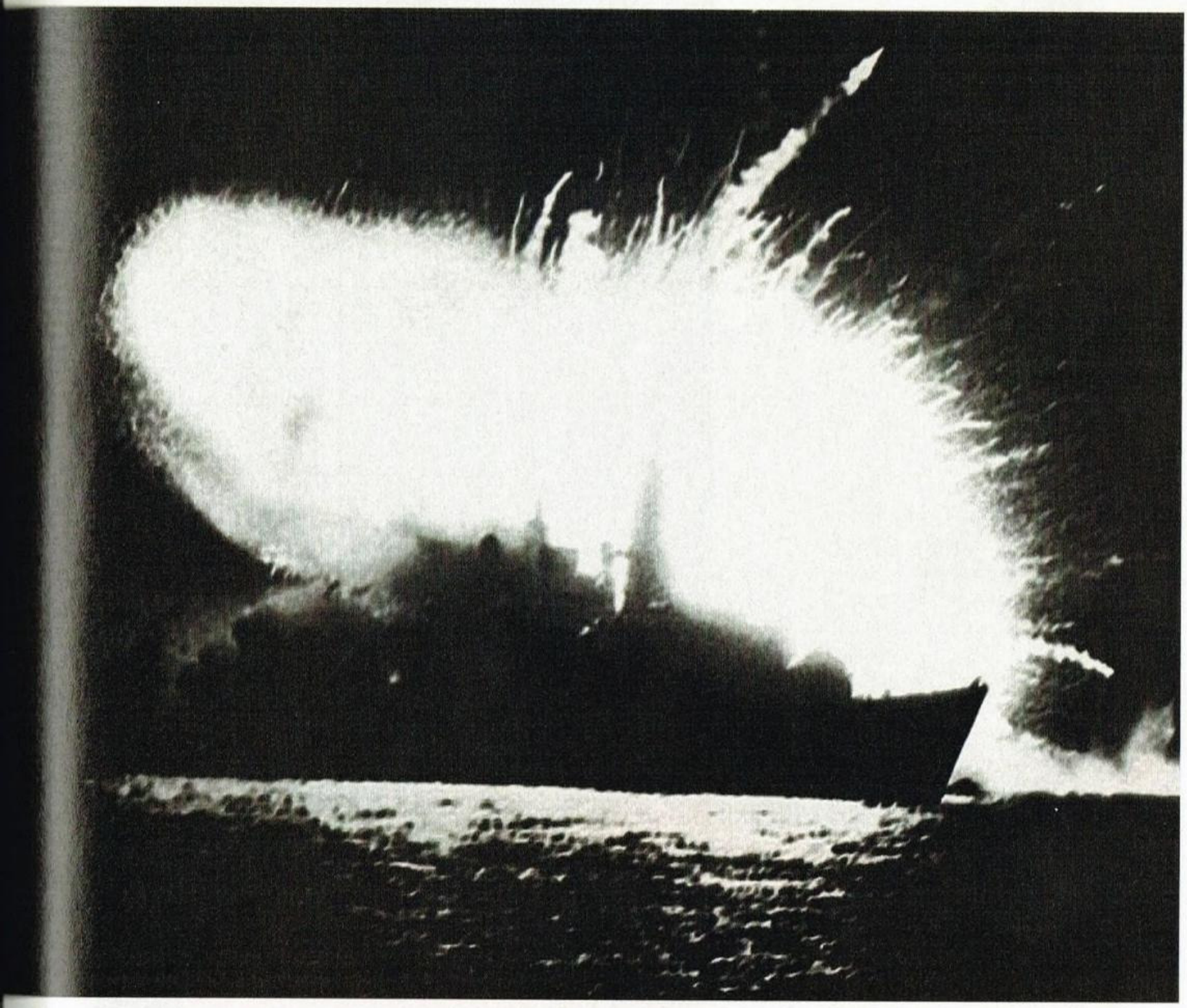
La rendición, ocurrida el 14 de junio de 1982, abrió el camino para la última etapa del Proceso. Galtieri renunció tres días después. El triunfalismo del comienzo dejó paso a la realidad, marcada a fuego por los 648 argentinos que perdieron la vida en la guerra.

La recuperación de la islas (1982)
Unos 5.000 soldados argentinos desembarcaron en las Malvinas el 2 de abril de 1982. Habían llegado en varios buques y un submarino. En pocas horas, controlaron a una guarnición de marines británicos. A la derecha, un momento de la rendición de los marines.

Rafael Wollman.

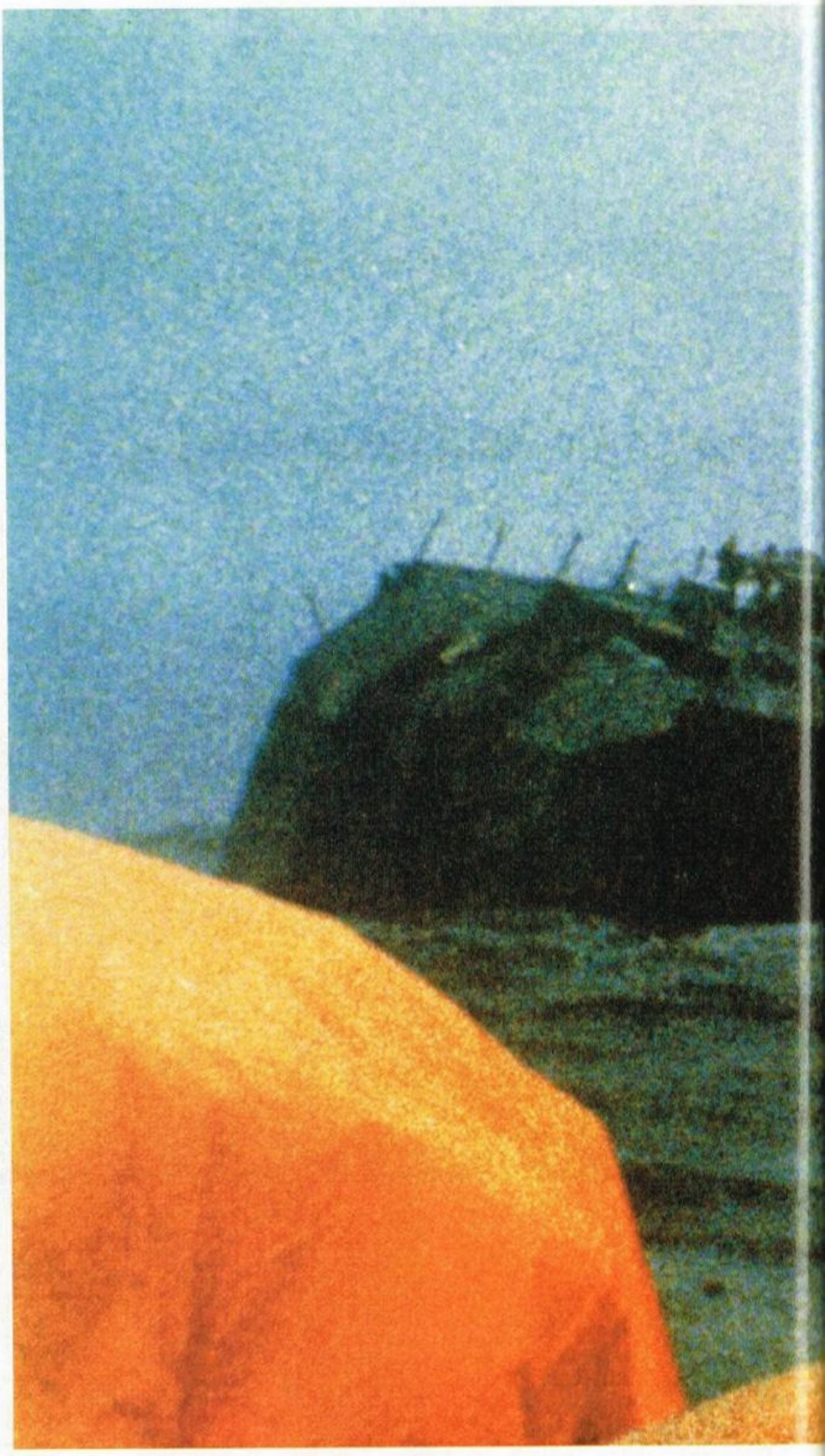
Galtieri y la plaza (1982)
A las pocas horas de conocerse la recuperación de las Malvinas, una multitud llenó la Plaza de Mayo. Galtieri, quien pocos días atrás había reprimido una marcha de la CGT, salió al balcón y fue aclamado.

Archivo Clarín.



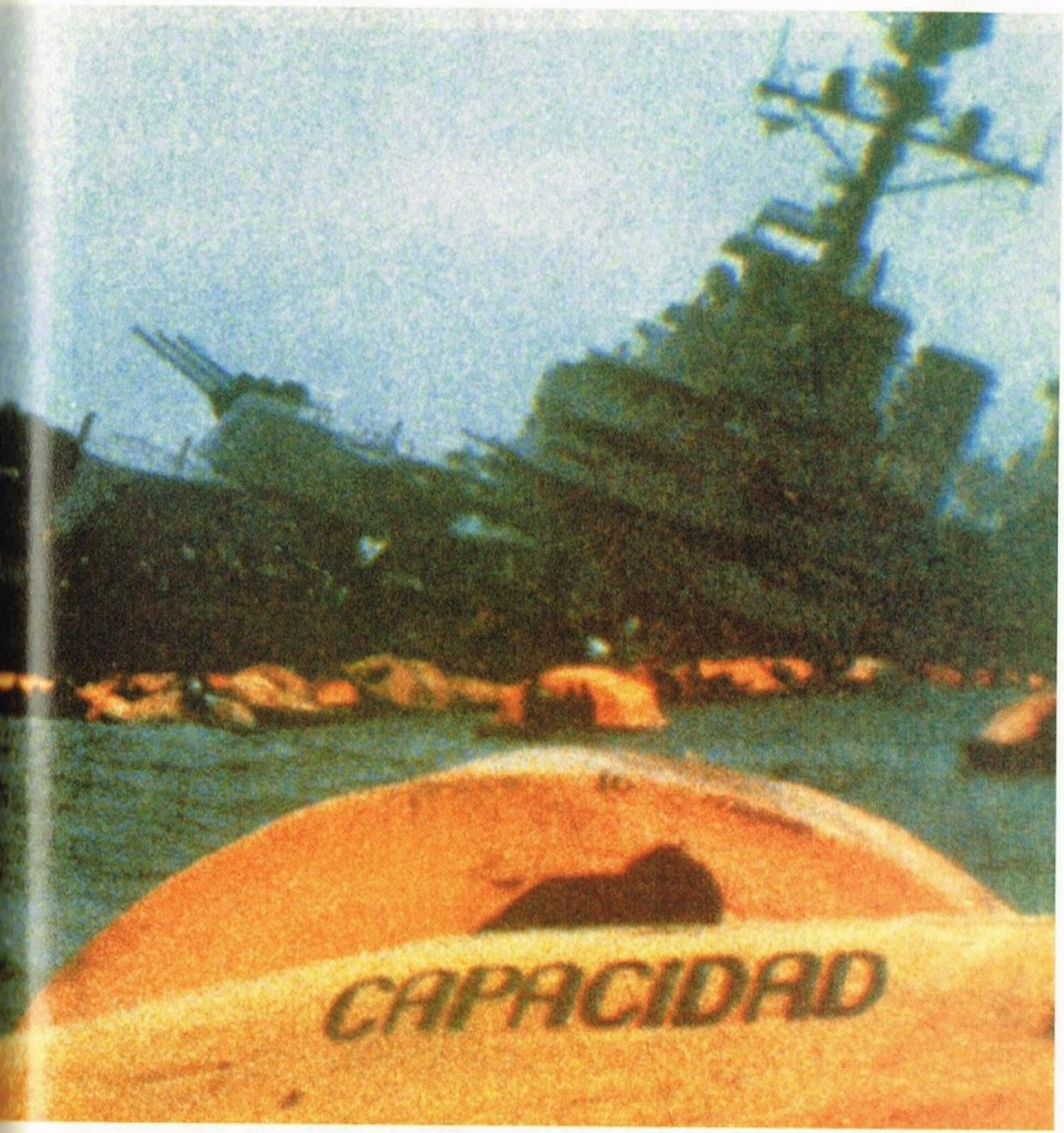
El hundimiento del Sheffield (1982)
Un misil Exocet, lanzado desde un avión Super Etendard de la Aviación Naval, impactó sobre el buque británico HMS Sheffield el 4 de mayo 1982.

AP.



El hundimiento del Belgrano (1982)
El crucero General Belgrano fue alcanzado por tres torpedos del submarino británico HMS Conqueror, el 2 de mayo de 1982. El Belgrano navegaba fuera de la zona de exclusión establecida por el Reino Unido. Murieron 323 soldados argentinos. Esta imagen fue tomada por un sobreviviente, desde uno de los botes salvavidas.

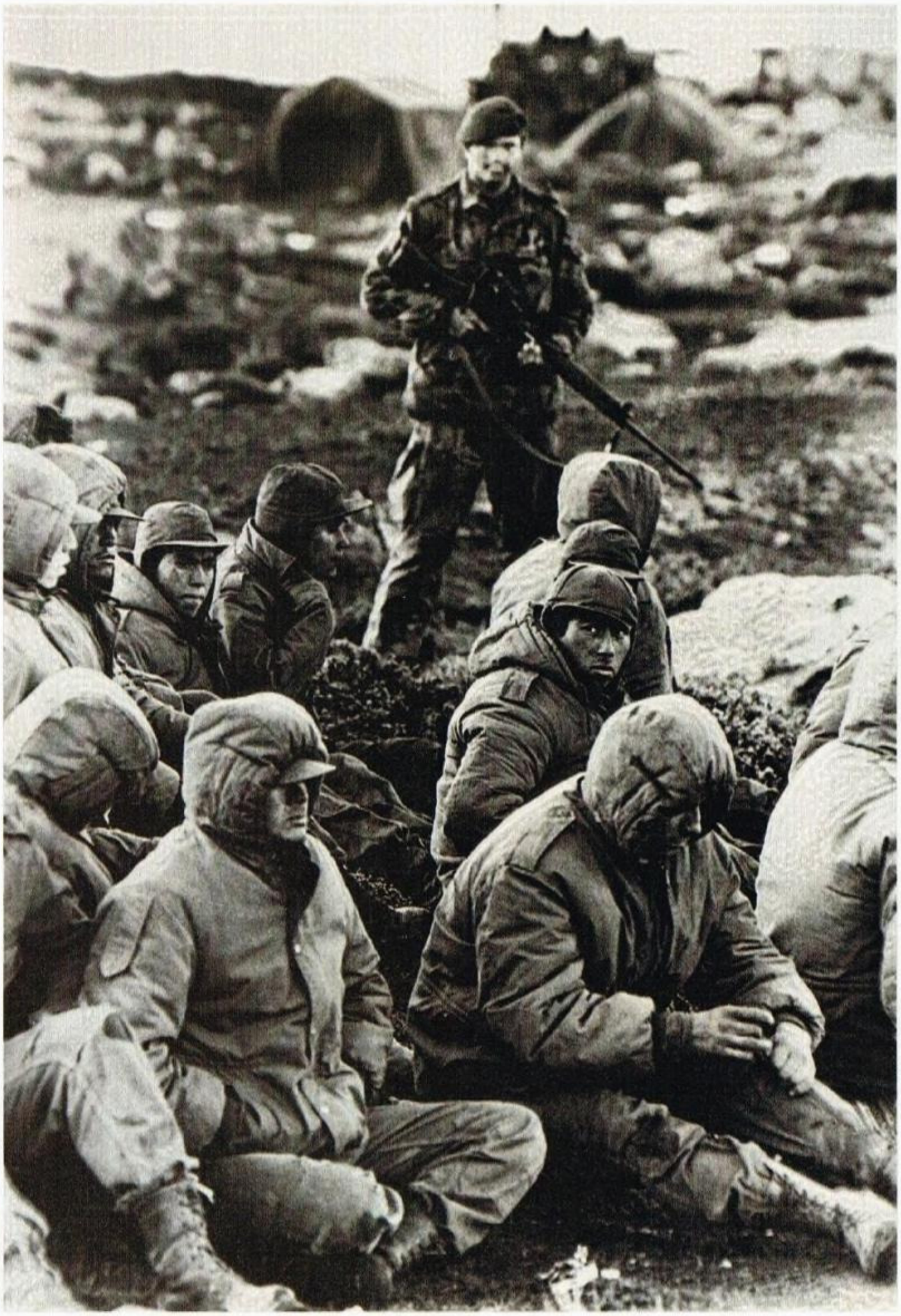
AP.


CAPACIDAD

La gestión del Papa (1982)

El papa Juan Pablo II (1920-2005) instó a ambos gobiernos a detener la guerra. El 11 de junio de 1982 inició una visita de dos días al país. Estuvo en Luján y presidió una misa multitudinaria, realizada en Palermo. Galtieri y los otros miembros de la Junta Militar asistieron a la misa. Arriba, Juan Pablo II en el papamóvil.

Carlos Sarraf. Clarín.



La rendición (1982)
Después de 74 días, la Argentina se rindió el 14 de junio de 1982. Tras desembarcar en las islas, en mayo, los británicos avanzaron hacia Puerto Argentino. A la izquierda, un marine vigila a un grupo de soldados, tomado como prisioneros.

AP.

El final del Proceso

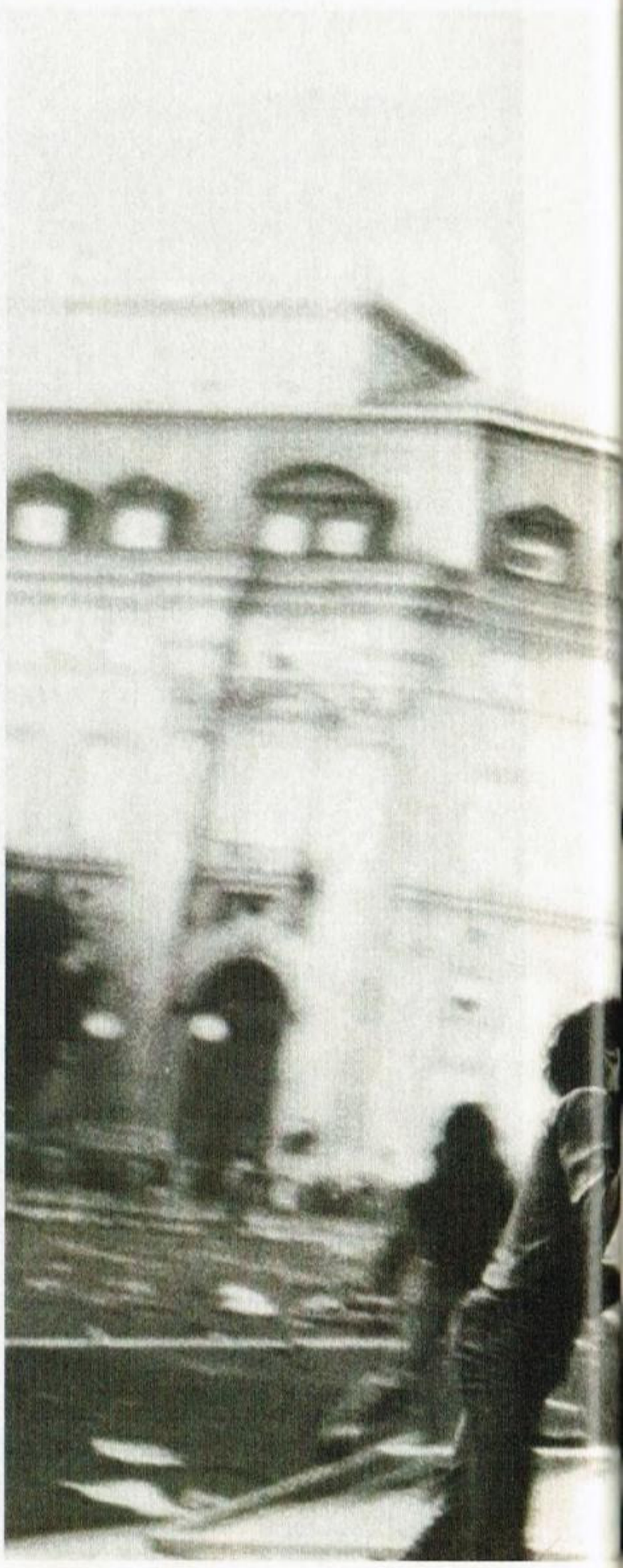
La crisis económica, la derrota de Malvinas y el malestar generalizado de la sociedad marcaron el último capítulo de la dictadura.

El general Reynaldo Bignone asumió la Presidencia el 1º de julio de 1982 y su misión consistió en negociar con los sectores políticos y convocar a elecciones. Pero la tarea no era sencilla.

Luego de asumir como nuevo ministro de Economía, José María Dagnino Pastore admitió que el país estaba en "emergencia nacional". La inflación llegaba al 209% anual y la deuda externa, a los 40.000 millones de dólares. Además, desde comienzos de año, el clima de agitación social dominaba gran parte de la vida cotidiana. El Proceso languidecía.

Los militares dieron a conocer el Acta Institucional, el 28 de abril de 1983. Consideraron muertos a todos los desaparecidos y como actos de servicio a todo lo actuado por las fuerzas de seguridad. También dictaron una ley que exculpaba a las Fuerzas Armadas de la represión ilegal. Ambas medidas provocaron el repudio de los organismos de defensa de los derechos humanos.

La convocatoria a elecciones, el 30 de octubre de 1983, puso en marcha una acelerada reorganización de los partidos políticos, que tuvo excelente respuesta en la ciudadanía. Liderada por Alfonsín, la UCR venció al justicialismo, en las urnas, por primera vez. Comenzaba una nueva etapa de la vida nacional.

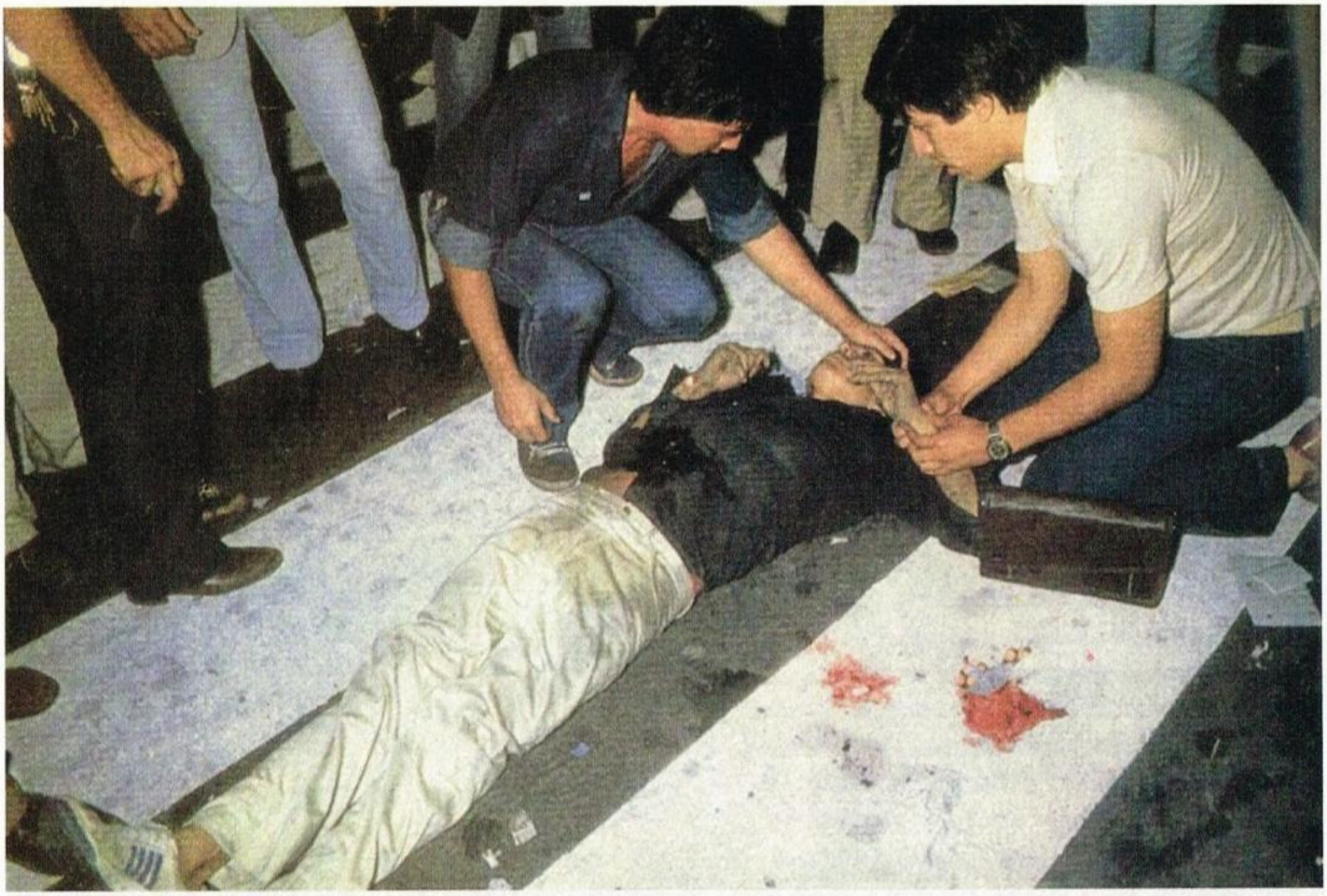


Contra la Rosada (1982)
Al igual que en marzo, otra marcha multitudinaria terminó con serios incidentes. La Multipartidaria había convocado a una marcha el 16 de diciembre de 1982. Al finalizar, algunos grupos arremetieron contra la Casa de Gobierno.

Jorge Rilo. DyN.

La Multipartidaria (1982)
La dirigencia política, los sindicatos y los organismos defensores de los derechos humanos organizaron la marcha del 16 de diciembre de 1982. La Multipartidaria agrupaba a los principales partidos políticos de la época. Arriba, Oscar Alende –tercero desde la izquierda–, Deolindo Bittel, Carlos Contín, Arturo Frondizi y Rogelio Frigerio.

Archivo Clarín.



Otra vez la represión (1982)

Aunque el Proceso había perdido mucho de su poder, esta marcha también fue reprimida. Unas 100.000 personas habían concurrido a la Plaza de Mayo. Durante los incidentes, fue baleado Dalmiro Flores, cuyo cuerpo aparece sobre la calle, frente al Cabildo.

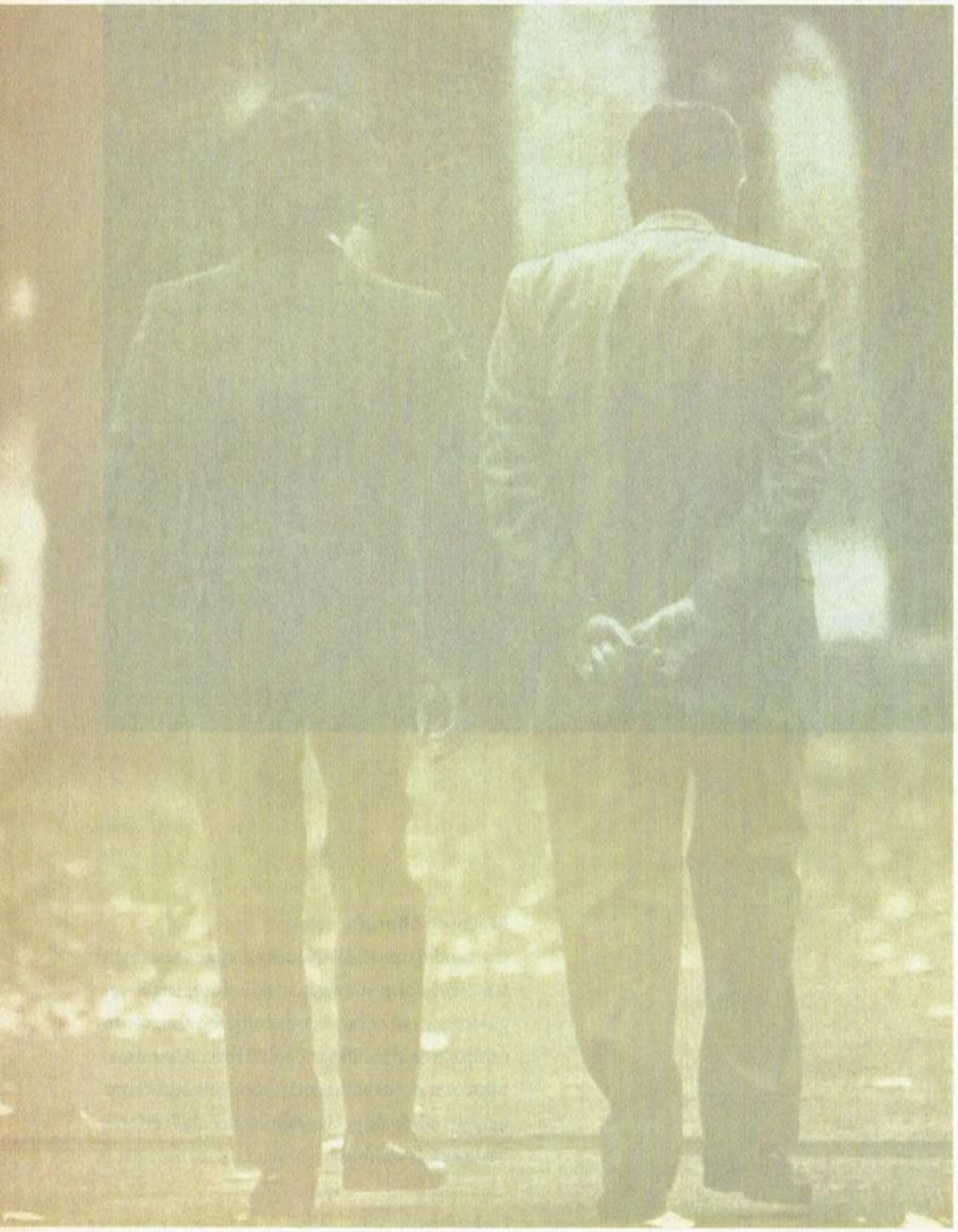
Archivo Clarín.

Cierre de campaña del justicialismo (1983)
Dos días antes de las elecciones de 1983, el justicialismo convocó a un acto presidido por sus candidatos: Italo Luder y Deolindo Bittel. Una multitud llenó la Avenida 9 de Julio, donde se había instalado el palco. Allí, el dirigente Herminio Iglesias quemó un ataúd con la leyenda "Alfonsín q.e.p.d.".

Roberto Ruiz. Clarín.

El acto de Alfonsín (1983)
Los candidatos Raúl Alfonsín y Víctor Martínez también hablaron ante una 9 de Julio repleta de seguidores, el 26 de octubre de 1983. Era el cierre de campaña de la UCR en la Capital Federal. Los organizadores de los actos del PJ y la UCR aseguraron que un millón de personas colmó el lugar en ambas oportunidades.

Carlos Roberto Bairo. Clarín.



Capítulo 10

La vuelta de la democracia

Dos décadas de democracia entre el entusiasmo y la decepción

Por
Marcos Novaro

Investigador de CONICET. Director del Programa de Historia Política de FLACSO. Profesor de Ciencia Política, UBA. Autor de La dictadura militar (1976-1983) y La historia reciente, en colaboración con Vicente Palermo.

El saldo de destrucción que nos legó la última dictadura militar no tiene punto de comparación con nada de lo sucedido en Argentina, ni antes ni después. Es apenas comparable con lo sucedido en otros países de la región, que sufrieron dictaduras también sangrientas, incluso más prolongadas; aunque ninguna tan destructiva: miles de desaparecidos, una deuda impagable para un Estado y una economía quebrados, sometidos a altísimas tasas de inflación, aislamiento internacional, una guerra perdida y una sociedad ganada por conductas facciosas y especulativas. Esta combinación perversa de fracasos y "éxitos" militares tuvo un efecto inmediato positivo: pese a lo poco que había hecho la mayoría de los civiles por ella, la transición democrática fue rápida, sin condicionamientos. Se formó un consenso inédito a favor del gobierno de la ley y la tolerancia a las diferencias. La promesa de Alfonsín de "cien años de democracia", catalizadora de dicho consenso, sugirió un corte total con el pasado. Pero así la transición dio continuidad a la recurrente idea de que el país podía poner su cuenta kilómetros en cero, por haberse sacado finalmente de encima a los causantes de todos sus males –como si se tratara de "agentes extraños"– y por contar con riquezas inexplotadas. Además de legar un Estado y una economía destruidos, el Proceso entregaba la posta de un mito nacional que probaba poder sobrevivir al mayor de los desastres y al agotamiento de los recursos que antaño le dieran origen. Gracias a este mito, las expectativas de reparación de la sociedad estarían en el futuro muy frecuentemente a años luz de las posibilidades.

Ese consenso permitió a Alfonsín derrotar en las urnas al peronismo por primera vez en la historia. Cumplió así un largo sueño de militares y conservadores. Pero éstos no tuvieron mucho que celebrar, por lo mucho que en el ánimo del nuevo presidente y sus seguidores gravitaban dos ideas: ligar la estabilidad democrática no a la exclusión sino a la asimilación de las demandas distributivas peronistas y, sobre todo, a la supresión definitiva del poder de los cuarteles.

Para lograr esto último, además de reducciones presupuestarias, cambios en la política exterior –en particular la desactivación de las hipótesis de conflicto con Chile y Brasil– y la reforma de las leyes y políticas de seguridad interior y defensa, el gobierno encaró el juicio y castigo de las violaciones a los derechos humanos. En la campaña, Alfonsín había definido una propuesta que, en ese entonces y en comparación con las de sus adversarios, pareció precisa y audaz, pero que con el paso del tiempo iría quedando atrapada entre las presiones de los militares y las del movimiento de derechos humanos. Aunque a la postre supuso cambios notables e irreversibles, sería considerada por algunos excesiva, y por los demás insuficiente.

Sin duda, contribuyeron a que fuera así serios errores del gobierno. Cuando el proyecto de ley que distinguía a los altos mandos que diseñaron y dieron las órdenes de la represión ilegal de quienes las cumplieron fue alterado por senadores de la oposición, ampliando el rango de posibles encausados, ni la UCR ni el Ejecutivo pensaron que fuera oportuno un debate más serio entre las fuerzas políticas para sellar un acuerdo que asegurara su instrumentación. Alfonsín prefirió mantener cierta ambigüedad, no sólo ante la opinión pública, muy dividida al comienzo –muchos querían juicios, pero otros pensaban que no eran oportunos, o que serían un circo, y eran amplia mayoría los que estaban convencidos de que los militares nunca los permitirían– sino ante sus propios funcionarios: dejó hacer tanto a los ministros del Interior y Defensa que prometían a los militares que todo acabaría en las tres primeras juntas militares, como a los sectores progresistas del gobierno que creían viable un número mayor de condenas y públicamente rechazaban cualquier limitación. Lo peor fue que el presidente no advirtió lo mucho que cambiaron las cosas sus propias decisiones: la CONADEP y el juicio a las juntas revelaron detalles de lo sucedido y establecieron una verdad histórica y jurídica sobre el terrorismo de Estado que dificultaron enormemente limitar los procesos, precisamente en el momento en que los militares exigían se cumpliera la palabra de que no se iría por todos ellos. Si la economía hubiera ayudado tal vez el punto medio que Alfonsín pretendía construir frente a las presiones de unos y otros no hubiera estado tan despoblado. Pero desde 1987 en adelante estuvo claro que no disfrutaría de esa ventaja.

La hiperinflación de 1989 coronó el proceso de deterioro de la capacidad estatal de preservar el orden, resultado de la sumatoria de revueltas militares, huelgas generales y frustrados intentos por aplicar medidas económicas que resolvieran los problemas heredados minimizando la asignación de costos.

Dos décadas de democracia entre el entusiasmo y la decepción

La moderación y la heterodoxia, que en 1983 habían parecido la opción para evitar mayores conflictos, quedaron entonces desacreditadas. Fue la demostración de que la democracia no podría sobrevivir sin un Estado mínimamente eficaz, sin un gobierno fuerte y sin cambios profundos.

Carlos Menem comprendió cabalmente los problemas y también la oportunidad que contenía esta situación. La hiperinflación parecía ser suficientemente insoportable para justificar reformas de mercado, así como la concentración de poder y la manipulación de los procedimientos institucionales a las que el nuevo presidente planeaba recurrir para concretarlas. Pero este era sólo el principio. Luego debería convertir una aceptación circunstancial en apoyos perdurables. Para ello Menem utilizó a pleno su intuición para evaluar al prójimo y su desparpajo para hacerle las ofertas adecuadas. Ató su suerte a la de grandes empresarios a través de privatizaciones que proveyeron a éstos de rentas garantizadas, mercados cautivos y perpetuaron la ausencia de control público. Permitió a los jefes sindicales colaborativos participar en algunos de esos buenos negocios. Y aseguró a los gobernadores que respaldaran los cambios de la administración y las empresas nacionales, los recursos necesarios para mantener las de sus provincias inalteradas. La paradoja de reformas de mercado que no generaban un capitalismo competitivo sino nuevas asignaciones de renta se completó con la convertibilidad. Ella posibilitó, por un lado, que el crecimiento se basara, entre 1991 y 1994, en la expansión del consumo interno, asegurándole al gobierno el apoyo de sectores medios y bajos. Por otro, garantizó elevadas ganancias a los capitales externos necesarios para compensar el sesgo antiexportador y cubrir el déficit fiscal. En suma, el Estado seguiría padeciendo penurias, endeudándose para mantener un nivel de gasto que tampoco le permitía invertir, y mostrándose incapaz de regular y disciplinar a los actores económicos. El menemismo tuvo sus años dorados, aunque no fueron muchos. Apenas lograda su reelección, Menem se dio de nariz con el alza inédita de la desocupación, fruto de la concentración económica y la desindustrialización, y con el aumento del déficit fiscal y de las tasas de interés que debían pagar el Estado y las empresas para financiar sus desequilibrios. Vio desgranarse su coalición, entre quienes pensaban que había ido demasiado lejos con el mercado, y reclamaban se cumpliera la promesa de volver al peronismo con políticas distributivas más generosas –justo cuando se había agotado toda la distribución que cabía esperar de la convertibilidad– y quienes pensaban que se había quedado corto y la clave era profundizar el ajuste, en las provincias y las políticas sociales, para frenar el endeudamiento. Menem se negó a sacrificar lo que concebía como su gran obra y siguió administrando compensaciones a unos y otros, esperando que una nueva coyuntura externa favorable desactivara la bomba que había montado, o al menos que ella no estallara en sus manos. Lo

Lluvia de papelitos (1983)
Daniel Rodríguez. Clarín.

cierto es que eran pocos los que deseaban salir de la convertibilidad. Algo entendible ya que se sabía que una devaluación sería costosa para casi todos en lo inmediato. Y sus eventuales beneficios posteriores aparecían borrosos a una sociedad curtida en devaluaciones caóticas, que sólo habían servido para alimentar la inflación –actitud que revelaba la subestimación de la cruel disciplina que imponía ahora el desempleo–. De allí que la Alianza apostara a corregir el esquema para volverlo menos dependiente del endeudamiento, más competitivo, y sobre todo menos discrecional y corrupto. Pero si esto era difícil en 1997 o 1998, para cuando ella llegó al poder, a fines de 1999, era ya totalmente inviable, como no tardaría en advertirse.

Durante buena parte de estos veinte años, la democracia argentina ha sido gobernada por consensos de fuga: las mayorías se afirman sobre lo que rechazan más que sobre lo que pretenden. Ha habido muchos motivos para que esto fuera así. Y también líderes oportunos que usaron esos consensos para coaligar grupos de opinión e interés que tenían a priori poca disposición a colaborar. El problema es que esos consensos suelen tener una vida útil muy corta, y acumulan tensiones que se vuelven contra sus promotores en la forma de dilemas irresolubles. Cuando eso suceda, se desatará una nueva crisis; a la que seguirá una nueva fuga. Puede que en el presente y el futuro esto ya no sea así, por acumulación de experiencia, o por cansancio. Pero conviene recordar que el desbordante entusiasmo con una idea suele ser entre nosotros apenas el anticipo de la decepción •

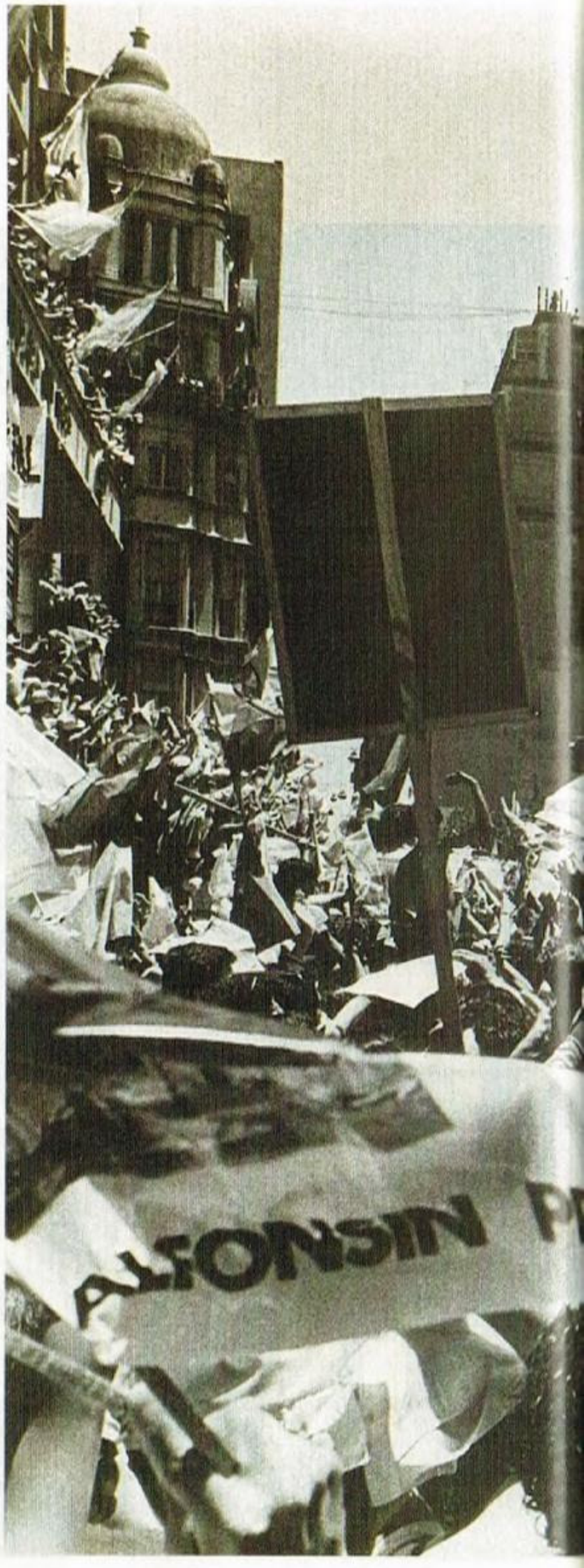
La presidencia de Alfonsín

"Vamos a recuperar la vida, la justicia y la libertad. Tenemos un método: la democracia". Las palabras de Raúl Alfonsín resumen, de alguna manera, su presidencia. Alfonsín supo captar los sentimientos de gran parte de la ciudadanía en 1983: el rechazo al régimen militar, la reivindicación de los derechos humanos y la confianza en la democracia. Pero la situación heredada no era fácil.

Para encontrar una solución a la crisis económica, caracterizada por la inflación y un alto endeudamiento externo, en 1985, el gobierno presentó el Plan Austral. Este resultó exitoso en un comienzo: la inflación bajó del 30 al 2 por ciento mensual y se reactivó el consumo. Pero las presiones inflacionarias reaparecieron al poco tiempo. Y el Plan Primavera, presentado en 1988, resultó inútil para superar las nuevas dificultades. La inflación llegó al 440% y el gobierno tuvo que suspender el pago de los intereses de la deuda externa. En 1989, hubo una devaluación del 40%. La situación se volvió insostenible: hubo saqueos en diversos lugares del Gran Buenos Aires y en Rosario.

Juicio a los comandantes

Acusadas de graves violaciones a los derechos humanos, las juntas militares que dirigieron el Proceso fueron juzgadas en 1985. Las condenas provocaron inquietud en sectores de las Fuerzas Armadas. En 1987 y 1988, los levantamientos carapintada pusieron de relieve esta situación. Las leyes de Punto Final y Obediencia Debida, en tanto, provocaron críticas de los organismos defensores de los derechos humanos.



En el balcón del Cabildo (1983)
Una multitud ovacionó a Raúl Alfonsín mientras hablaba desde el Cabildo, el 10 de diciembre de 1983. Fue una jornada de fiesta no sólo para los radicales. Miles de personas celebraron la recuperación de la democracia.

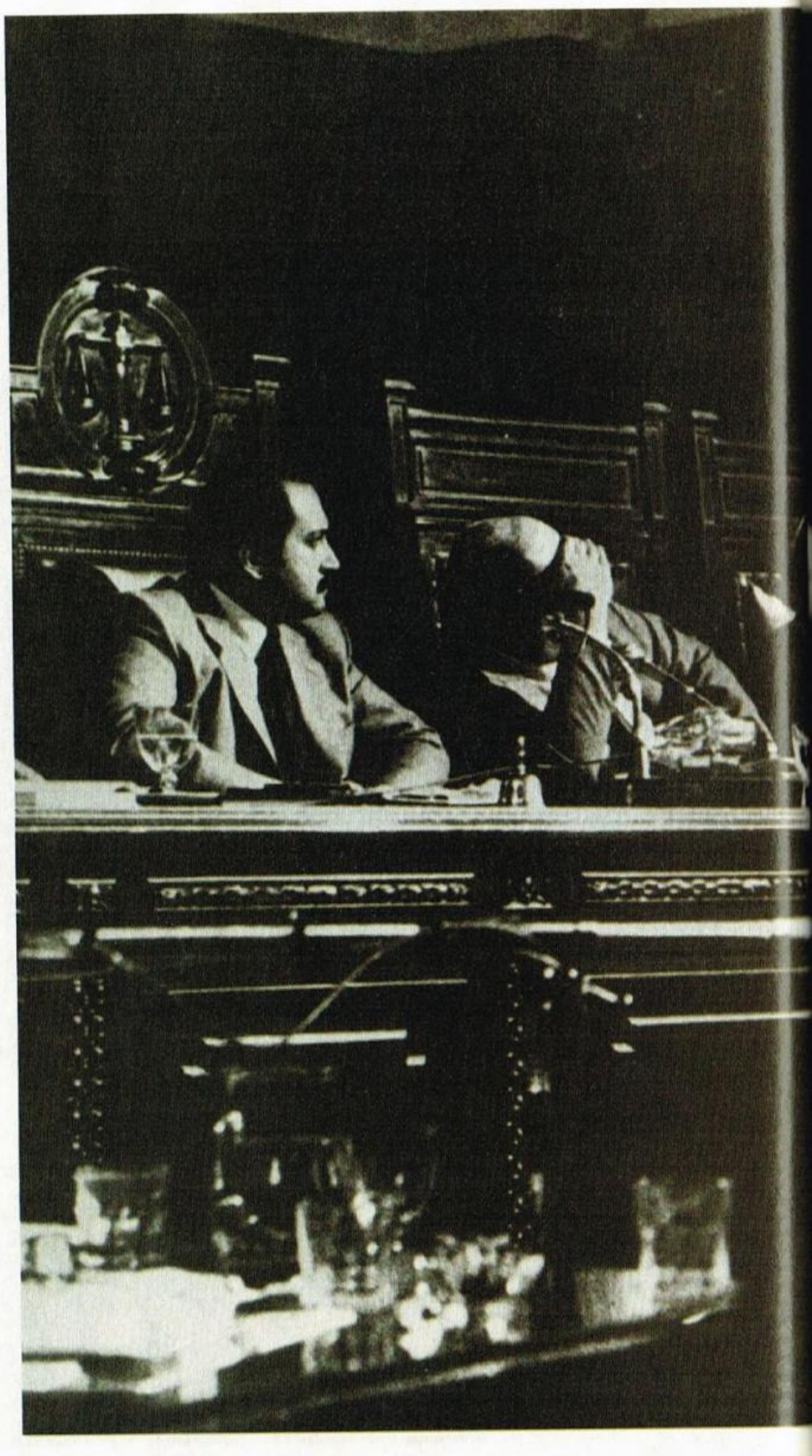
Daniel Rodríguez. Clarín.

Lluvia de papelitos (1983)
Alfonsín y su esposa, María Lorenza Barreneche, saludan desde un auto descubierto mientras avanzan por Avenida de Mayo, entre el Congreso y la Casa de Gobierno. Nacido en Chascomús, en 1927, Alfonsín tiene una larga trayectoria en el radicalismo.

Daniel Rodríguez. Clarín.

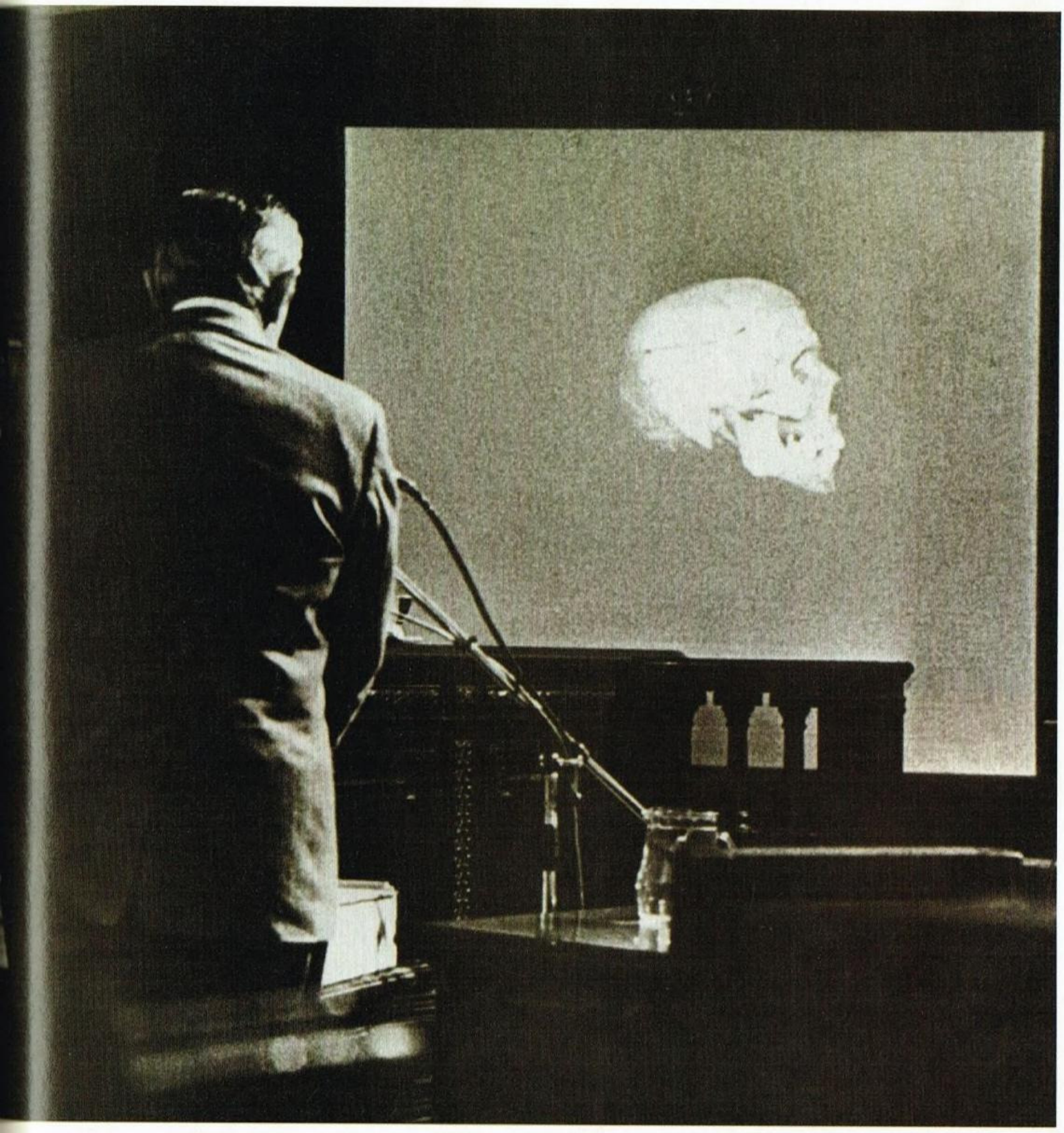
Asunción presidencial (1983)
Alfonsín acaba de recibir la banda presidencial y agradece los aplausos en el Salón Blanco de la Casa Rosada. A la derecha del presidente, aparece Víctor Martínez, quien juró como vicepresidente. De origen cordobés, Martínez había ocupado varios cargos durante el gobierno de Illia.

Archivo Clarín.



El juicio a las juntas militares (1985)
El tribunal escucha uno de los testimonios. La Cámara de Apelaciones en lo Criminal y Correccional dio a conocer su fallo el 9 de diciembre de 1985. Videla y Massera fueron condenados a cadena perpetua; Viola, a 17 años de cárcel; Lambruschini, a ocho, y Agosti, a cuatro.

Daniel Muzio.



Desfile de acusados (1985)
Los militares llegan, por primera vez, a la sala de la Cámara Federal, donde se realizó el juicio. De izquierda a derecha, aparecen Videla, Lambruschini, Graffigna, Anaya, Agosti y Galtieri. Los observa el fiscal Julio Strassera.

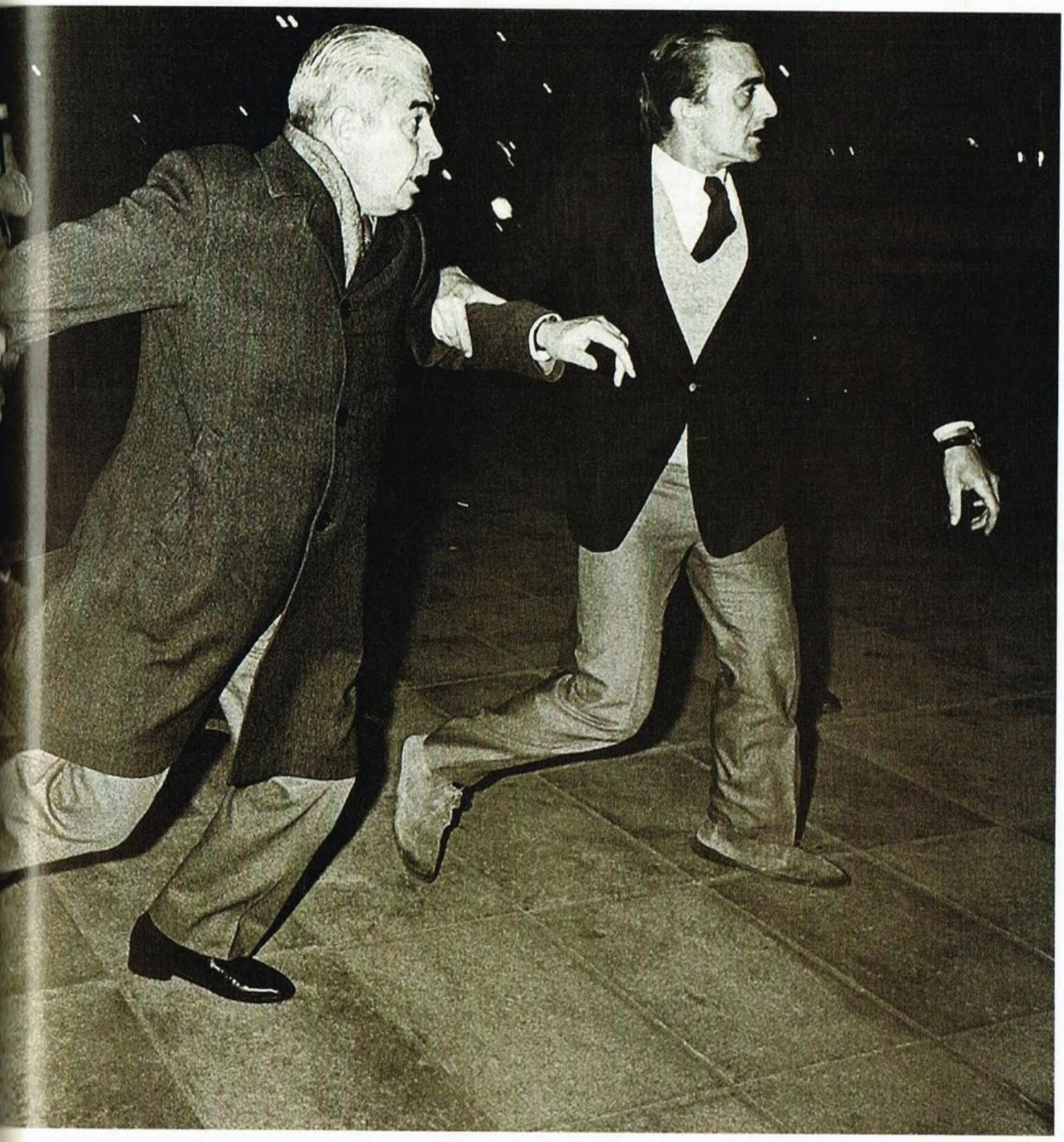
Eduardo Longoni. Clarín.

Atentos (1985)
Lambruschini, Videla, Massera y Graffigna escuchan las acusaciones en su contra durante una de las jornadas del juicio realizado por la Cámara Federal en 1985.

Dani Yako. Clarín.

Menéndez y el cuchillo (1984)
Luciano Benjamín Menéndez, acusado por violaciones a los derechos humanos, intenta atacar a un grupo de manifestantes, el 21 de agosto de 1984. Menéndez salía de los estudios de Canal 13 cuando fue insultado. Esta fotografía ganó el premio Rey de España.

Enrique Rosito. DyN.

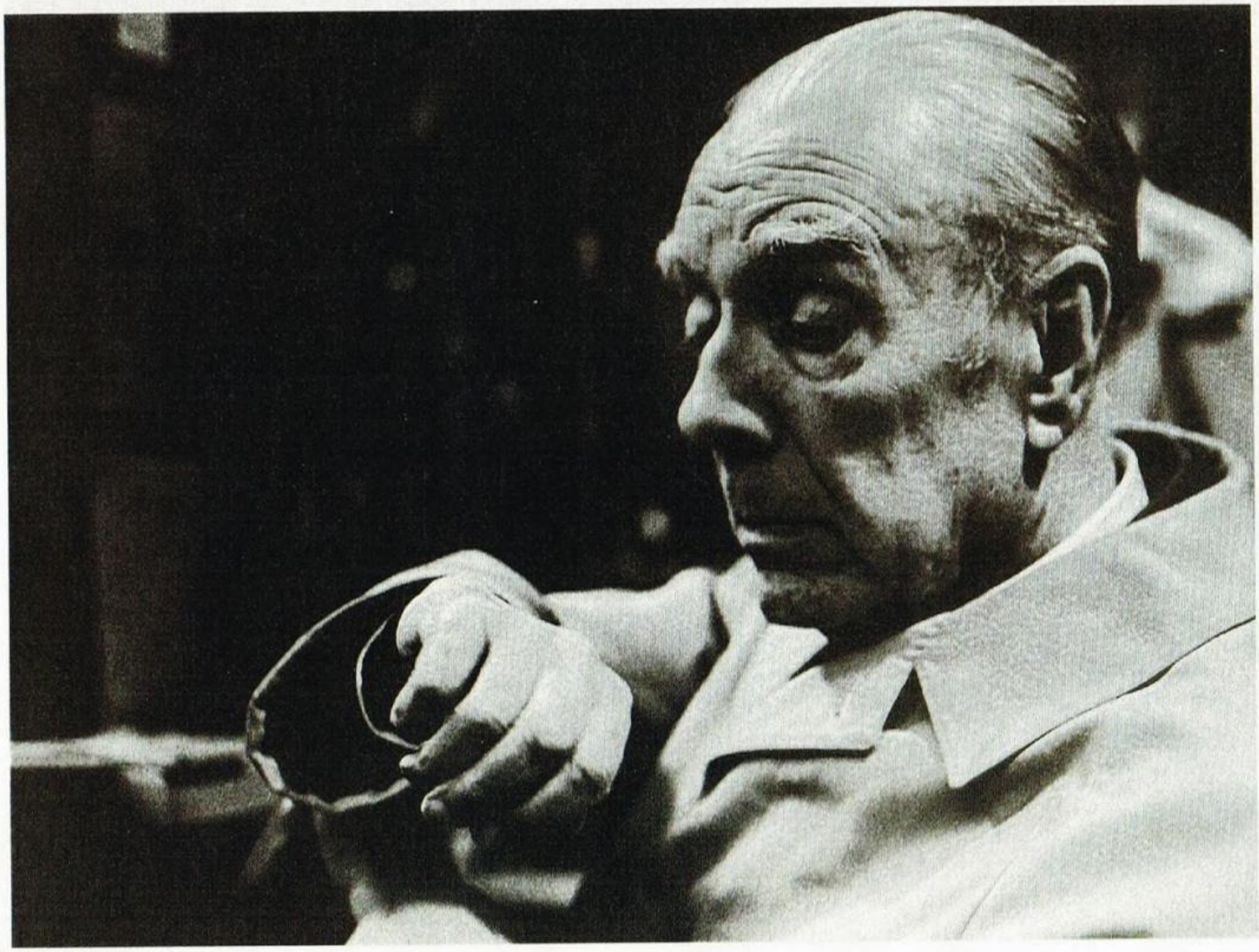


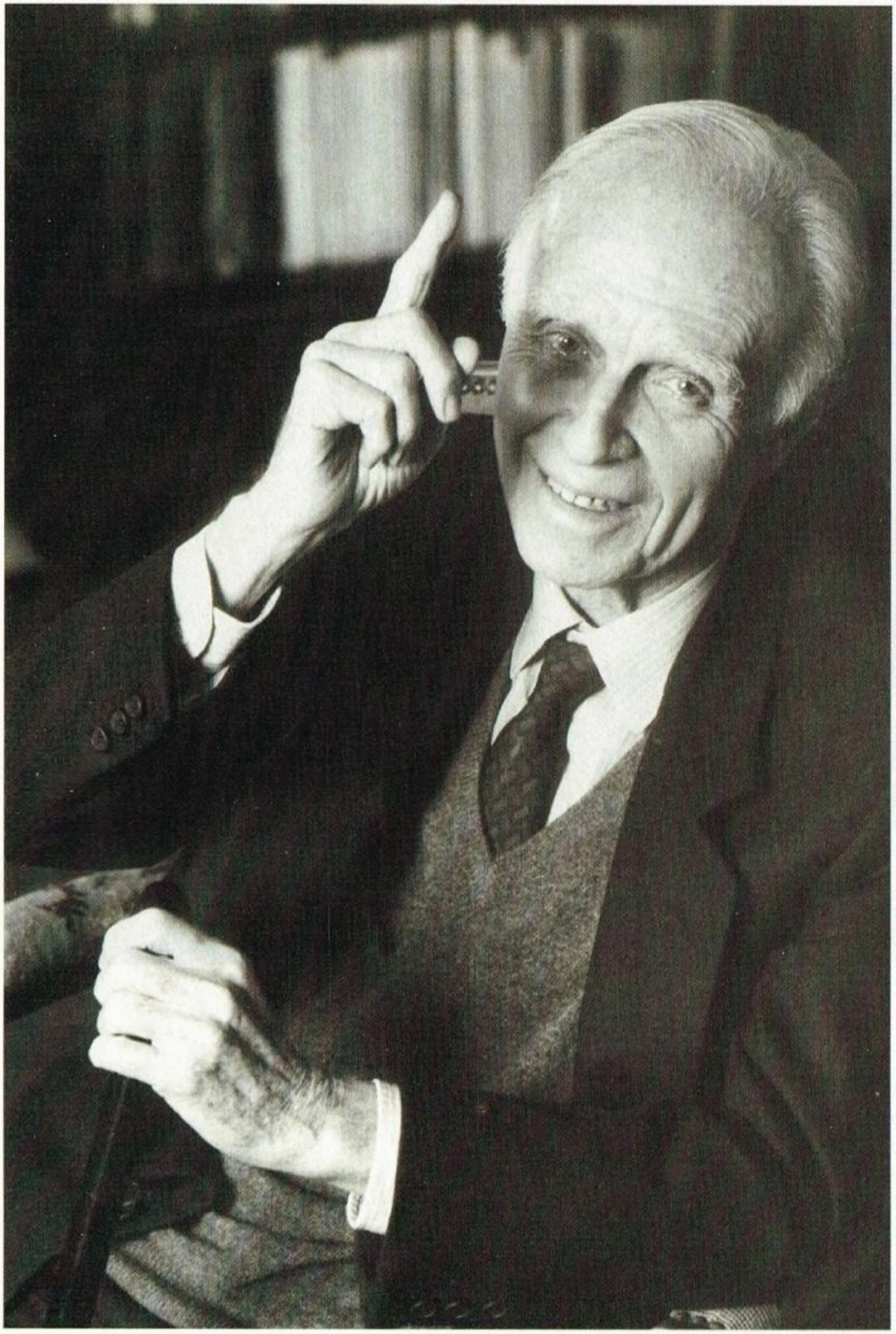
De Borges a Milstein

Con la recuperación democrática, la cultura volvió a ganar protagonismo de diferentes maneras. Por ejemplo, con la realización de eventos multitudinarios o la presentación de obras teatrales y películas que habían estado prohibidas durante la dictadura. Por otra parte, en 1984, el científico argentino César Milstein recibió el premio Nobel y Ernesto Sabato, el Cervantes. Dos años después, la película La historia oficial, que aborda el tema de los desaparecidos, fue galardonada con el Oscar de la Academia de Hollywood. En esos años, murieron Jorge Luis Borges y Julio Cortázar.

Jorge Luis Borges (1973)
El escritor, que había nacido en 1899, murió en 1986. Fue una de las mayores figuras de la literatura argentina del siglo XX. Incursionó en la narrativa, la poesía y el ensayo. En 1980 recibió el premio Cervantes, el máximo galardón de las letras hispanoamericanas. En cambio, nunca obtuvo el Nobel.

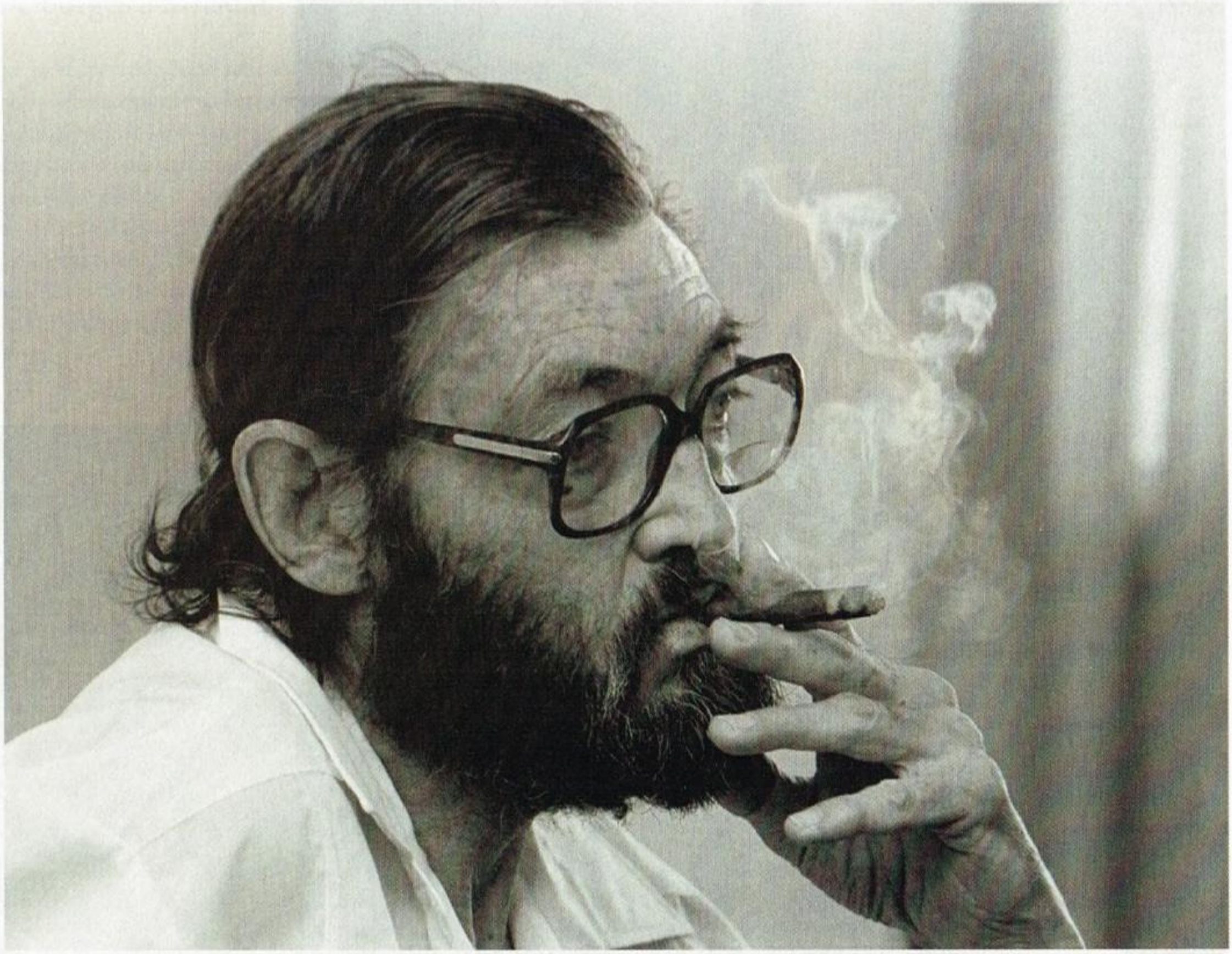
Eduardo Grossman. Clarín.





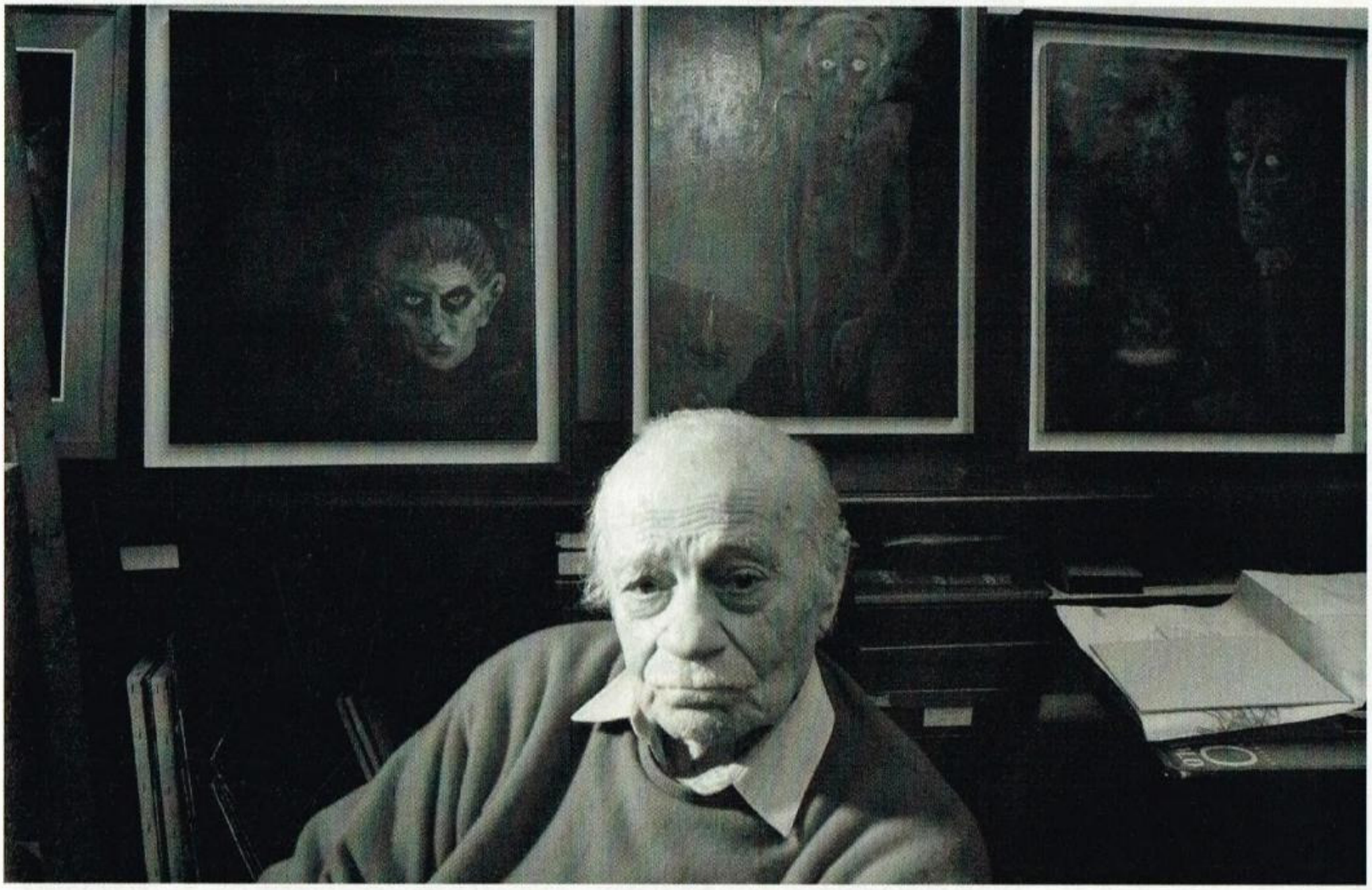
Adolfo Bioy Casares (1995)
Bioy Casares (1914-1999) fue otro gran escritor, dedicado a la literatura fantástica y de ficción. Amigo de Borges, obtuvo también el premio Cervantes (1990). Se caracterizó por su modestia y mesura.

Daniel Rodríguez. Clarín.



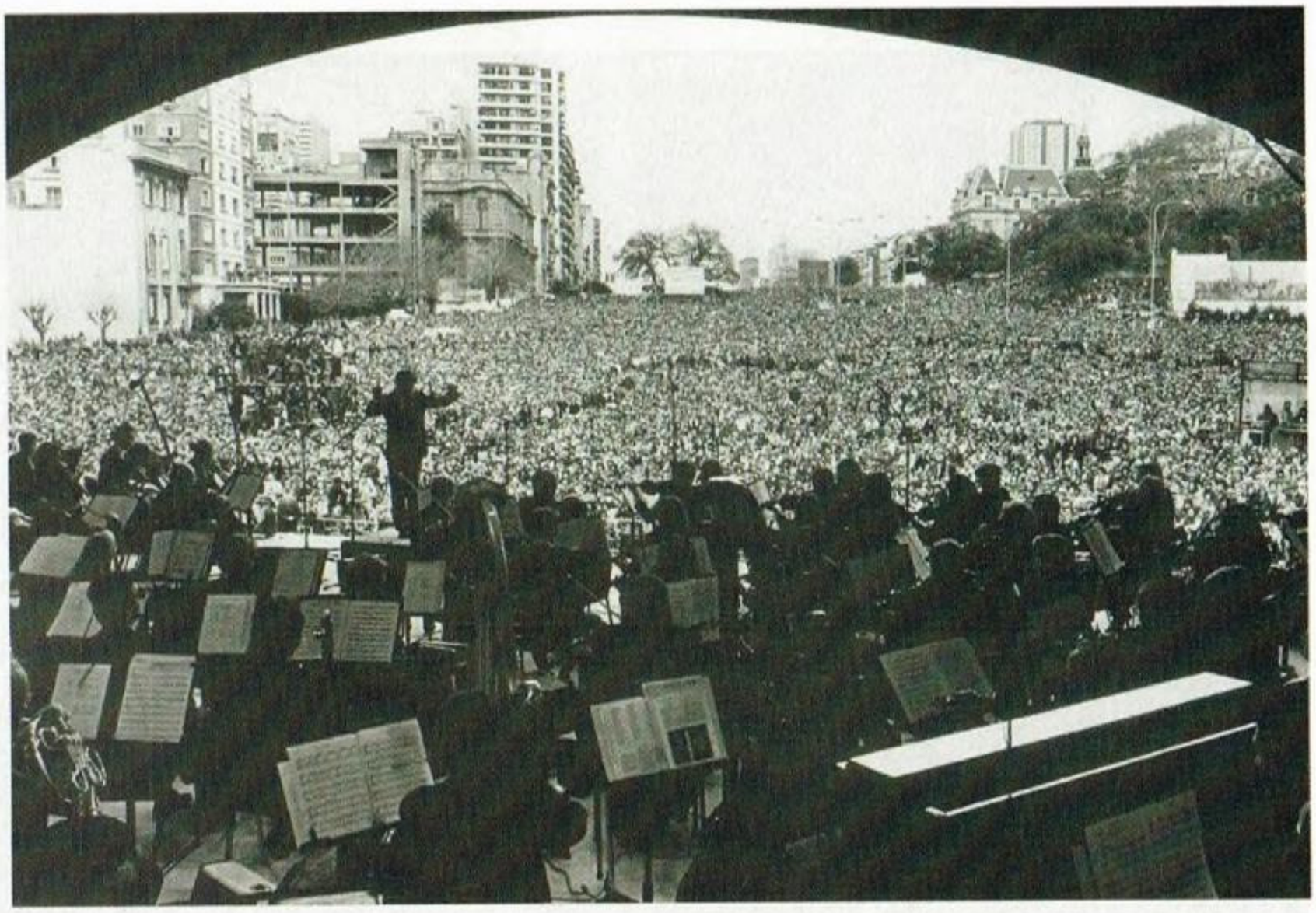
Julio Cortázar (1983)
Considerado uno de los exponentes del Boom Latinoamericano, Cortázar (1914-1984) revolucionó la novela con su obra Rayuela. Además, fue un escritor comprometido con diversas causas sociales y políticas, como la revolución cubana o el movimiento sandinista, en Nicaragua. La foto fue tomada en Buenos Aires.

Daniel Rodríguez. Clarín.



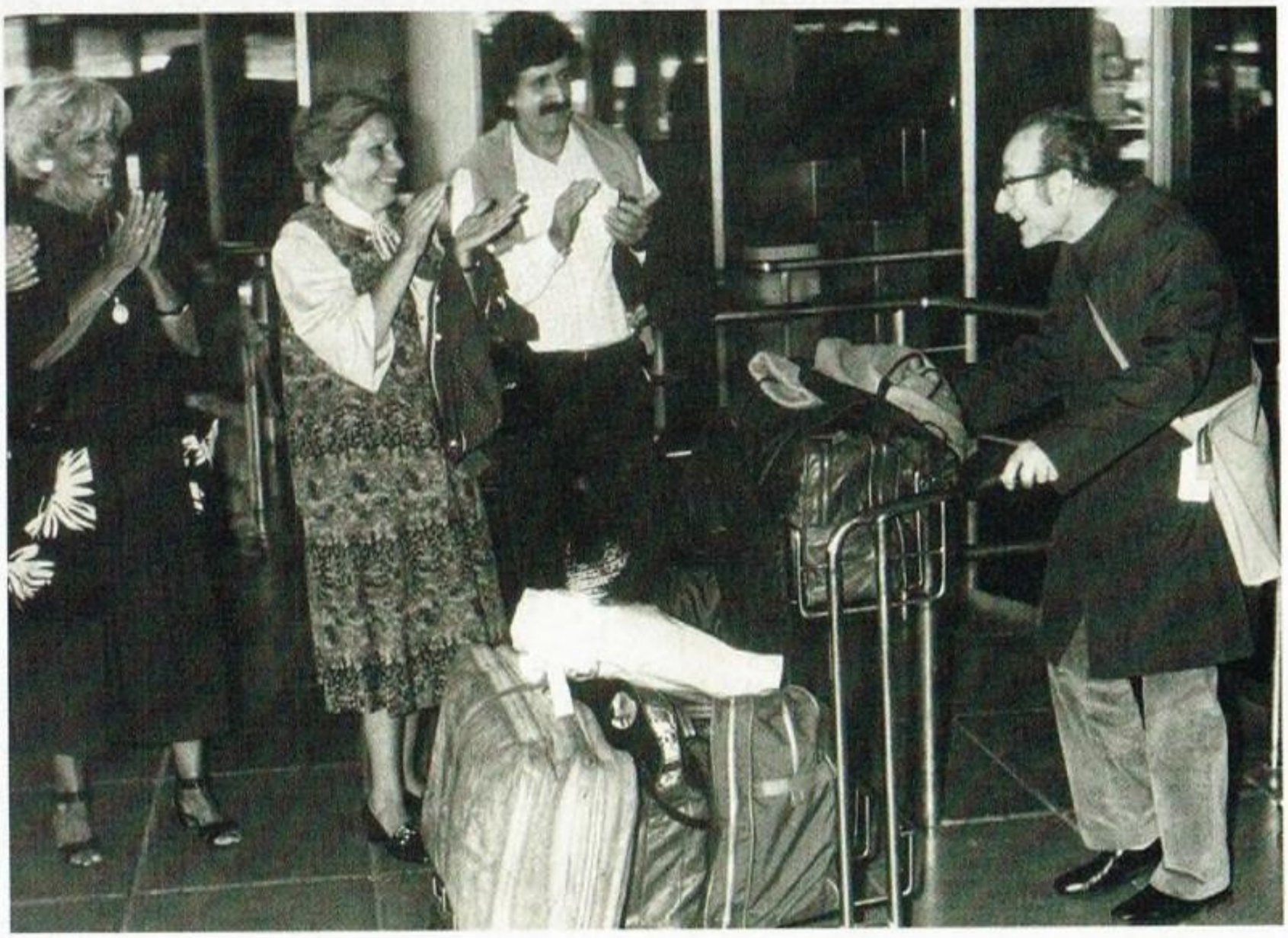
Ernesto Sabato (2001)
Consagrado con su novela Sobre héroes y tumbas, Ernesto Sabato recibió el premio Cervantes en 1984. Se había dedicado a la literatura después de estudiar física en la Universidad de La Plata. En 1983 presidió la CONADEP. Arriba, el escritor en su casa de Santos Lugares.

María Eugenia Cerutti. Clarín.



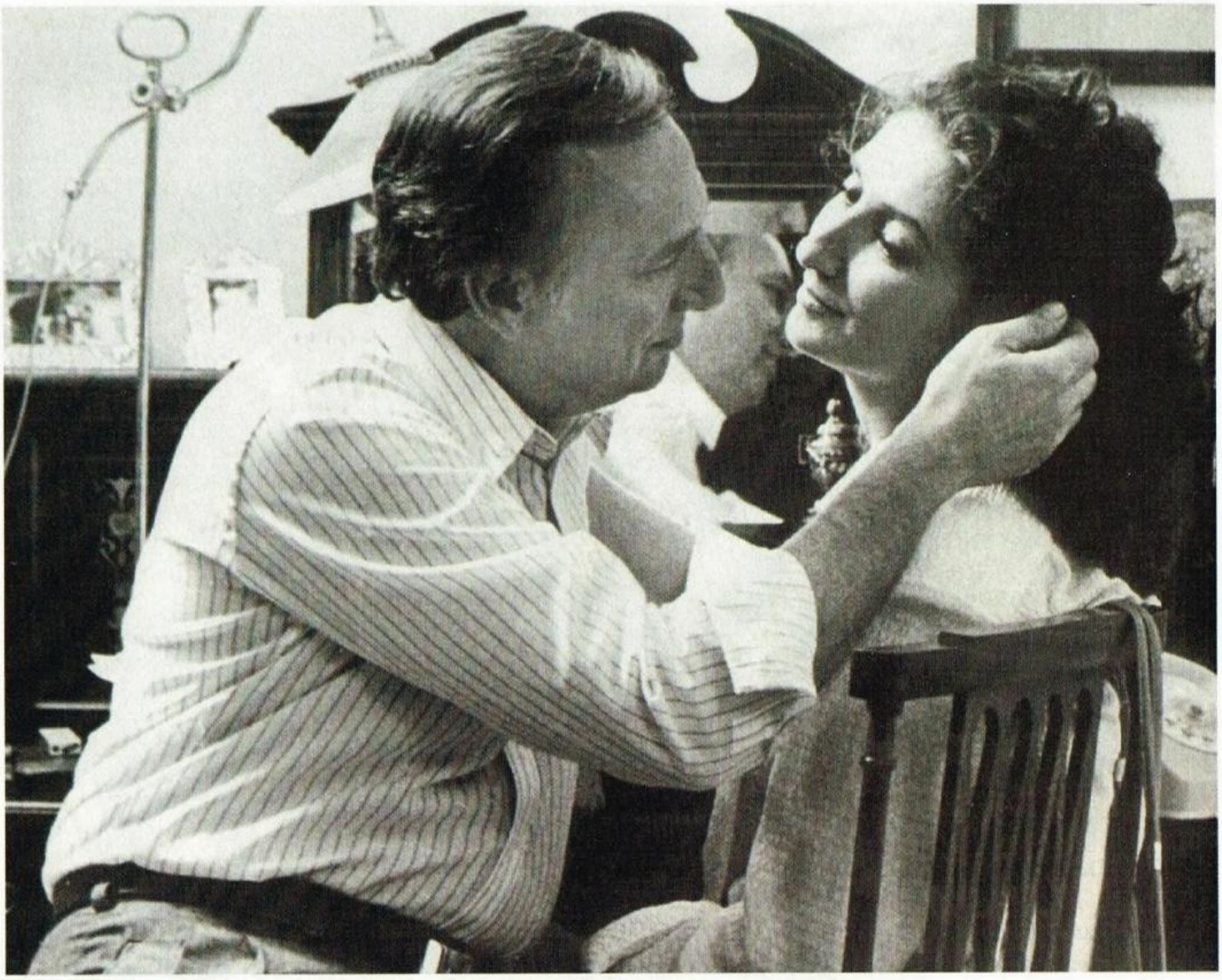
Concierto en la Avenida (1987)
Los eventos culturales multitudinarios marcaron los primeros años de la recuperación democrática. A la derecha, Zubin Mehta dirige la Filarmónica de Buenos Aires en plena Avenida 9 de Julio.

Daniel Rodríguez. Clarín.



César Milstein (1984)
Nacido en Bahía Blanca en 1927, César Milstein realizó gran parte de sus investigaciones en Inglaterra. En 1984 fue galardonado con el premio Nobel de Medicina por sus descubrimientos que favorecieron la lucha contra el cáncer. Murió en 2002.

Archivo Clarín.



La historia oficial (1986)
El 24 de marzo de 1986, la Academia de Artes y Ciencias de Hollywood premió con el Oscar a la Mejor Película Extranjera a La historia oficial. El filme, dirigido por Luis Puenzo, aborda el tema de los desaparecidos y tiene como pareja protagónica a Héctor Alterio y Norma Aleandro.

Archivo Clarín.

Maradona, rey del Mundial

La Selección ganó el Mundial de 1986, realizado en México. El equipo nacional llegó al certamen con pocas expectativas, después de una clasificación difícil. Pero, de la mano de Diego Maradona, la Argentina llegó a la final, en la que venció a Alemania. Una semana antes, por los cuartos de final, el 22 de junio de 1986, Diego había mostrado toda su magia frente a Inglaterra. En ese partido, que Argentina ganó 2 a 1, hizo dos goles que hicieron historia.

Inolvidable (1986)

La jugada duró unos diez segundos. Maradona recibió la pelota en terreno argentino y eludió a los jugadores ingleses, a toda marcha. También superó al arquero y, suavemente, mandó la pelota a la red. Era el 2 a 0 de la Argentina. El gol está considerado como uno de los más espectaculares de la historia del fútbol.

Dani Yako. Clarín.

La mano de Dios (1986)
El primer gol argentino en el partido contra Inglaterra despertó todo tipo de polémicas. El propio Maradona lo describió como La mano de Dios. Esta foto recorrió el mundo, mostrando la jugada que el árbitro no había visto.

Eduardo Longoni. Clarín.

La Copa (1986)
Maradona besa la Copa del Mundial 86, ante el premier alemán Helmut Kohl y el presidente mexicano, Miguel de la Madrid Hurtado, el 29 de junio de 1986, en el estadio Azteca. Era la segunda vez que la Argentina lograba el campeonato del mundo; la primera había sido en 1978.

AFP.

Noche de alegría (1986)
Al igual que en 1978, el Obelisco fue el centro de los festejos por la victoria en el Mundial. La Argentina, dirigida por Carlos Salvador Bilardo, le había ganado a Alemania por 3 a 2, el 29 de junio de 1986. Y la gente inundó la ciudad de banderas celestes y blancas.

Néstor Sieira. Clarín.

River, dueño del mundo

En 1986, River ganó su primera Copa Libertadores de América y, luego, la Intercontinental. Fue un buen año para los Millonarios. Habían conseguido el campeonato local seis fechas antes de su finalización. Luego vencieron al América de Cali, de Colombia, en las finales de la Libertadores. Después, derrotaron al Steaua Bucarest, en Tokio.

El gol de la victoria (1986)
El uruguayo Antonio Alzamendi acaba de cabecear y la pelota tiene destino de red. Con este gol, River venció al Steaua Bucarest y alcanzó la Copa Intercontinental.

Archivo Clarín.

Los ídolos y las Copas (1986)
Nery Pumpido, Américo Gallego y Juan Gilberto Funes alzan las copas Intercontinental y Toyota. Funes hizo el gol decisivo en una de las finales ante el América de Cali.

Juan Carlos Bairo. Clarín.

La visita de Juan Pablo II

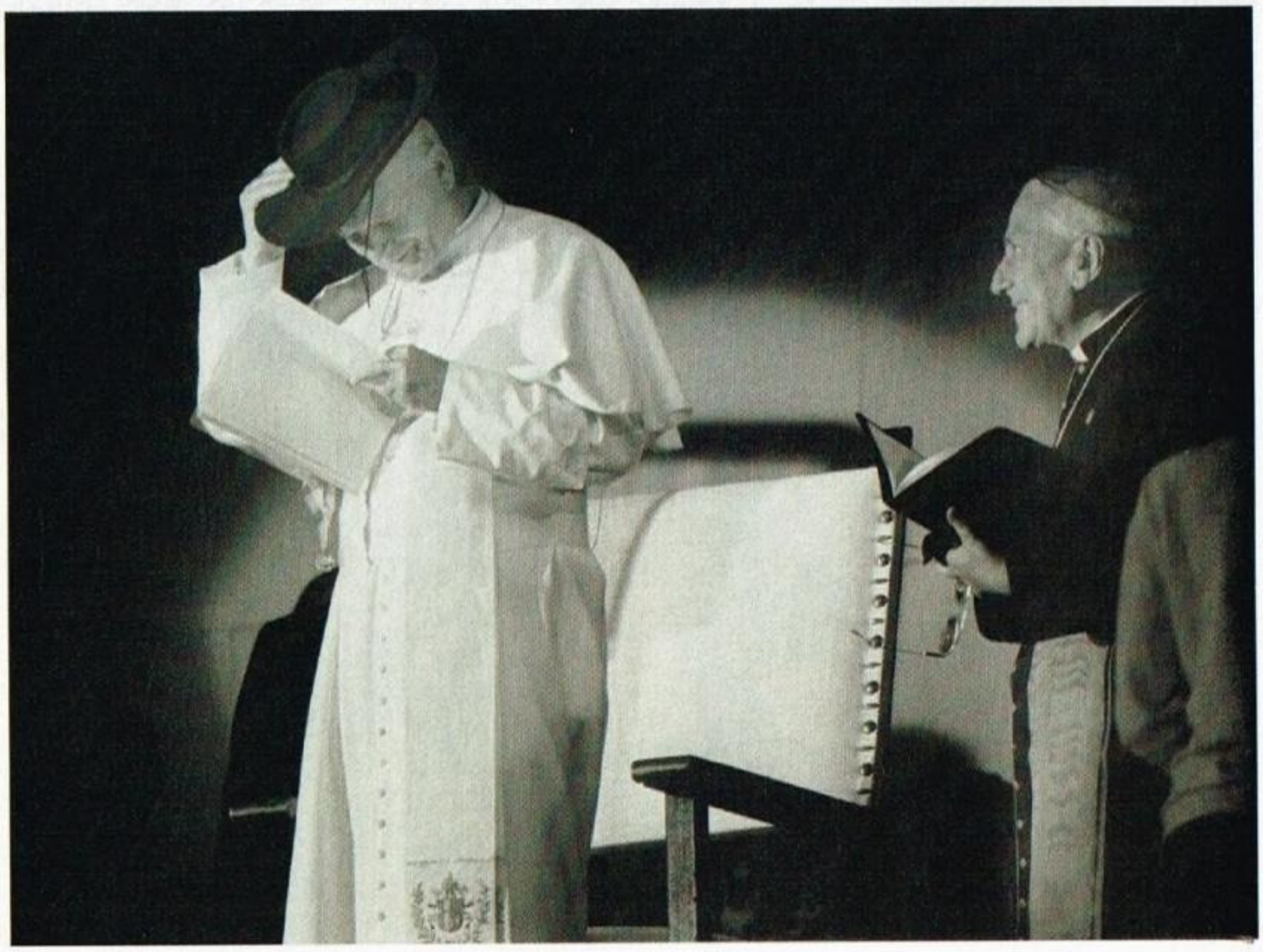
La relación entre el papa Juan Pablo II y la Argentina fue intensa. En 1979, su mediación impidió un conflicto armado por el Canal de Beagle. En 1982, estuvo en el país en plena Guerra de Malvinas. La visita de 1987 fue totalmente distinta. El Papa recorrió una decena de ciudades argentinas. El Papamóvil y cada uno de sus actos fue seguido con entusiasmo por miles de personas.

Bienvenida (1987)
El Papa presidió, el Domingo de Ramos de 1987, una misa que fue seguida por unas 750.000 personas en la Avenida 9 de Julio.

Eduardo Longoni. Clarín.

La palabra del Papa (1987)
Juan Pablo II visitó diez ciudades. Además, presidió la II Jornada Mundial de la Juventud, realizada en Buenos Aires.

Carlos Sarraf. Clarín.



De los carapintada a La Tablada

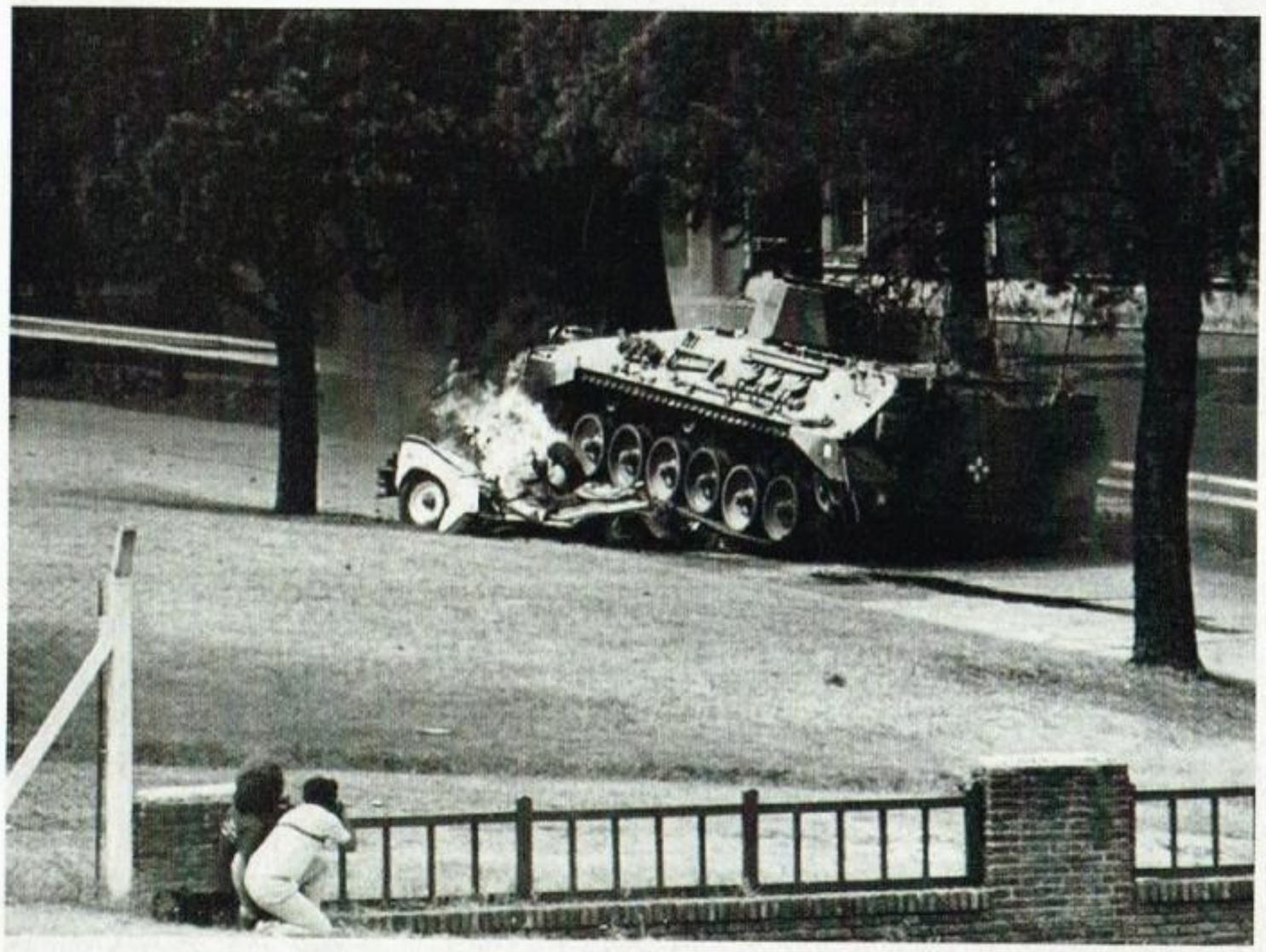
Dos levantamientos militares marcaron la presidencia de Alfonsín. El primero ocurrió el 16 de abril de 1987 y fue encabezado por Aldo Rico, que se atrincheró en Campo de Mayo. El grupo carapintada mostró su insatisfacción con la Ley de Punto Final y exigió el fin de las citaciones judiciales de militares. Hubo una gran movilización a favor de la democracia y los amotinados se rindieron tras una gestión de Alfonsín. En enero y diciembre de 1988, hubo nuevas sublevaciones militares. Y en enero de 1989, un grupo de izquierda intentó la toma del Regimiento 3 de Infantería de La Tablada.

Insultos (1987)
Desde las puertas de la Escuela de Infantería, en Campo de Mayo, llueven los insultos a los carapintada durante la sublevación de 1987. Hubo numerosas manifestaciones de apoyo a la democracia y de repudio a la acción rebelde.

Daniel Rodriguez. Clarín.

Negociaciones (1987)
Aldo Rico aparece en la Escuela de Infantería de Campo de Mayo, luego de negociar con el presidente Alfonsín. Era el primer levantamiento carapintada.

Daniel Rodríguez. Clarín.



El avance de los blindados (1989)
Un tanque aplasta un auto utilizado por miembros del MTP. La lucha en el cuartel se extendió durante casi todo el día. Recién al anochecer, las tropas retomaron el control.

Archivo Clarín.

Ataque a La Tablada (1989)
El 23 de enero de 1989, militantes del Movimiento Todos por la Patria (MTP) irrumpieron en el Regimiento 3 de La Tablada. Tomaron el Casino de Oficiales y otras dependencias. A la derecha, un comando del Ejército detiene a un miembro del MTP.

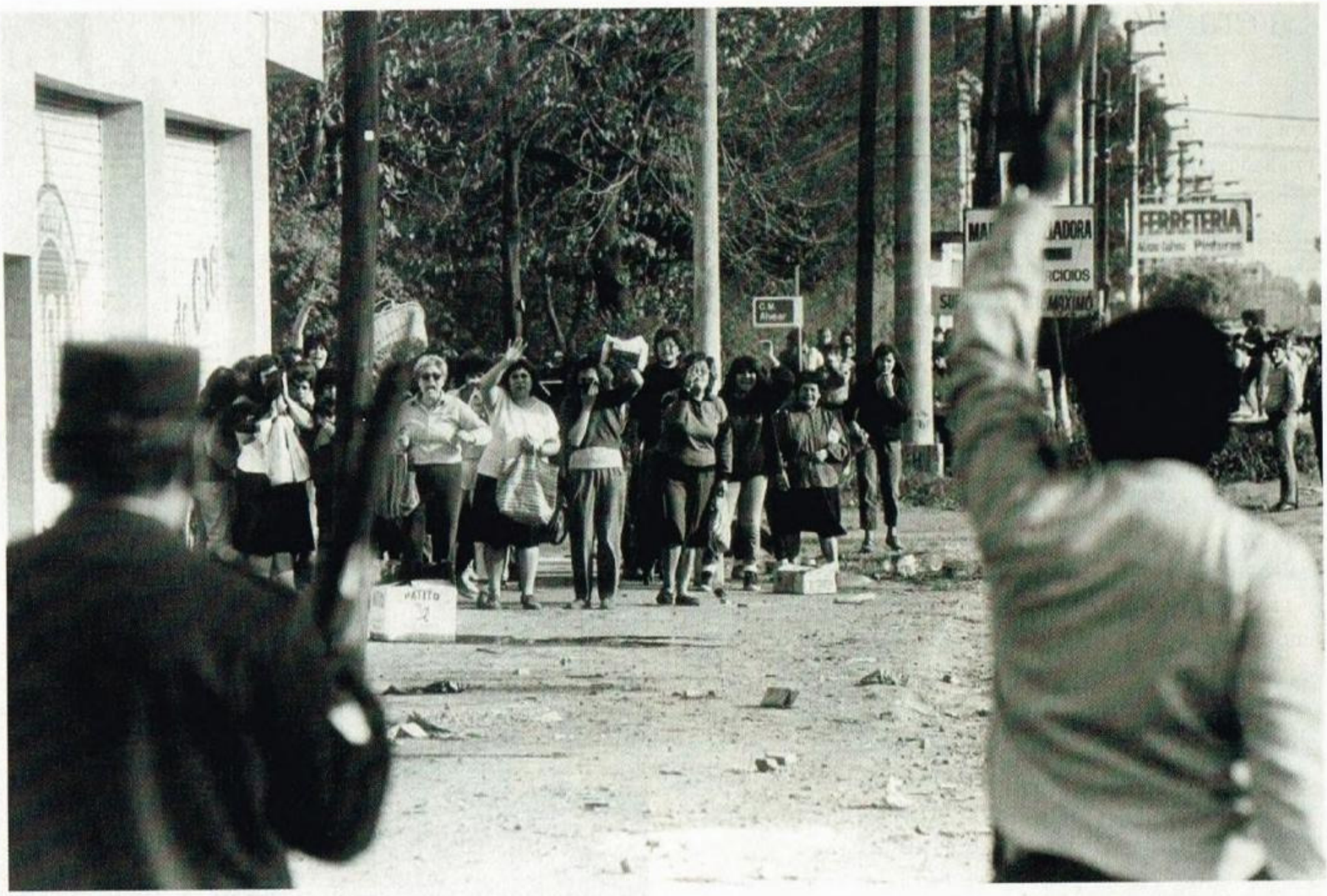
Eduardo Longoni. Clarín.

Los saqueos

En 1989, la situación económica parecía fuera de control. En febrero, un nuevo plan de ajuste implicó una devaluación del 40 por ciento, lo que provocó una corrida bancaria de proporciones. La inflación se transformó en hiperinflación y el malestar social estalló en forma de saqueos que comenzaron en Rosario y luego se extendieron a otras ciudades.

Saqueos en San Miguel (1989)
Vecinos de barrios humildes arremetieron contra los comercios para robar todo tipo de mercaderías, en especial alimentos. Esta escena fue registrada en las cercanías de un autoservicio de San Miguel, en el oeste del conurbano.

Carlos Sarraf. Clarín



Frente a frente (1989)
Un grupo de vecinos le grita a la Policía. La situación planteada por los saqueos llevó al presidente Alfonsín a imponer el estado de sitio el 30 de mayo. Se calcula que, entre ese mes de 1989 y marzo de 1990, hubo más de 700 saqueos.

Carlos Sarraf. Clarín.

La era Menem

Con el respaldo obtenido en las urnas el 14 de mayo, y tras la entrega anticipada del mando, Carlos Menem inició su presidencia y rápidamente marcó el rumbo. Sus dos primeros ministros de Economía, Angel Roig y Néstor Rapanelli, eran directivos de la multinacional Bunge y Born. Menem lanzó un audaz programa de privatizaciones y apertura económica a fines de 1989. Pero un nuevo pico de hiperinflación, en 1989, y la persistencia de los problemas llevaron a nuevos cambios. Tras la gestión de Erman González, Domingo Cavallo asumió como ministro de Economía en 1991. Menem y Cavallo apostaron a la Convertibilidad que llevó la inflación al 0% en 1993.

Por otra parte, Menem indultó a 277 militares y civiles involucrados en el accionar guerrillero y en la represión ilegal. Y durante su primera presidencia, el país fue atacado por el terrorismo internacional mediante los atentados contra la Embajada de Israel y la AMIA.

Las reformas también tuvieron su costado escandaloso: algunos funcionarios, como María Julia Alsogaray y Carlos Alderete, fueron acusados de irregularidades.

En 1994, tras el Pacto de Olivos, la reforma de la Constitución permitió la reelección de Menem. Su segunda presidencia estuvo marcada por el alejamiento de Cavallo del Ministerio de Economía, un alto desempleo –llegó al 18%– y la recesión. El Presidente intentó conseguir una nueva reelección pero tuvo que abandonar la idea ante una cerrada oposición desde dentro y fuera del justicialismo.

Hacia la Casa Rosada (1989)
Carlos Menem y Zulema Yoma saludan desde un auto que los conduce desde el Congreso hasta la Casa de Gobierno, el 8 de julio de 1989. La pareja se separó en 1990, cuando Zulema fue expulsada de la Quinta de Olivos.

AFP.

La primera gestión de Cavallo (1991)
Domingo Cavallo fue designado ministro de Economía en 1991. Entonces, el Congreso aprobó la Ley de Convertibilidad que fijaba el precio del dólar en un peso.

Archivo Clarín.

Malabares (1995)
Cavallo ríe ante Menem, que realiza malabares durante una visita a la Exposición Rural de Palermo, el 31 de julio de 1995. La relación entre ambos fue cordial, pero se deterioró y, en 1996, Cavallo tuvo que renunciar.

Liliana Servente. DyN.

El crimen de María Soledad (1990)
La monja Martha Pelloni y los padres de María Soledad Morales encabezan la primera Marcha del Silencio. El cuerpo de María Soledad fue hallado el 10 de setiembre de 1990 y el crimen conmovió a Catamarca. Toda una provincia se movilizó para exigir justicia.

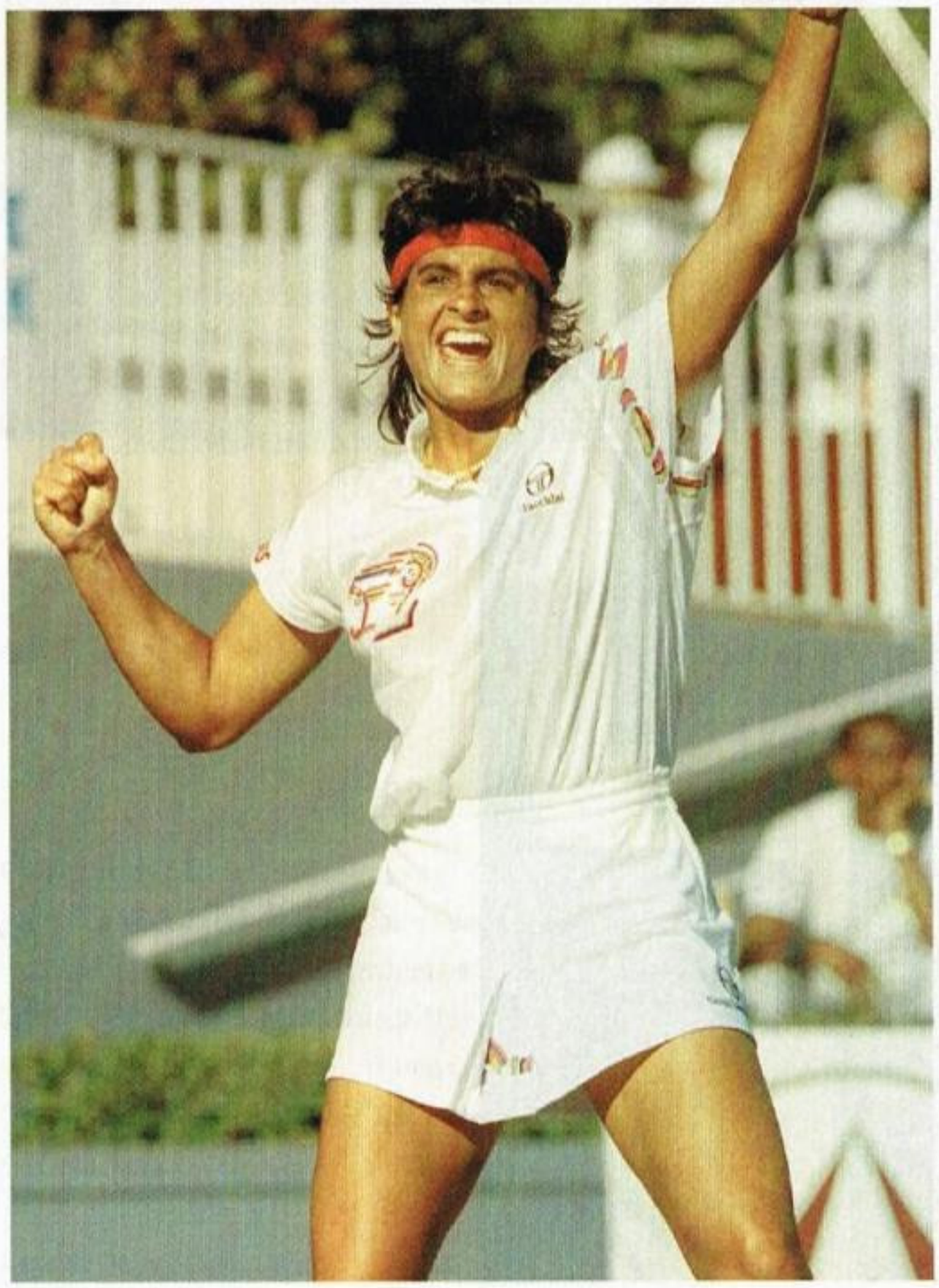
Gerardo Ottino. Clarín.

Guillermo Luque (1991)
En 1998, fue sentenciado a 21 años de cárcel. Otro condenado por el asesinato fue Luis Tula. El caso tuvo derivaciones políticas: la caída del gobierno de Ramón Saadi y la renuncia a su banca de diputado del padre de Guillermo, Luis Luque. A la izquierda, la detención de Luque, en 1991.

Carlos Roberto Bairo. Clarín.

Gaby, la más grande

Fue la tenista argentina más exitosa. Gabriela Sabatini comenzó a jugar a los siete años, en River Plate, y debutó como profesional en 1984. Seis años después ganó el Abierto de Estados Unidos, donde derrotó a Steffi Graf, otra de las mejores tenistas del mundo. Volvió a enfrentar a Graf en 1991, en Wimbledon y quedó a dos puntos de vencerla en el partido decisivo. Sabatini también se lució en los Juegos Olímpicos: logró la medalla de plata en Seúl 1988. Se retiró en octubre de 1996.



Victoria (1991)
Sabatini festeja su triunfo ante Steffi Graf en el torneo Virginia Slims, realizado en Boca Raton, Estados Unidos, en 1991. Ese fue un gran año para la tenista argentina.

Kathy Willens. AP.

Abierto de Estados Unidos (1990)
Sabatini besa la copa del Abierto de Estados Unidos, que ganó en 1990. Esta es la mayor conquista de la tenista argentina, ya que se trata de un torneo de Grand Slam.

AP.

Vélez, campeón del mundo

Vélez Sarsfield llegó a lo más alto en diciembre de 1994, cuando venció por 2 a 0 al Milan y ganó la Copa Intercontinental. Dirigido por Carlos Bianchi, había ganado la Copa Libertadores ante el San Pablo, de Brasil. En la primera final, Omar Asad hizo el gol de la victoria. Como visitante, Vélez se impuso en la definición por penales 5 a 3. Luego, en Tokio, los goles de Asad y de Roberto Trotta le volvieron a dar el triunfo.

Festejos en Liniers (1994)
El arquero José Luis Chilavert levanta la Copa Intercontinental en el estadio de Vélez. Lo acompañan en el festejo, de izquierda a derecha, Víctor Hugo Sotomayor, Héctor Almandoz, con la camiseta del equipo, y el arquero Sandro Guzmán.

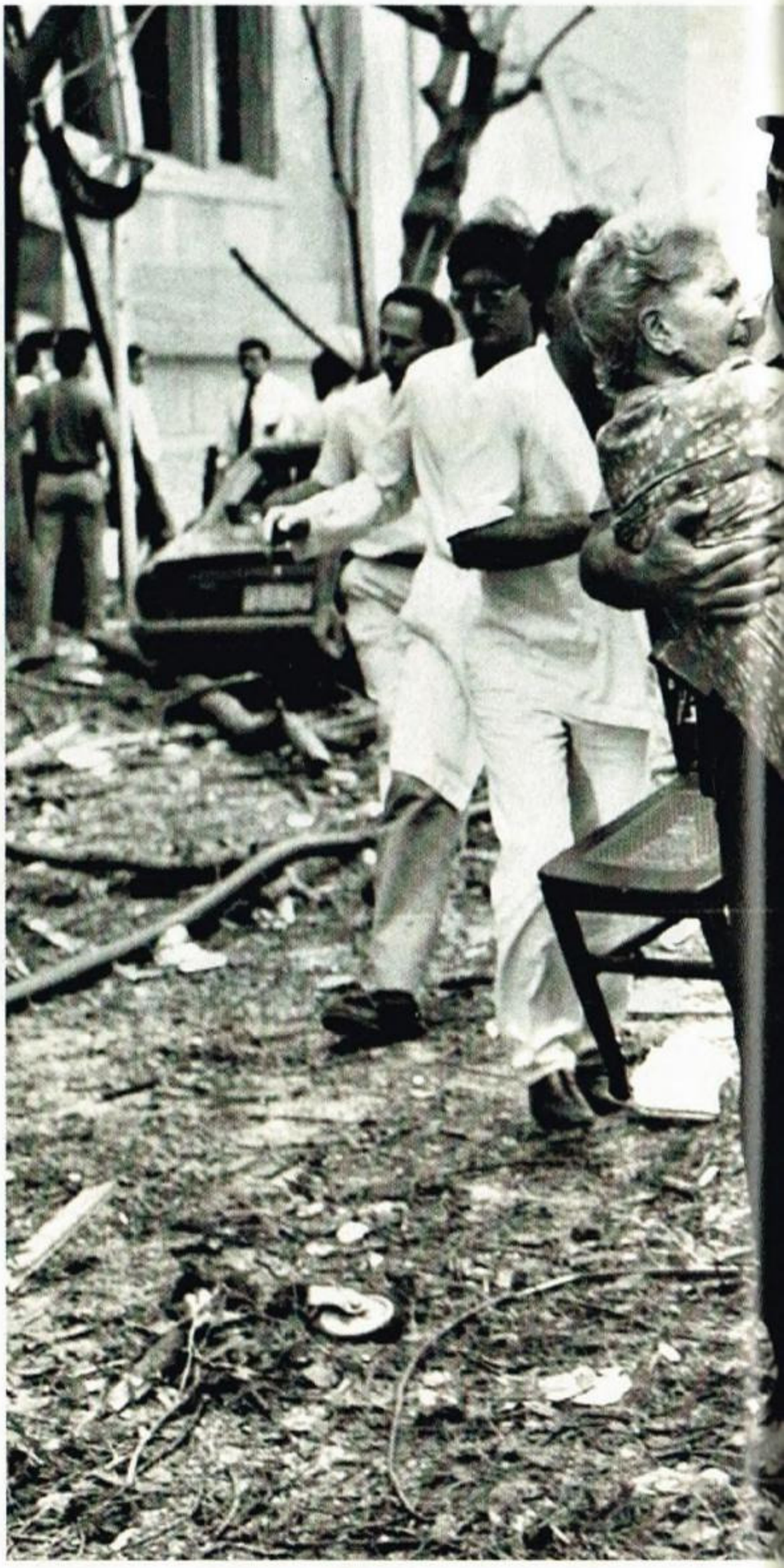
Carlos Roberto Bairo. Clarín.

Alegría en Japón (1994)
Varios jugadores de Vélez levantan la Copa Toyota, en Tokio, el 1º de diciembre de 1994. Habían vencido al Milan por 2 a 0. De izquierda a derecha, aparecen José Turu Flores, José Horacio Basualdo, Omar Andrés Asad (con la Copa), Víctor Hugo Sotomayor y Marcelo Gómez.

Carlos Roberto Bairo. Clarín.

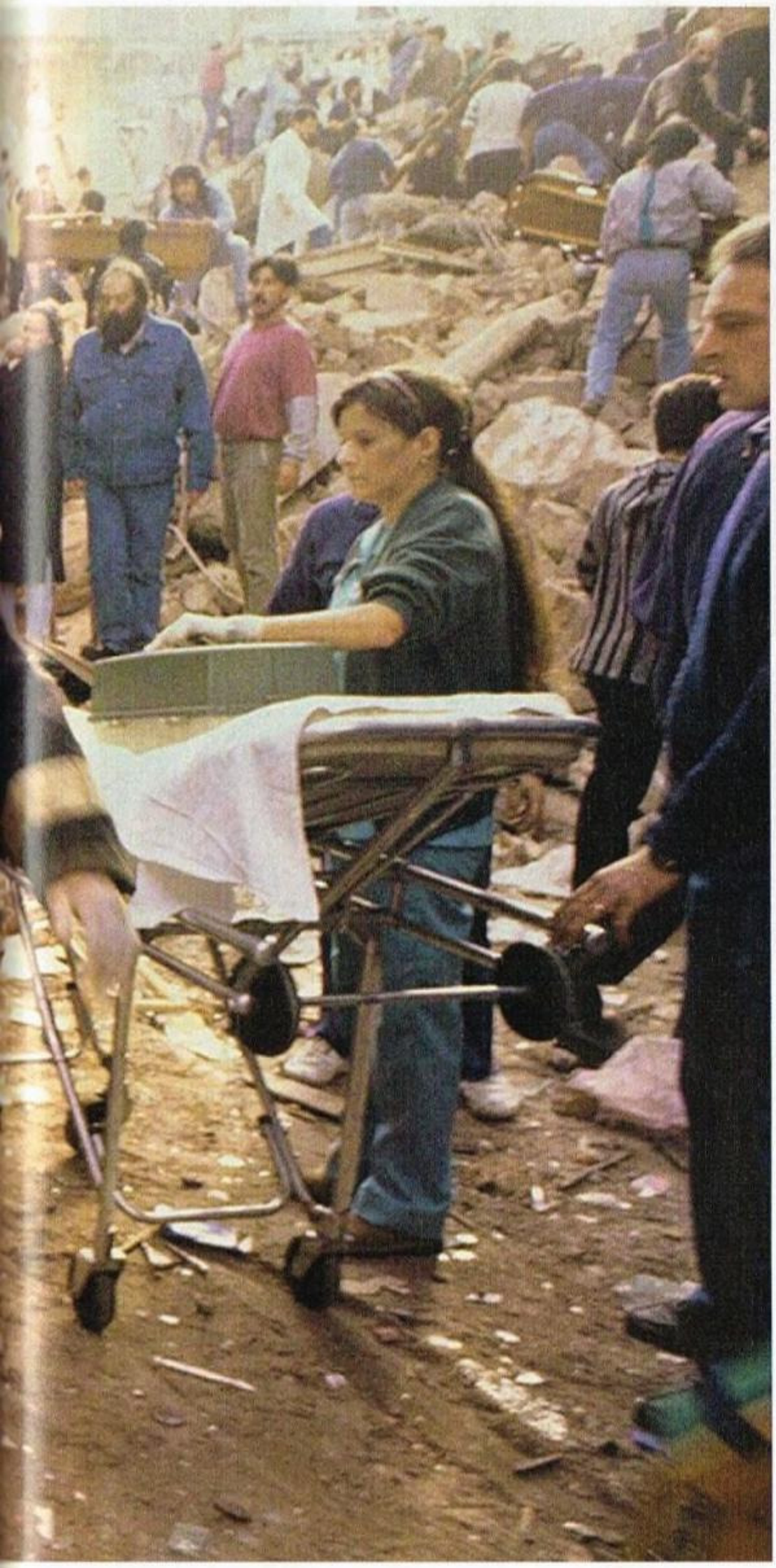
El terrorismo internacional, detrás del atentado a la Embajada de Israel

Una camioneta Ford F-100, cargada con media tonelada de explosivos, estalló frente a la Embajada de Israel el 17 de marzo de 1992. Por primera vez, el terrorismo internacional, vinculado con la crisis de Oriente Medio, llenaba de muerte y dolor las calles de Buenos Aires. La destrucción del edificio provocó la muerte de 29 personas y heridas a otras 350. La investigación quedó en manos de los jueces de la Corte Suprema pero no registró mayores avances. El gobierno de Israel, en tanto, acusó a Hezbollah, una organización proiraní.



Vida entre los escombros (1992)
Un policía rescata una de las víctimas del atentado, ocurrido alrededor de las 14.45 del 17 de marzo de 1992 en pleno Centro. La explosión destruyó la Embajada y provocó daños en los edificios de las inmediaciones.

Ricardo Cárcova. Clarín.



El atentado contra la AMIA

A las 9.53 del 18 de julio de 1994, Buenos Aires volvió a sentir los efectos del terrorismo internacional. Otro coche bomba destruyó la sede de la Asociación Mutual Israelita Argentina (AMIA), ubicada en Pasteur 633, pleno barrio de Once. Hubo 85 muertos y unos 300 heridos. Según las investigaciones, unos 300 kilos de explosivos habían sido colocados en una camioneta Trafic blanca lanzada contra la puerta del edificio. Aunque hubo 22 acusados, la investigación judicial no alcanzó los resultados esperados. Después de un juicio que duró tres años, en 2004, el Tribunal Oral Federal 3 absolvió a todos los acusados. En cambio, se ordenó la investigación de irregularidades cometidas por funcionarios judiciales.

Otra vez el horror (1994)
La sede de la AMIA fue reducida a escombros. Los bomberos trasladan la camilla con uno de los sobrevivientes del peor atentado terrorista cometido hasta la fecha en el país. A la izquierda, el trabajo de un grupo de bomberos y voluntarios.

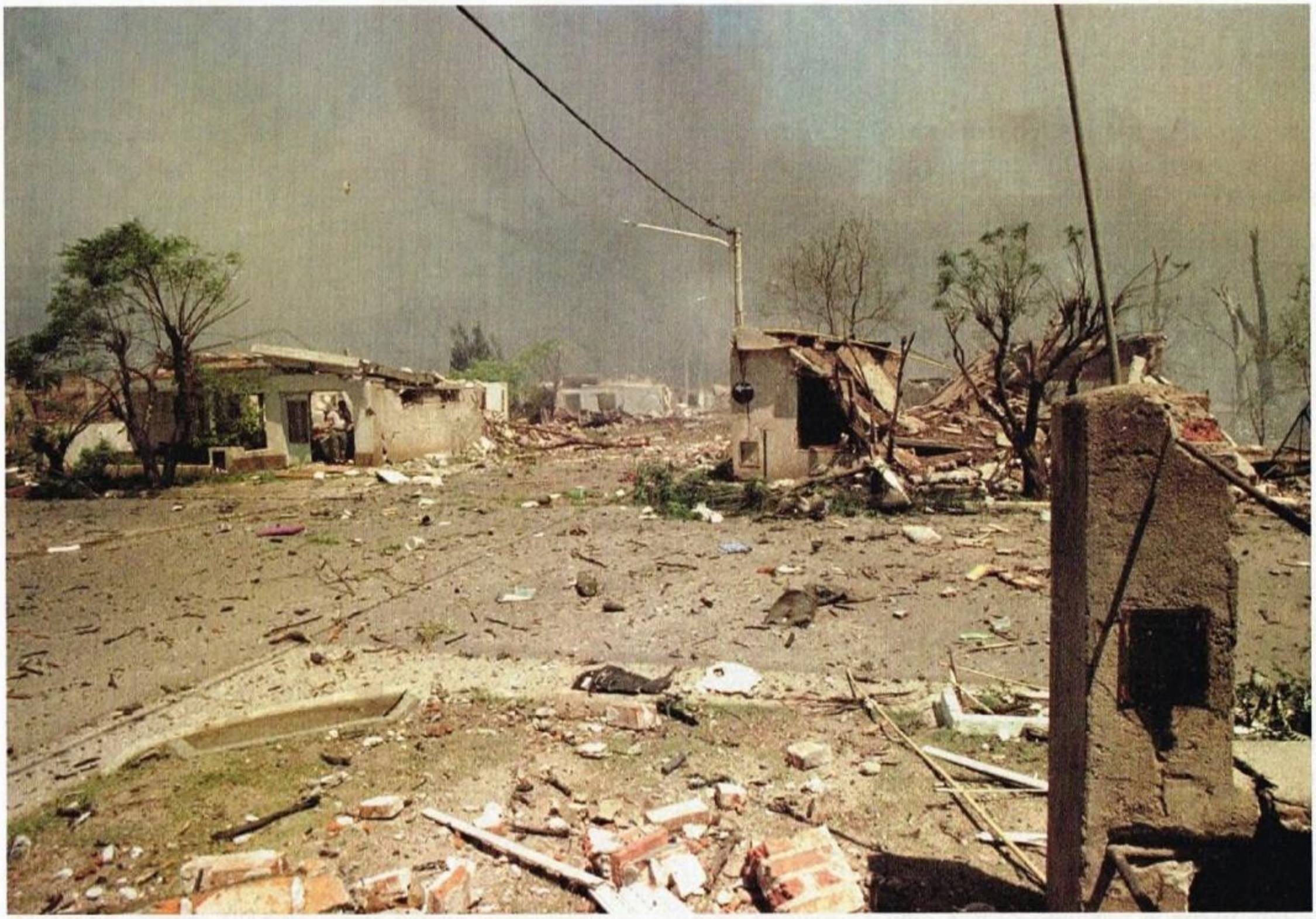
Julio Menajovsky.

La explosión del arsenal de Río Tercero

La fábrica militar Río Tercero estalló a las 9.05 del 3 de noviembre de 1995. Entonces, cinco explosiones afectaron a la planta industrial y a los barrios cercanos de esta ciudad, ubicada 110 kilómetros al sur de Córdoba. Hubo siete muertos y unos 340 heridos. La investigación judicial continuaba una década después. El hecho fue vinculado con el tráfico ilegal de armas hacia Ecuador y Croacia.

Fondo de explosiones (1995)
Vecinos de Río Tercero corren por una calle de la ciudad en el momento exacto de la explosión. El estallido provocó daños en decenas de casas ubicadas en las inmediaciones de la planta.

Archivo Clarín.



Casas destruidas (1995)
Aunque el Estado otorgó indemnizaciones por unos 80 millones de pesos, los reclamos continúan. Muchos vecinos sufrieron problemas auditivos y otros relacionados con su salud.

Daniel Cáceres. Clarín.

El caso Cabezas

José Luis Cabezas, fotógrafo de la revista Noticias, fue asesinado el 25 de enero de 1997. Durante la madrugada de ese día, Cabezas fue secuestrado por un grupo de hombres en la puerta de una casa de Pinamar. Luego, fue ejecutado en una cava de General Madariaga. Los asesinos le prendieron fuego al auto y al cadáver. Era un crimen por encargo. Gran parte de las sospechas cayeron sobre el empresario Alfredo Yabrán, a quien Cabezas había fotografiado en una playa de Pinamar. Yabrán se suicidó en 1998 y en 2000, la justicia condenó a ocho hombres, entre ellos el ex jefe de la custodia del empresario postal.

Reclamo generalizado (1997)
La frase "No se olviden de Cabezas" fue utilizada para describir el reclamo de justicia ante un crimen de características mafiosas. La Asociación de Reporteros Gráficos enterró decenas de carteles en Plaza de Mayo.

Carlos Vollaro. Clarín.

Alfredo Yabrán (1997)
En 1998 la justicia ordenó la captura de Yabrán, un importante empresario del sector postal, que se suicidó ese mismo año. Para entonces, ya era el principal sospechoso por el crimen de Cabezas. En 1997, poco después de una entrevista en la Casa Rosada, su auto fue apedreado (arriba).

Daniel Vides. Noticias Argentinas.

El rock nacional

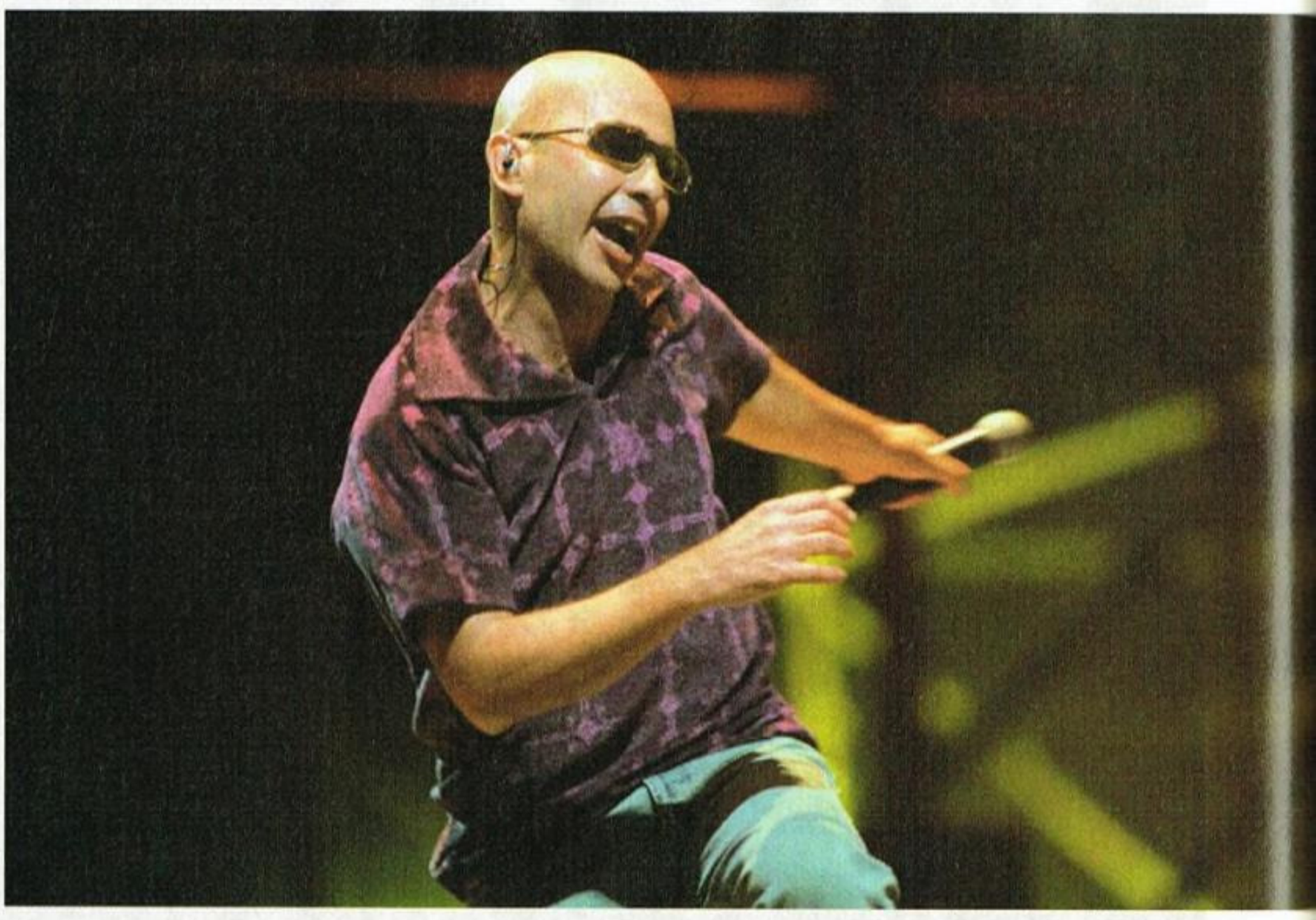
Ya durante la Guerra de Malvinas la música nacional tomó un nuevo impulso. Las restricciones a la música extranjera dejaron más espacio a los temas de autores argentinos en las radios. Pero el rock nacional tendría mucho más para ofrecer tras la recuperación democrática de 1983. Aparecieron nuevos grupos, como Soda Stéreo o Los Redonditos de Ricota, y viejos intérpretes demostraron por qué eran tan famosos. También hubo espacio para el encuentro de distintas vertientes musicales, como el folclore y el rock.

Del melódico al metal
Tres grandes de la música nacional aparecen en esta foto. De izquierda a derecha, el rosarino Fito Páez, dueño de un estilo propio, Norberto Pappo Napolitano (1950-2005), símbolo del rock pesado y Luca Prodan (1953-1987), creador de Sumo.

Archivo Clarín.

Escenario compartido (2001)
Víctor Heredia, Mercedes Sosa y León Gieco durante un recital. Los tres lograron gran repercusión popular con sus temas e interpretaciones.

Axel Alexander. Clarín.

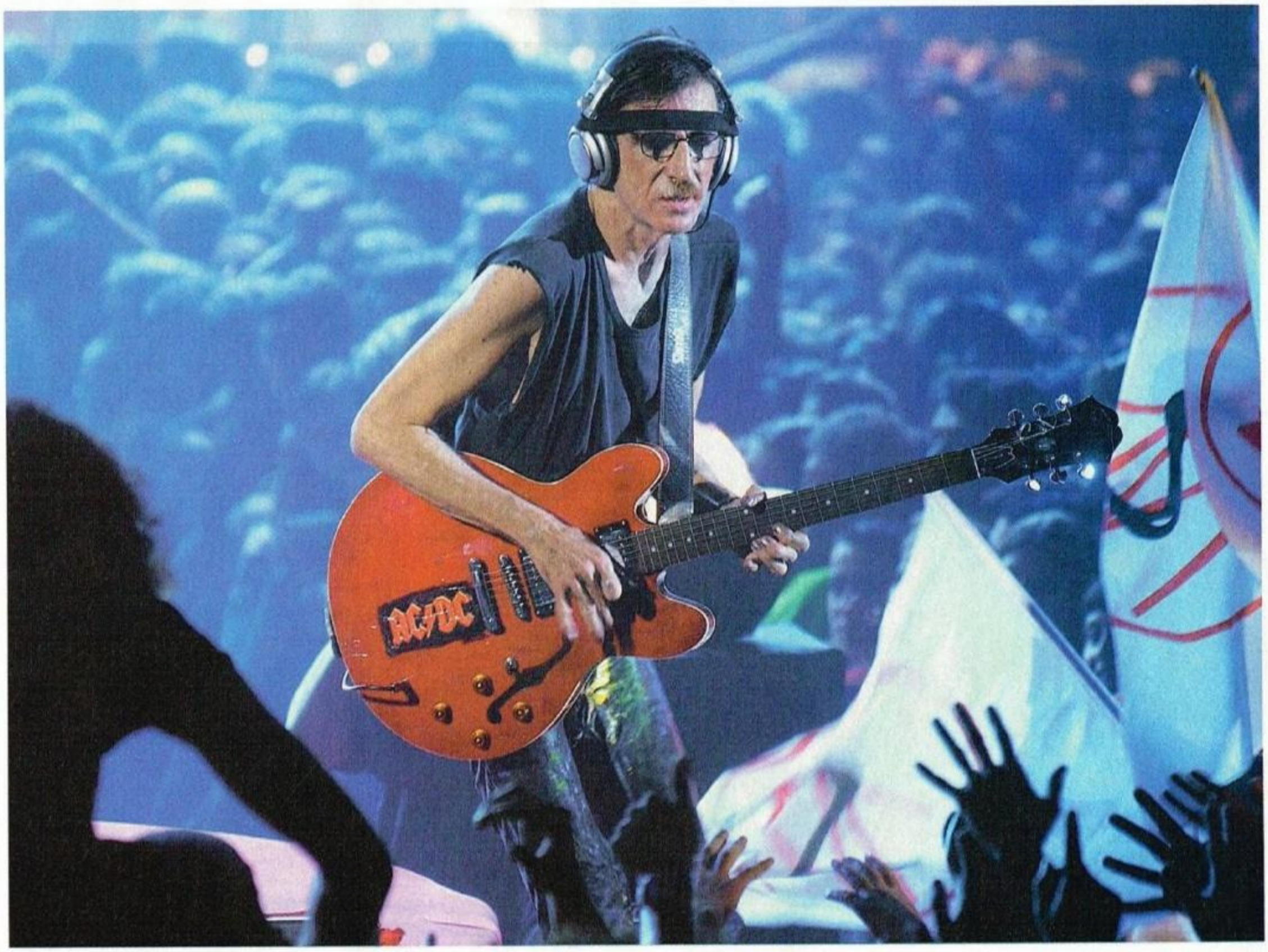


Patricio Rey (1998)
Carlos El Indio Solari, también conocido como Patricio Rey, creó Los Redonditos de Ricota en 1976. La banda alcanzó gran popularidad en los años 90. En el 2000 llenaron el estadio Monumental en dos oportunidades.

Hernán Rojas. Clarín.

Informales (1996)
Fabiana Cantilo, Pappo y Andrés Calamaro durante una zapada. Cantilo debutó como solista en 1985 y grabó el tema Mi enfermedad, con Calamaro. Este tiene una larga trayectoria con varios conjuntos y como solista. En 1991 se fue a España.

Roberto Pera. Clarín.



Charly García
Es una de las máximas figuras del rock nacional. Desde los 70 integró y lideró bandas como Sui Generis y Serú Girán. También fue exitoso como solista, carrera que comenzó en 1982. Provocador y polémico, aparece arriba durante uno de sus tantos recitales.

Axel Alexander. Clarín.

La tele de los 90

En los años 90, tras la privatización de los canales, la televisión argentina vivió una nueva etapa. Algunas figuras, como Mirtha Legrand, consolidaron su popularidad. Otras, como Susana Giménez, Marcelo Tinelli o Adrián Suar, hicieron programas de gran éxito. Precisamente, la competencia por el rating –la medición de audiencia– alcanzó gran protagonismo. Por otra parte, a una oferta cada vez más amplia de la TV abierta, se sumaron las propuestas del cable.

La reina de los almuerzos (1992)
Junto a una exitosa carrera como actriz, Mirtha Legrand comenzó con sus almuerzos televisivos en 1968. El estilo de Mirtha y el aporte de sus invitados convirtió al ciclo –arriba, en noviembre de 1992– en un clásico de la pantalla chica.

Carlos Sarraf. Clarín.

La reina de los teléfonos

En 1987, por ATC, Susana Giménez debutó como conductora en Hola Susana, que luego pasó a Telefe. Este programa combinó entretenimientos y entrevistas. Los espectadores podían jugar con la conductora a través del teléfono.

Archivo Clarín.

La banda del Golden Rocket (1992)
Esta comedia fue presentada por Canal 13 en 1991. Era la historia de un grupo de adolescentes y en su elenco incluía actores jóvenes que luego tuvieron gran éxito. Arriba, aparecen, de izquierda a derecha, Diego Torres, Araceli González, Fabián Vena y Adrián Suar, entre otros.

Archivo Clarín.

Videomatch (1998)
El programa de Marcelo Tinelli comenzó en 1990 con un estilo propio, basado en el humor, al principio referido al deporte. Convertido en El show de Videomatch, fue uno de los mayores éxitos de Telefe. Rebautizado Showmatch, en 2005, pasó a la pantalla de Canal 9.

Leo Vaca. Clarín.

La gestión de la Alianza

La oposición a Menem creció desde 1995, cuando la fórmula del Frepaso, encabezada por Carlos Chacho Alvarez y José O. Bordón, quedó en segundo lugar. La recesión económica –cada vez más profunda–, el aumento de la desocupación, los casos de corrupción y los intentos de Menem por conseguir una nueva reelección marcaron el final de su segundo mandato. La oposición, en tanto, formó la Alianza, integrada por el Frepaso y la UCR en 1997.

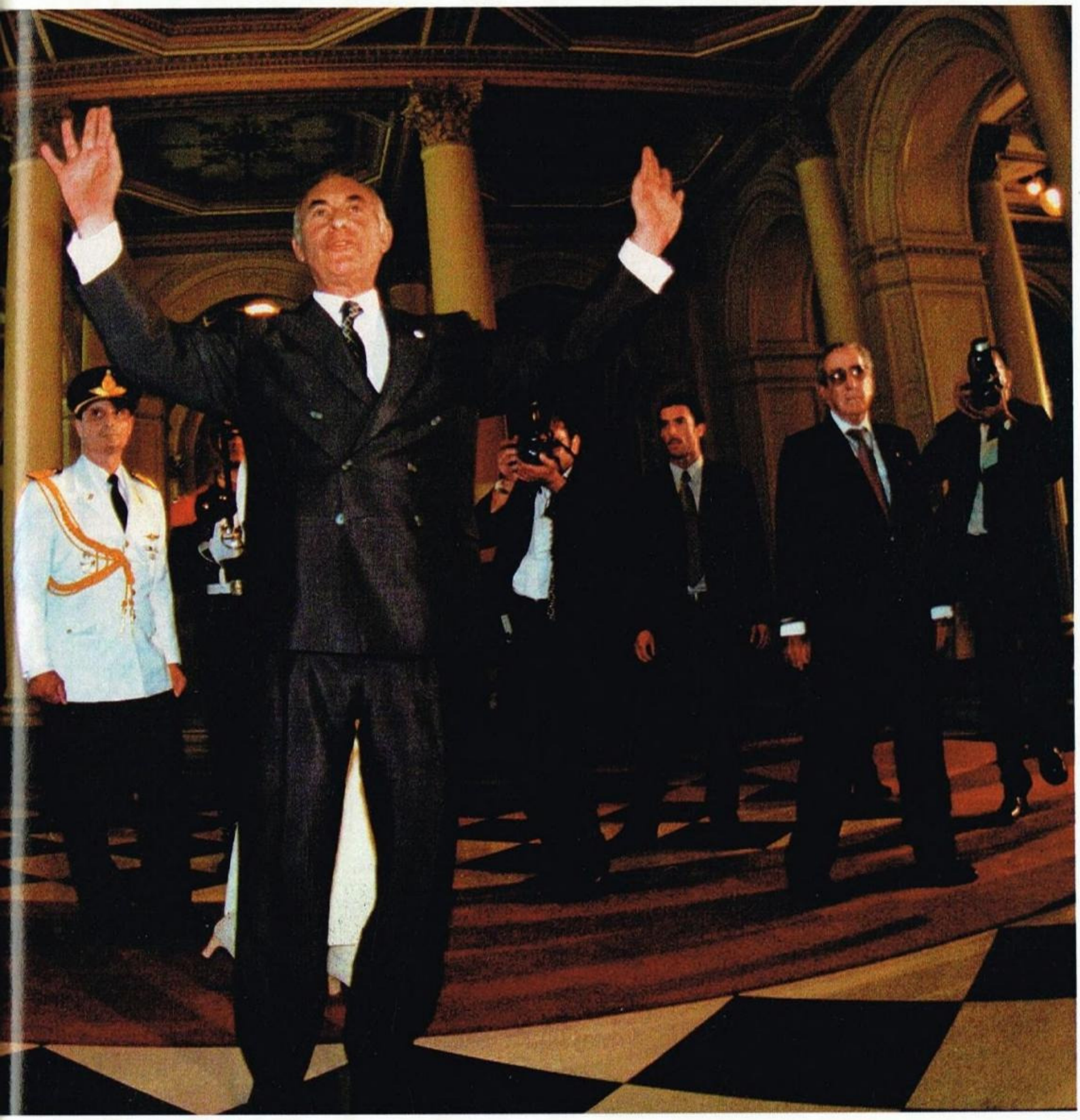
Después de elecciones internas abiertas, en las que derrotó a Graciela Fernández Meijide en 1998, Fernando de la Rúa, quien era jefe de gobierno porteño desde 1996, quedó como candidato presidencial de la nueva coalición. Las elecciones se realizaron el 24 de octubre de 1999 y en ellas se impuso la fórmula integrada por De la Rúa y Chacho Alvarez. En segundo lugar, quedó el justicialismo que llevaba como candidatos a Eduardo Duhalde y Ramón Ortega.

De la Rúa asumió el 10 de diciembre de 1999. El nuevo gobierno tuvo que enfrentar serias dificultades económicas. Ante un fuerte déficit fiscal y una abultada deuda externa, las medidas no alcanzaron para revertir la situación, caracterizada por la recesión y la falta de trabajo.

A sólo diez meses de estar en el poder, la Alianza sufrió una grave crisis. El escándalo de los presuntos sobornos en el Senado estalló en julio de 2000 y en octubre Chacho Alvarez renunció a la Vicepresidencia. A partir de entonces, el gobierno vivió sus momentos más difíciles. Ni el blindaje financiero prometido por el FMI ni el regreso de Domingo Cavallo al Ministerio de Economía pudieron contener la fuga de capitales y una protesta social cada vez más intensa. En diciembre de 2001, Cavallo tomó una medida desesperada: los depósitos bancarios quedaron atrapados en el llamado Corralito. Esto provocó una grave crisis que determinó la renuncia de De la Rúa el 20 de diciembre de 2001.

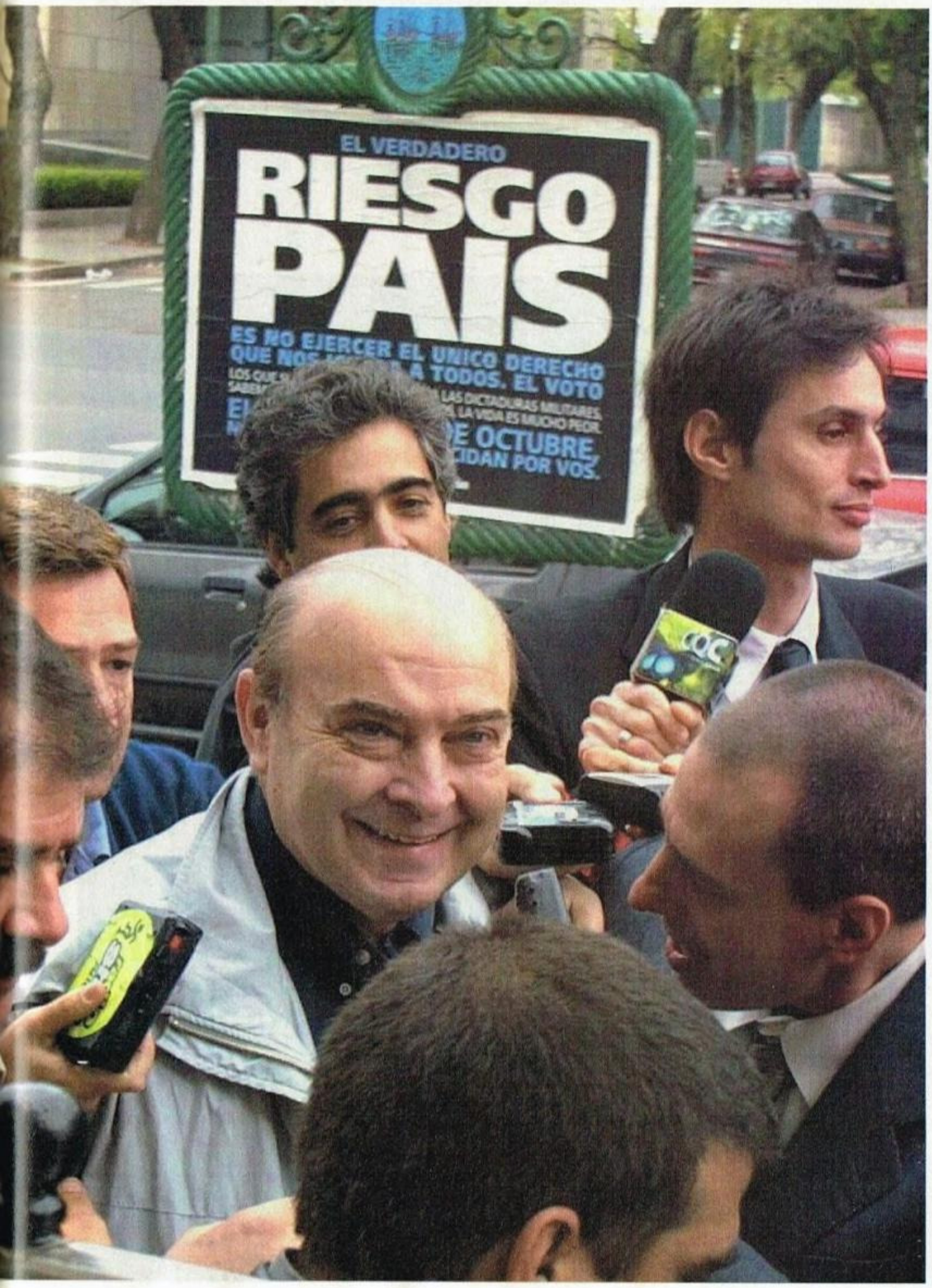
En la Casa Rosada (1999)
Fernando de la Rúa saluda luego de ingresar a la Casa de Gobierno, por primera vez como presidente, el 10 de diciembre de 1999. De gestos muy medidos y una larga trayectoria en el radicalismo, De la Rúa se calificó a sí mismo como un "bombero que apagaba incendios".

Presidencia de la Nación.



La renuncia (2000)
El 6 de octubre de 2000, Chacho Alvarez renunció a la Vicepresidencia en desacuerdo con los cambios de gabinete realizados por la De la Rúa a raíz del escándalo en el Senado. Arriba aparece junto a su esposa, Liliana Chernajovsky, tras su discurso de renuncia en el hotel Castelar.

DyN.



De nuevo Cavallo (2001)
Tras la gestión de 16 días de Ricardo López Murphy, Domingo Cavallo volvió a ser nombrado ministro de Economía en la madrugada del 20 de marzo de 2001. El riesgo país, un índice tenido muy en cuenta por los inversores, fue la espada de Damocles de su gestión.

AFP.

Nuevos saqueos (2001)
Vecinos se llevan mercadería de un autoservicio de Ciudadela el 19 de diciembre de 2001. Los saqueos avanzaron desde el interior hacia el Gran Buenos Aires en pocos días. Hubo siete muertos y 138 heridos.

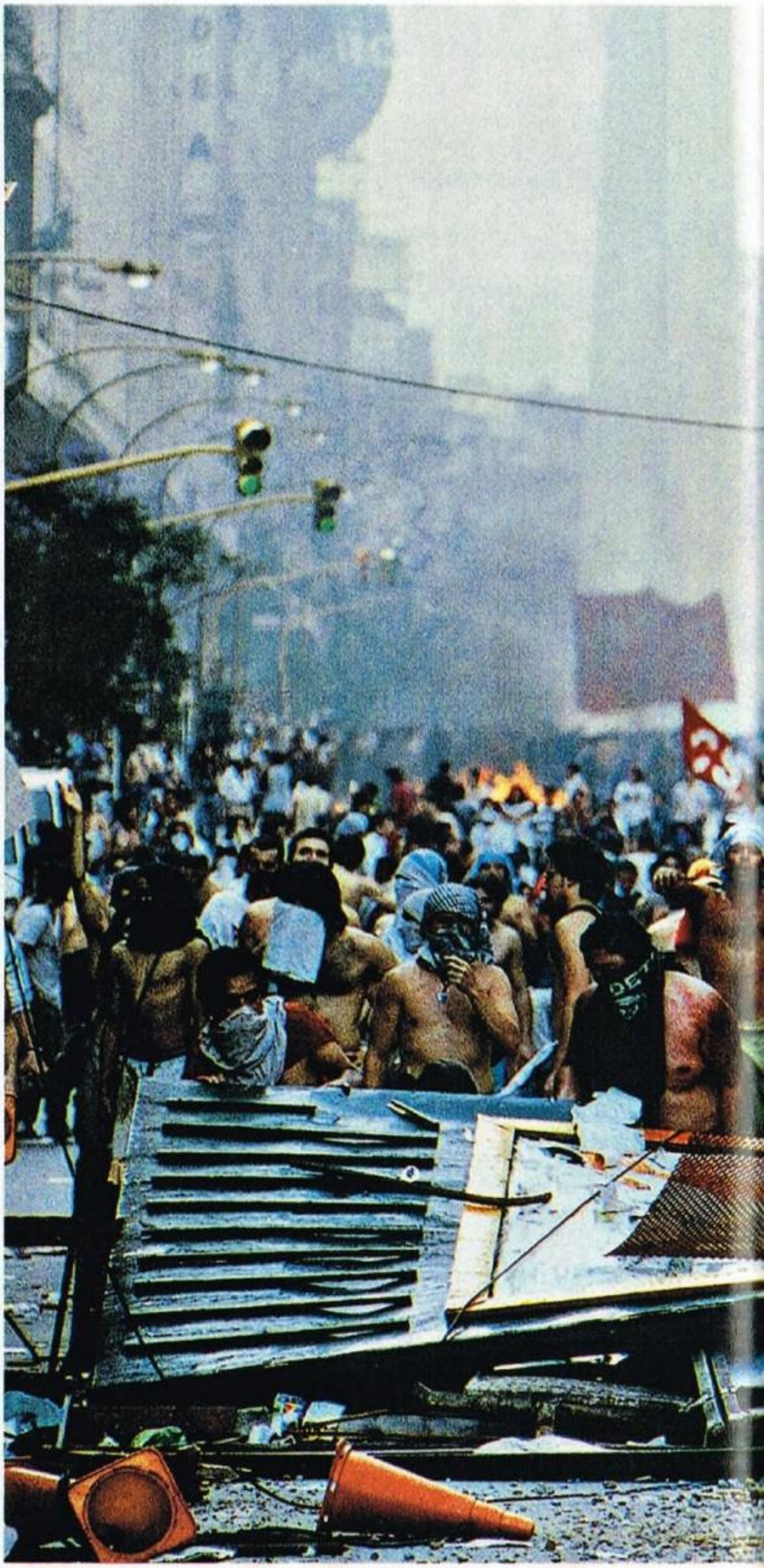
AP.

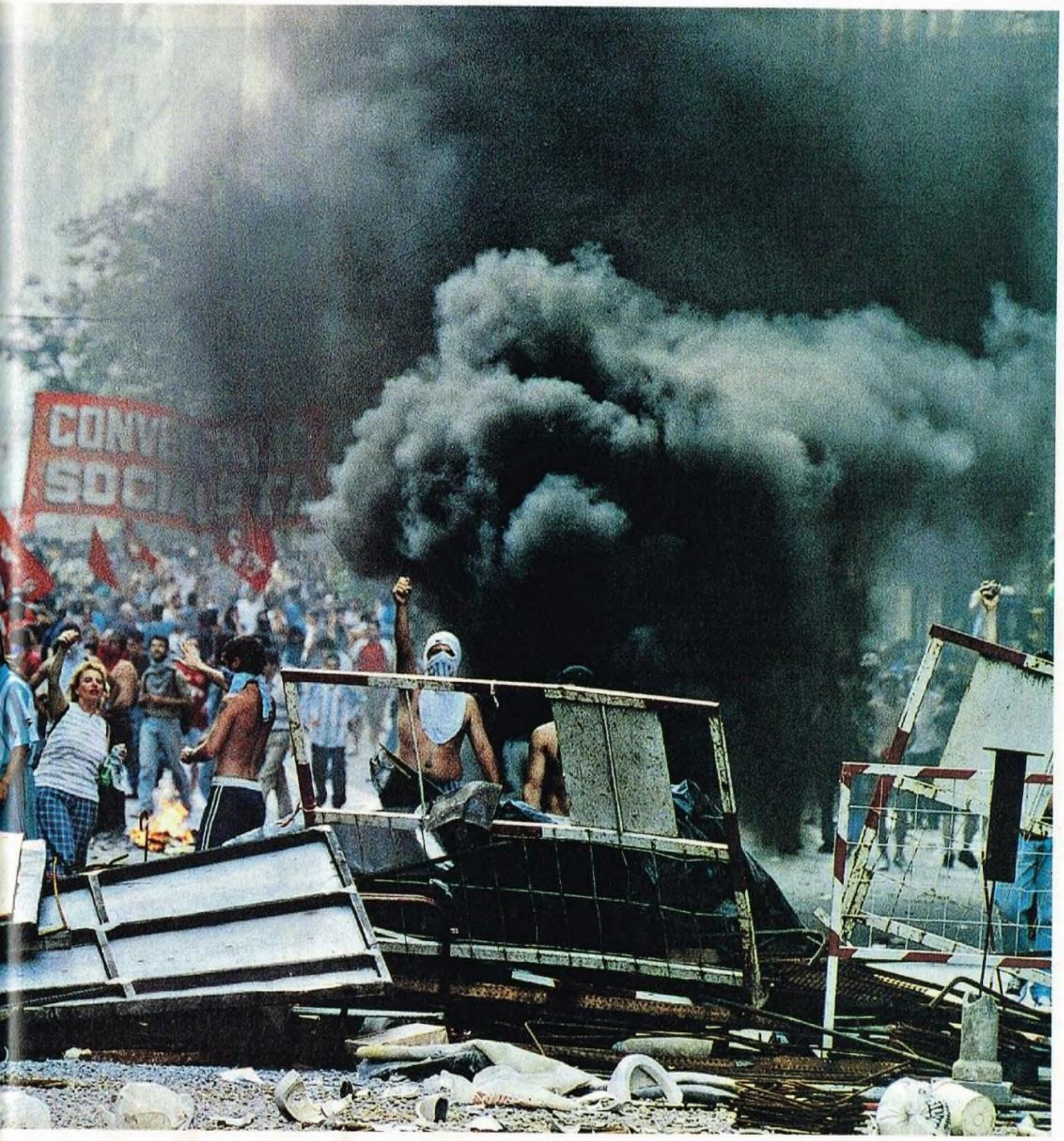
El Cacerolazo (2001)
Las restricciones bancarias impuestas por el Corralito movilizaron a la clase media. En la noche del 19 de diciembre, miles de personas fueron hasta Plaza de Mayo para exigir la renuncia de Cavallo, concretada horas después.

Gustavo Castaing. Clarín.

Barricada (2001)
Un grupo de manifestantes protesta detrás de una barricada levantada en Diagonal Norte y Florida durante los graves incidentes registrados el 20 de diciembre de 2001.

Eduardo Longoni. Clarín.




CONT
SO

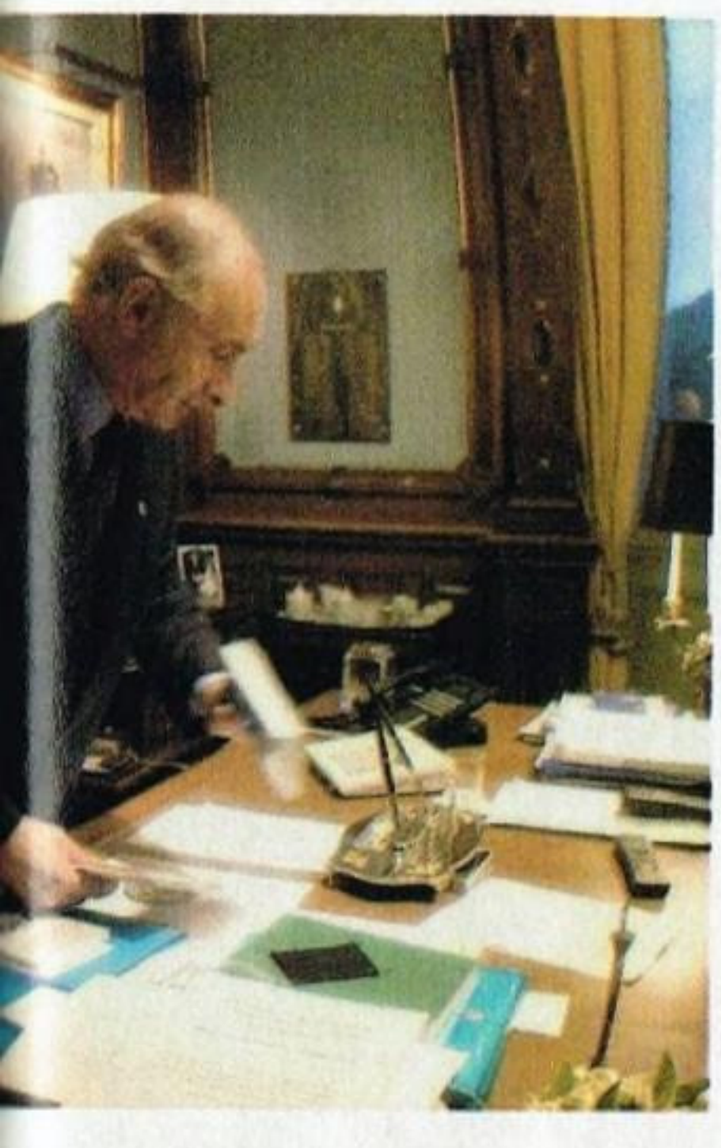
Una semana, cinco presidentes

Los mecanismos constitucionales funcionaron a pesar de la grave crisis económica y social desatada en diciembre de 2001. Luego de aceptar la renuncia de De la Rúa, la Asamblea Legislativa proclamó como presidente provisional al titular del Senado, Federico Ramón Puerta, quien permaneció en el cargo hasta el 23 de diciembre. Ese día asumió Adolfo Rodríguez Saá, quien fue presidente durante una semana. Le sucedió el titular dela Cámara de Diputados, Eduardo Camaño, quien fue presidente hasta el 1º de enero de 2002. Desde el día siguiente y hasta el 25 de mayo de 2003 gobernó Eduardo Duhalde.

Fernando de la Rúa.
Víctor Bugge. Presidencia de la Nación.

Adolfo Rodríguez Saá.
Víctor Bugge. Presidencia de la Nación.

Eduardo Camaño.
Víctor Bugge. Presidencia de la Nación.



Ramón Puerta.

Víctor Bugge. Presidencia de la Nación.

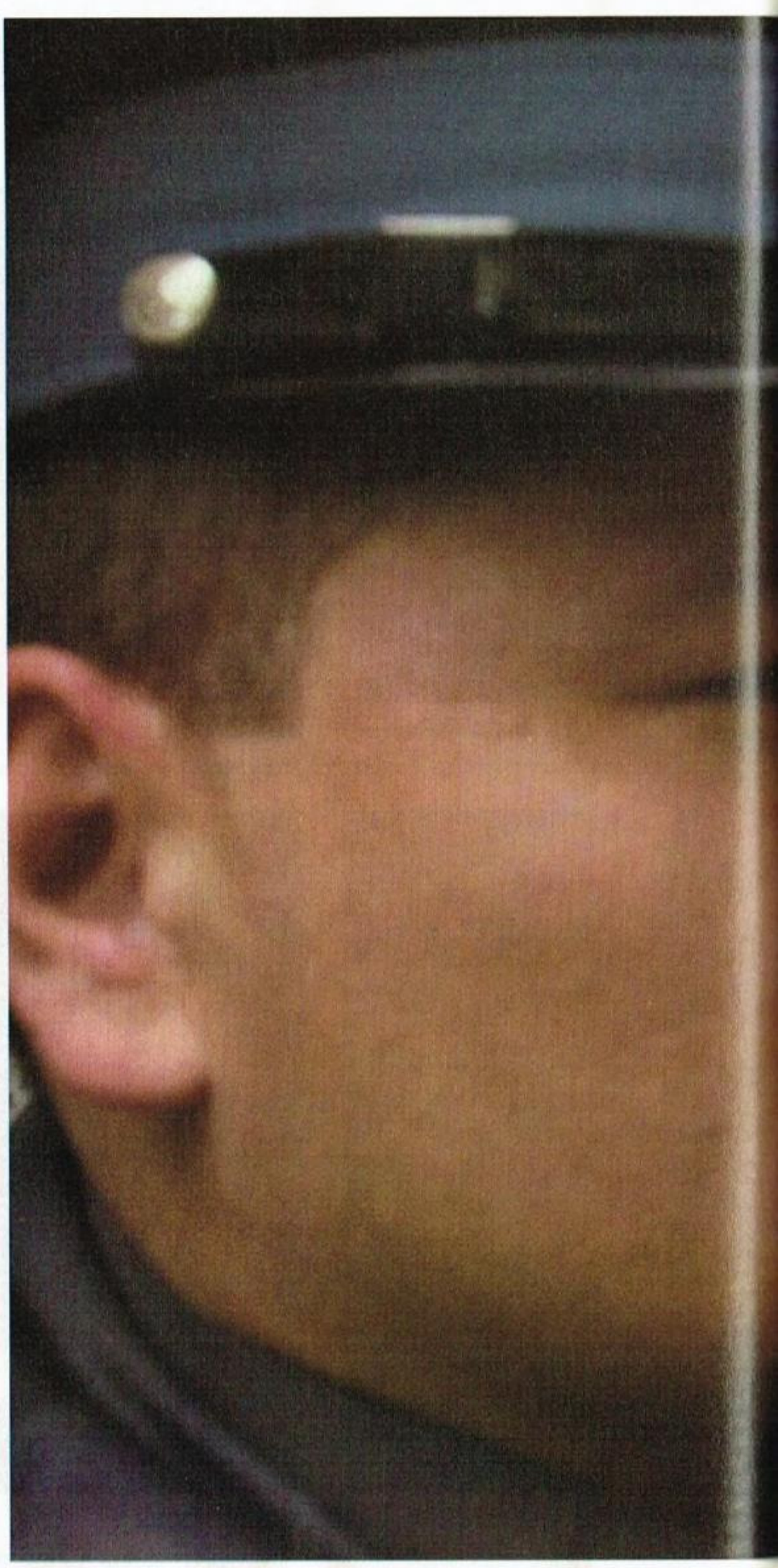
Eduardo Duhalde.

Víctor Bugge. Presidencia de la Nación.

Duhalde: la transición más complicada

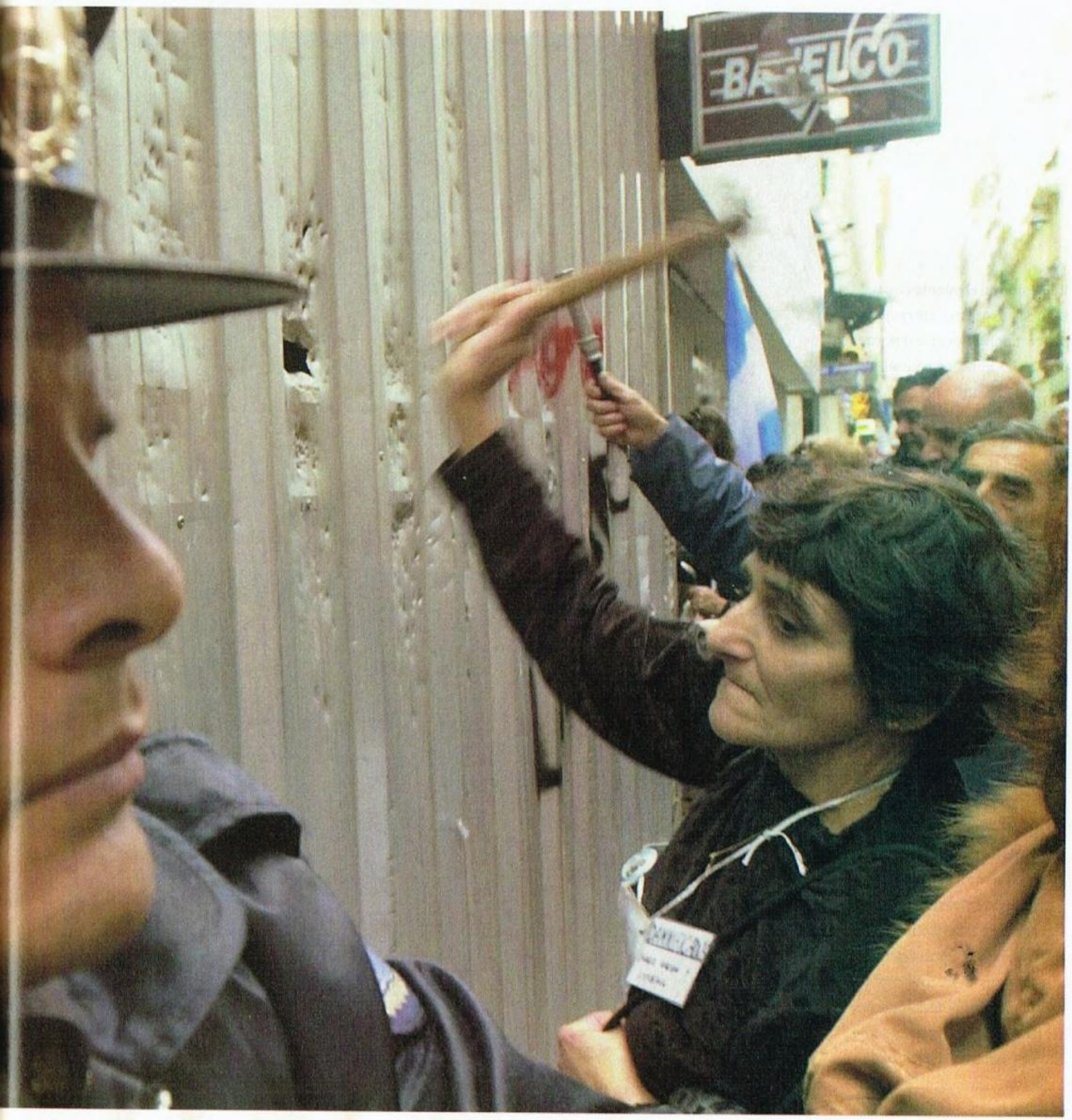
La Asamblea Legislativa eligió a Eduardo Duhalde para completar el mandato de De la Rúa en la Casa Rosada, hasta el 10 de diciembre de 2003. El nuevo presidente tomaba el timón de un país que navegaba por aguas turbulentas. Con el apoyo de los gobernadores justicialistas y de gran parte de la clase política, designó como ministro de Economía a Jorge Remes Lenicov, quien había ocupado el mismo cargo en la provincia de Buenos Aires. Remes Lenicov anunció la devaluación del peso, envió al Congreso un proyecto de ley de Emergencia Económica y prometió la devolución de los ahorros afectados por el Corralito en su moneda original. El tipo de cambio fue fijado en 1,40 peso por dólar y siguieron las restricciones al retiro de depósitos bancarios. El dólar llegó a los 4 pesos y hubo una fuerte fuga de capitales. El 27 de abril, Roberto Lavagna asumió como nuevo ministro de Economía. Luego, comenzó una liberación gradual de los depósitos atrapados por el Corralito y el Corralón.

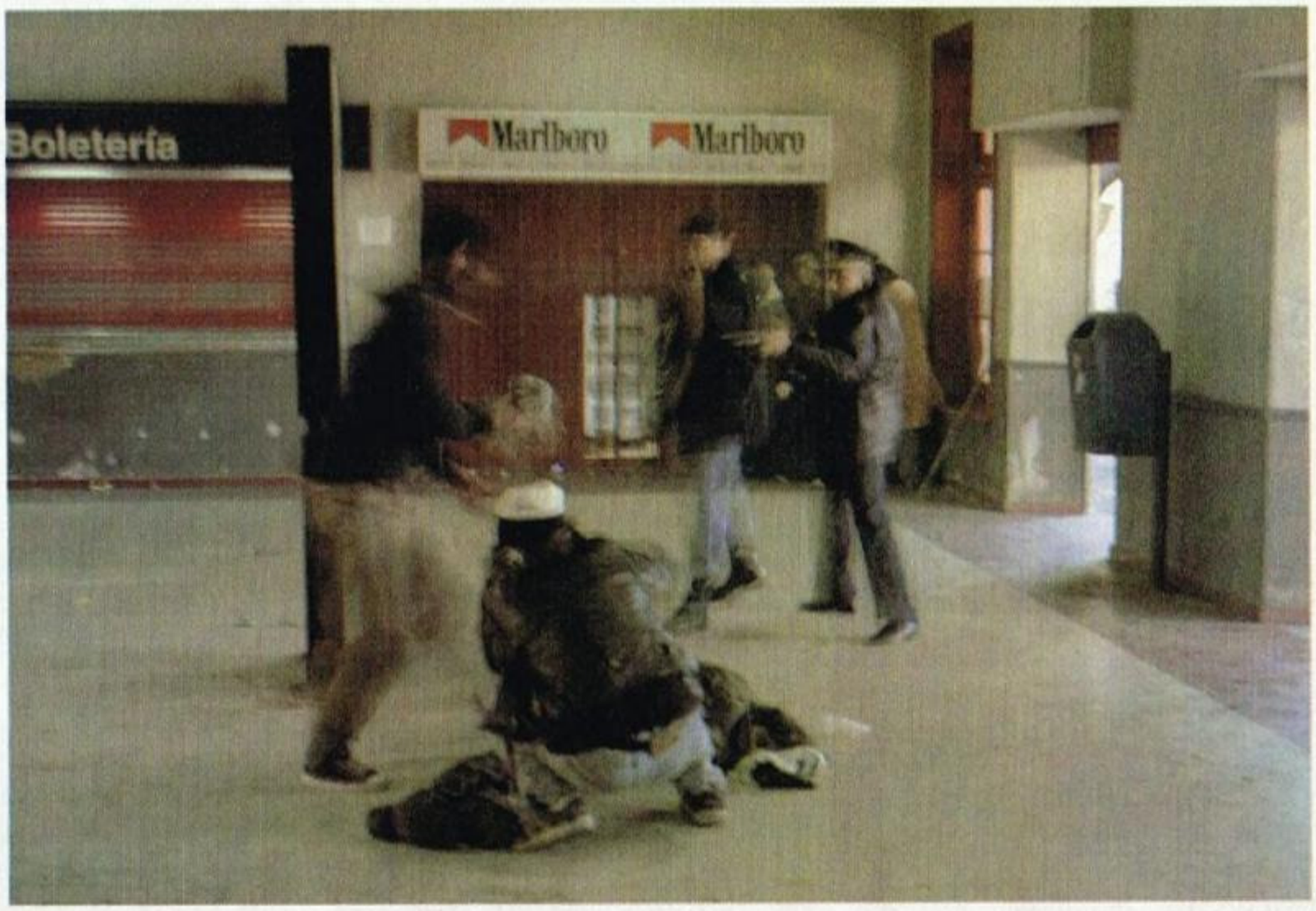
El 26 de junio, una protesta de los piqueteros en el puente Avellaneda terminó con el asesinato de dos manifestantes. Diversos testimonios periodísticos revelaron la responsabilidad de la Policía bonaerense en las muertes. El 2 de julio, Duhalde convocó a elecciones anticipadas.



Furia contra los bancos (2002)
Varios ahorristas golpean las chapas colocadas para proteger un banco del microcentro porteño, el 24 de mayo de 2002. Mucha gente aún tenía sus depósitos atrapados en los bancos debido a las medidas económicas conocidas como Corralito y Corralón.

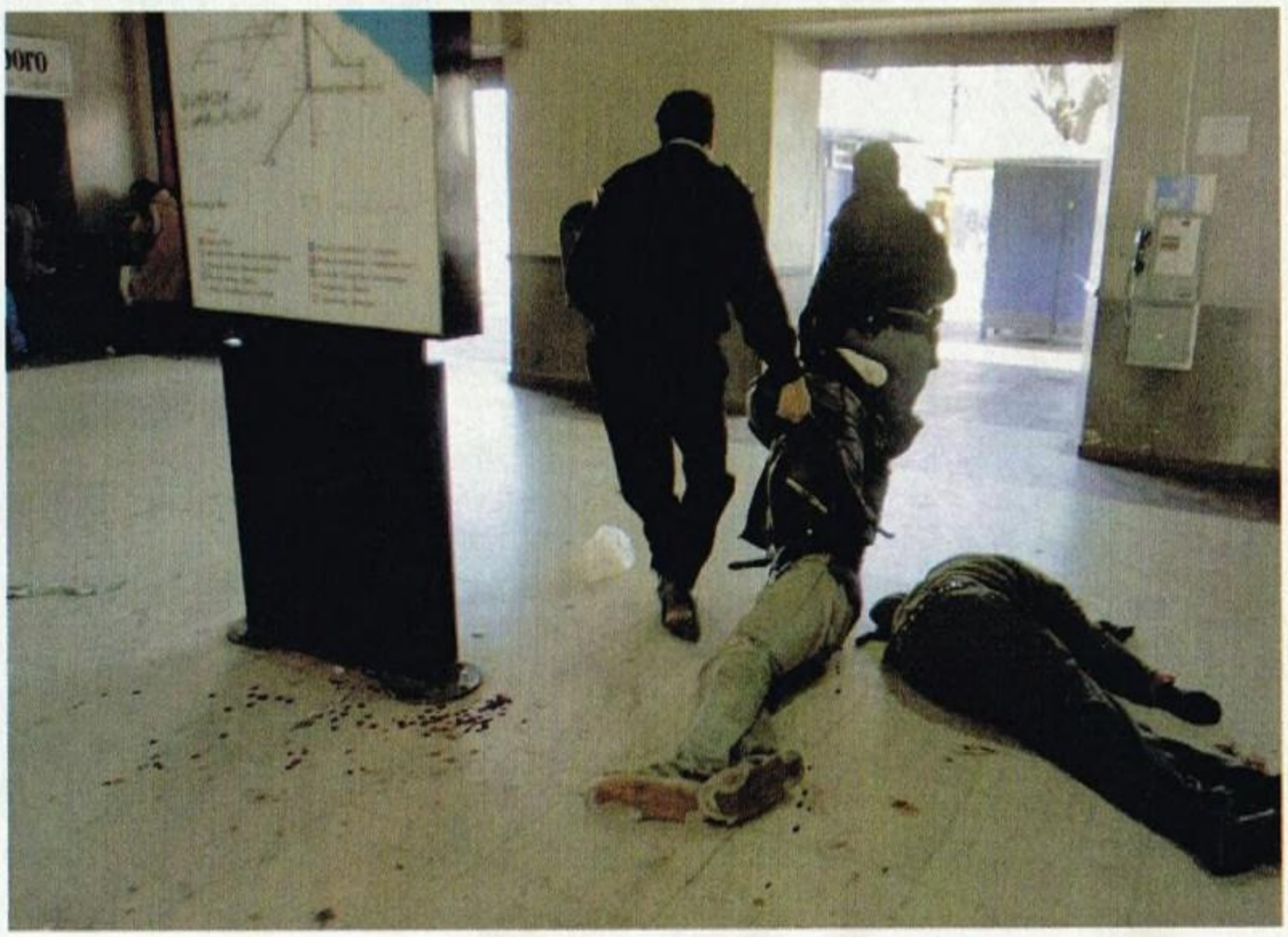
Ricardo González. Clarín.


BAELCO



Represión en el puente (2002)
El 26 de junio de 2002 los piqueteros cortaron el puente Pueyrredón. Hubo represión policial, que terminó con dos muertos: Maximiliano Kosteki y Darío Santillán. Al otro día, Clarín publicó estas fotos, utilizadas en la investigación judicial.

Pepe Mateos. Clarín.

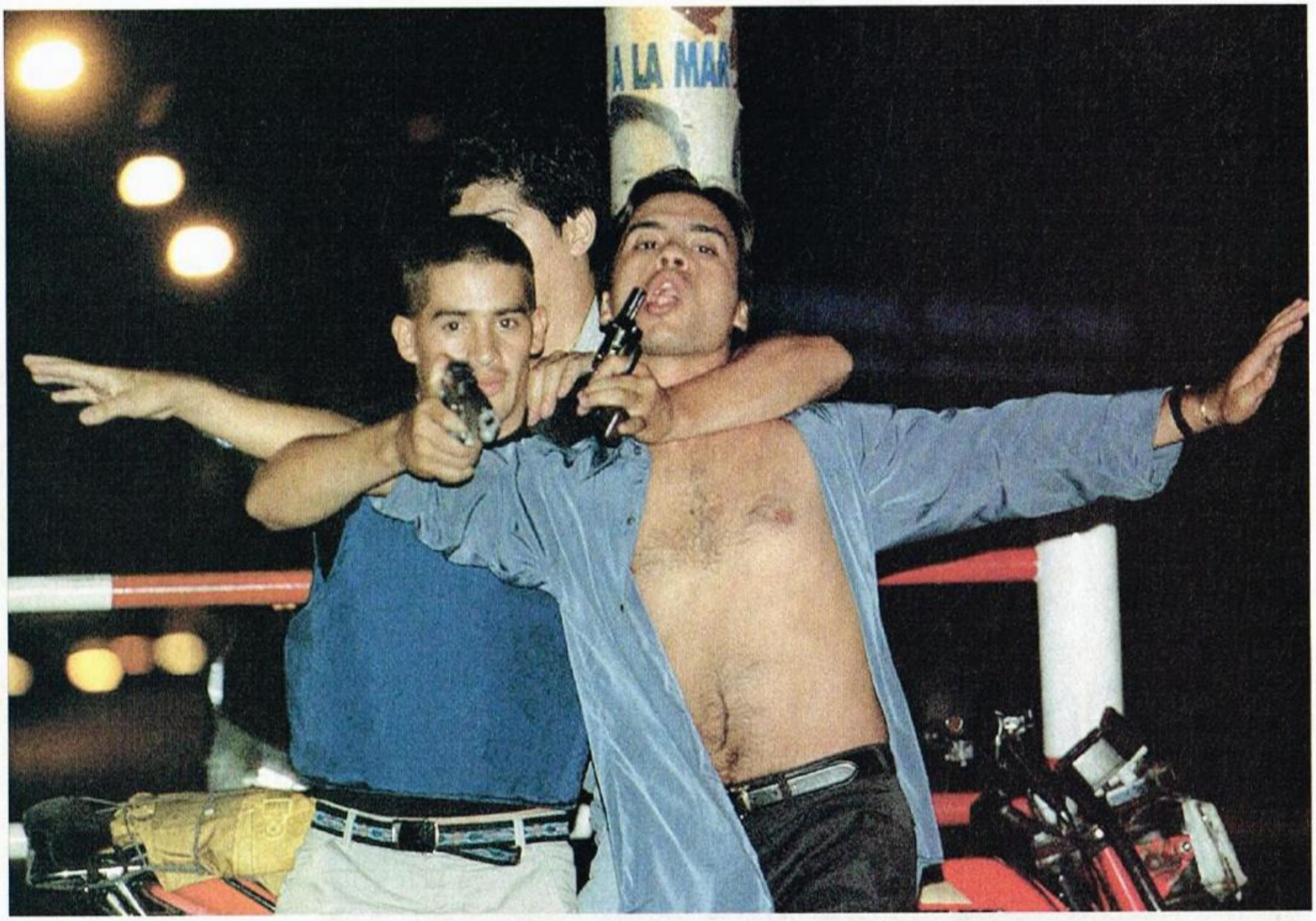


Retiro de los cuerpos (2002)
La Policía retira los cuerpos de ambas víctimas en la estación de Avellaneda. Con éstas y otras imágenes y videos, la Justicia determinó que las muertes ocurrieron en la estación. Duhalde decidió adelantar las elecciones tras el episodio. En 2005 se realizó el juicio oral.

Pepe Mateos. Clarín.

En primer plano (2002)
El ex comisario Alfredo Franchiotti, quien estuvo al frente de la represión, aparece junto al cuerpo de una de las víctimas. Franchiotti y el cabo Alejandro Acosta fueron acusados por las muertes.

Pepe Mateos. Clarín.



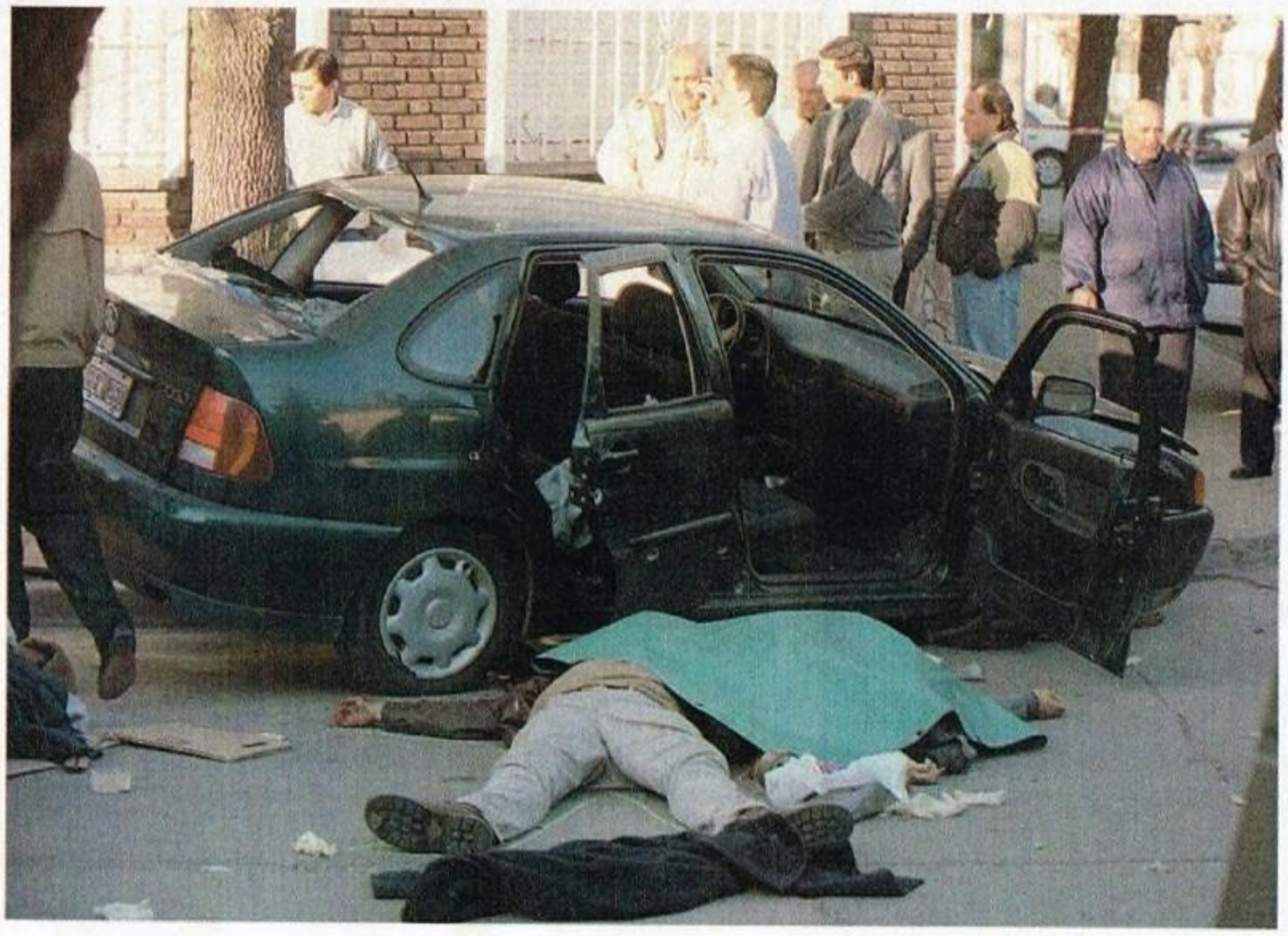
Rehenes en La Paternal (2000)
El 12 de marzo de 2000, dos delincuentes intentaron asaltar una concesionaria de autos en Villa Urquiza. Al ser sorprendidos por la Policía, tomaron rehenes, a quienes usaron como escudos. El hecho terminó con la muerte de ambos ladrones. Un rehén también fue baleado.

DyN.

Detenidos

La inseguridad se convirtió en algo cotidiano. A la izquierda, un policía vigila a dos ladrones que fueron detenidos cuando intentaron asaltar un local de McDonald's. Pese a todo, dos clientes, a la derecha, realizan sus pedidos ante el mostrador.

Archivo Clarín.



Masacre de Ramallo (1999)

El 16 de setiembre de 1999 tres ladrones ingresaron a la sucursal del Banco Nación de Ramallo. Tomaron seis rehenes. Después de 20 horas intentaron huir en un auto, que fue acribillado a balazos por un cuerpo de elite de la Policía. Murieron uno de los asaltantes, el gerente y el contador del banco.

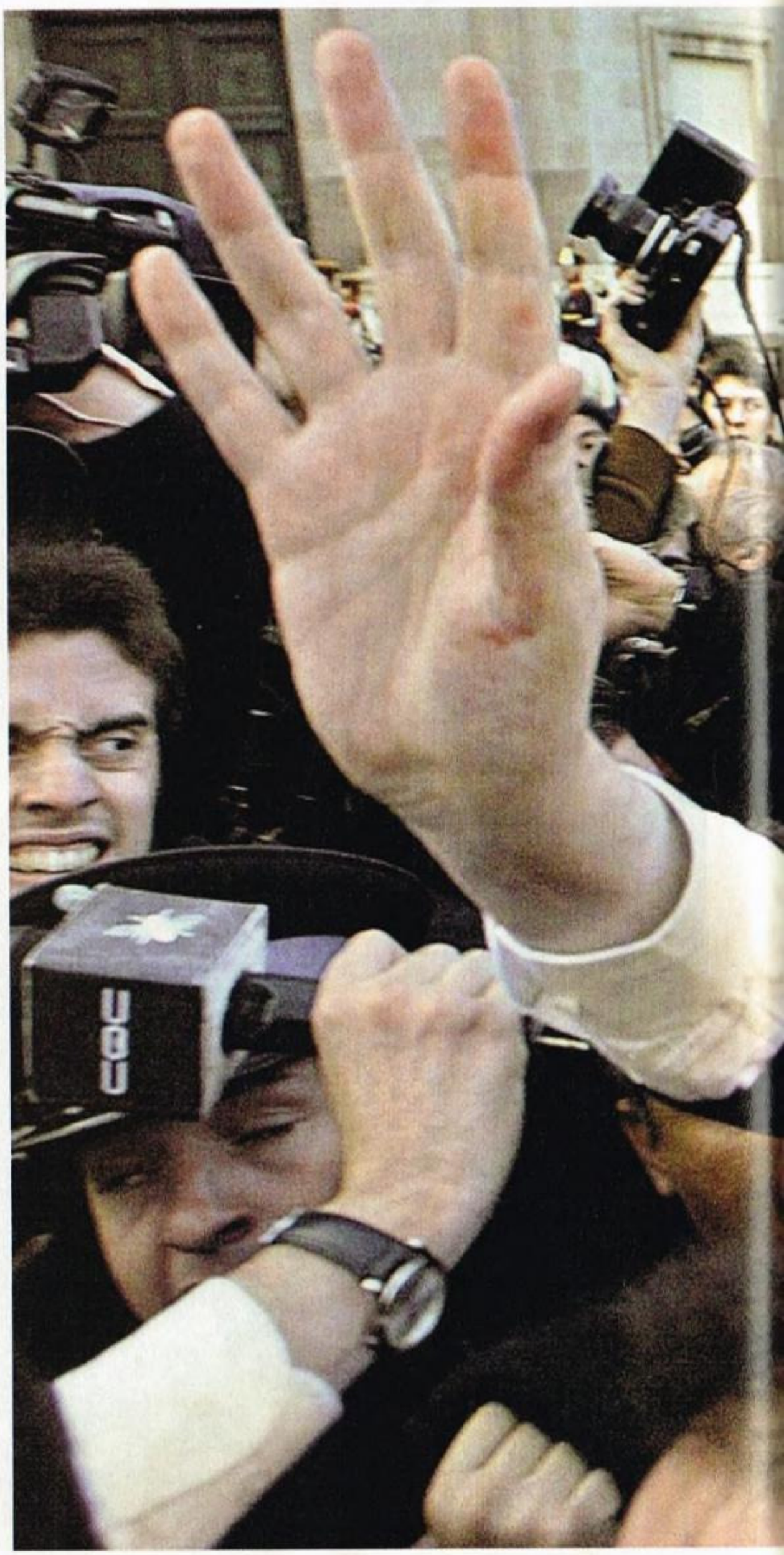
Gustavo Garello. Clarín.

Los primeros años de Kirchner

Las elecciones de 2003 tuvieron ribetes especiales. El justicialismo fue dividido: Carlos Menem, Néstor Kirchner y Adolfo Rodríguez Saá encabezaron tres listas diferentes. El 27 de abril, los argentinos volvieron a concurrir a las urnas. Menem obtuvo la primera minoría, con casi el 25% de los votos; en segundo lugar quedó Kirchner, quien contaba con el apoyo de Eduardo Duhalde. Según la Constitución reformada en 1994, había que realizar una segunda vuelta. Pero, descontando su derrota, Menem decidió no presentarse al ballotage. Así, el 25 de mayo de 2003, Kirchner asumió la presidencia.

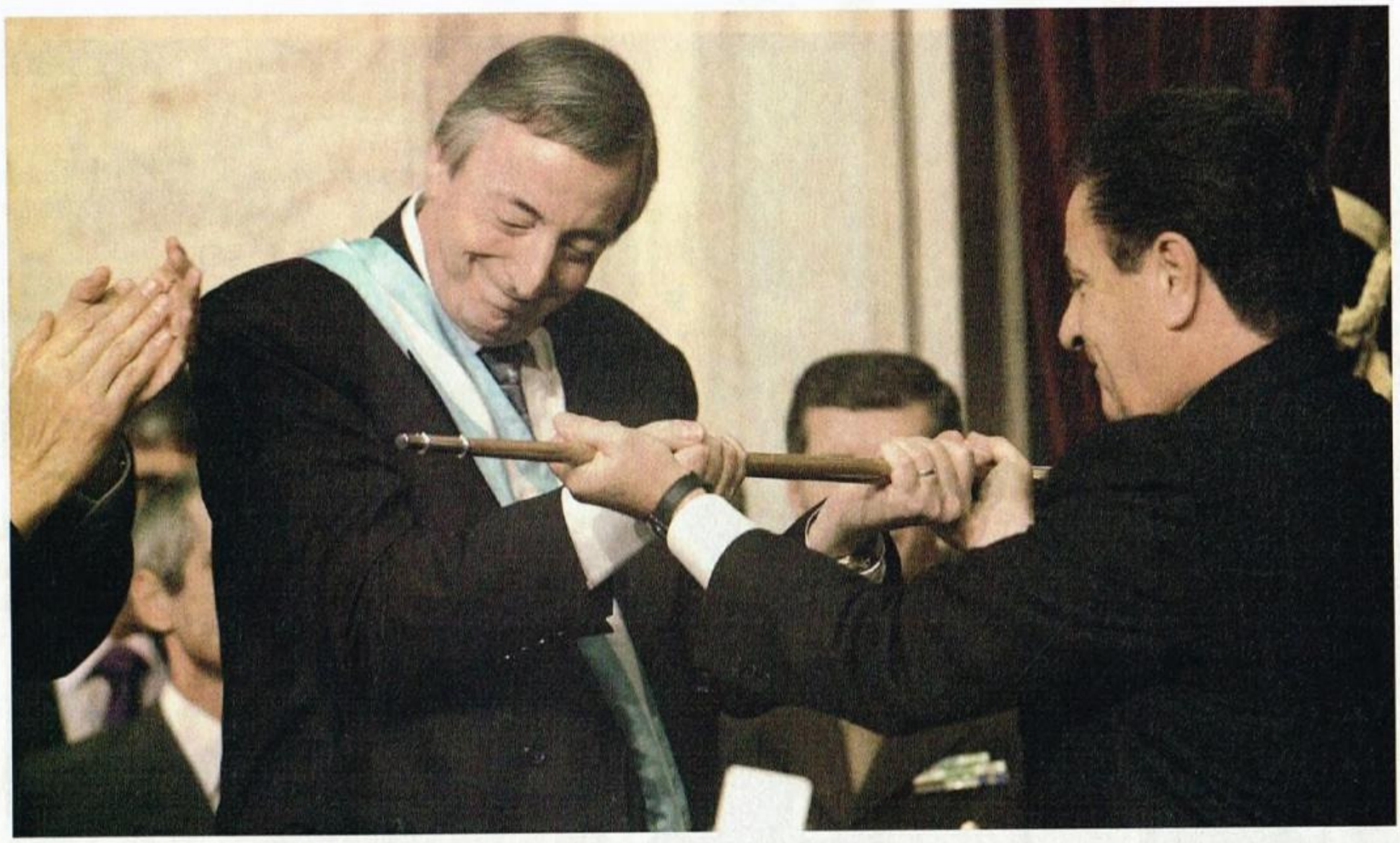
Entre sus primeros actos figuró la confirmación de Roberto Lavagna como ministro de Economía. Las relaciones con el FMI y los acreedores privados adquirieron nuevos matices. El gobierno propuso una quita del 75% de la deuda a los acreedores privados. Y en 2005 trataba de establecer un acuerdo duradero con el Fondo. Por otra parte, con intervenciones del Banco Central, Economía trata de mantener el dólar con una cotización cercana a los tres pesos. En estos dos años, la economía mostró signos de reactivación y, según las cifras oficiales, el desempleo bajó al 13% en el primer trimestre de 2005.

Según sondeos de opinión publicados en 2005, el Presidente contaba con un amplio apoyo social. Igualmente, los estudios mostraban que la mayoría de los argentinos destacaba a la desocupación y a la inseguridad como principales preocupaciones. "Fueron dos años difíciles y si bien estamos en el infierno, creo que estamos saliendo", le dijo Kirchner a Clarín al cumplir dos años de mandato.



Forcejeos, corte y asunción de mando (2003)
Néstor Kirchner saluda poco antes de ingresar a la Casa Rosada el 25 de mayo de 2003. En su frente aparece un pequeño corte, ocurrido durante un forcejeo con periodistas y fotógrafos mientras caminaba cerca de Plaza de Mayo.

Mauricio Lima. AFP.



El bastón (2003)
Eduardo Duhalde le entrega el bastón de mando a Néstor Kirchner el 25 de mayo de 2003. La corta gestión de Duhalde había permitido la recuperación de la institucionalidad, seriamente afectada por la crisis de 2001.

Gustavo Garello. Clarín.

Con Cristina (2003)
Kirchner y su esposa, Cristina Fernández, ingresan a la Casa Rosada el 25 de mayo de 2003. La primera dama es también senadora nacional.

María Eugenia Cerutti. Clarín.

Con el rey de España (2003)
Camino a una cumbre de Jefes de Estado Iberoamericanos, realizada en Bolivia, el rey Juan Carlos I estuvo en Buenos Aires. El 13 de noviembre de 2003 cenó junto a Kirchner y su esposa en el Palacio San Martín, donde fue registrada la escena.

Gustavo Castaing. Clarín.

Por la memoria (2004)

El 24 de marzo de 2004, a 28 años del último golpe militar, Kirchner presidió un acto en la Escuela de Mecánica de la Armada (ESMA), donde hubo un centro clandestino de detención. Anunció, entonces, que allí se instalaría un Museo de la Memoria.

Cecilia Profético. Clarín.

Descuelgue de cuadros (2004)
El 24 de marzo de 2004, Kirchner presidió otro acto simbólico en el Colegio Militar de la Nación. Allí ordenó retirar los retratos de Jorge Rafael Videla (arriba) y de Leopoldo Fortunato Galtieri, que aún permanecían en un pasillo de la institución.

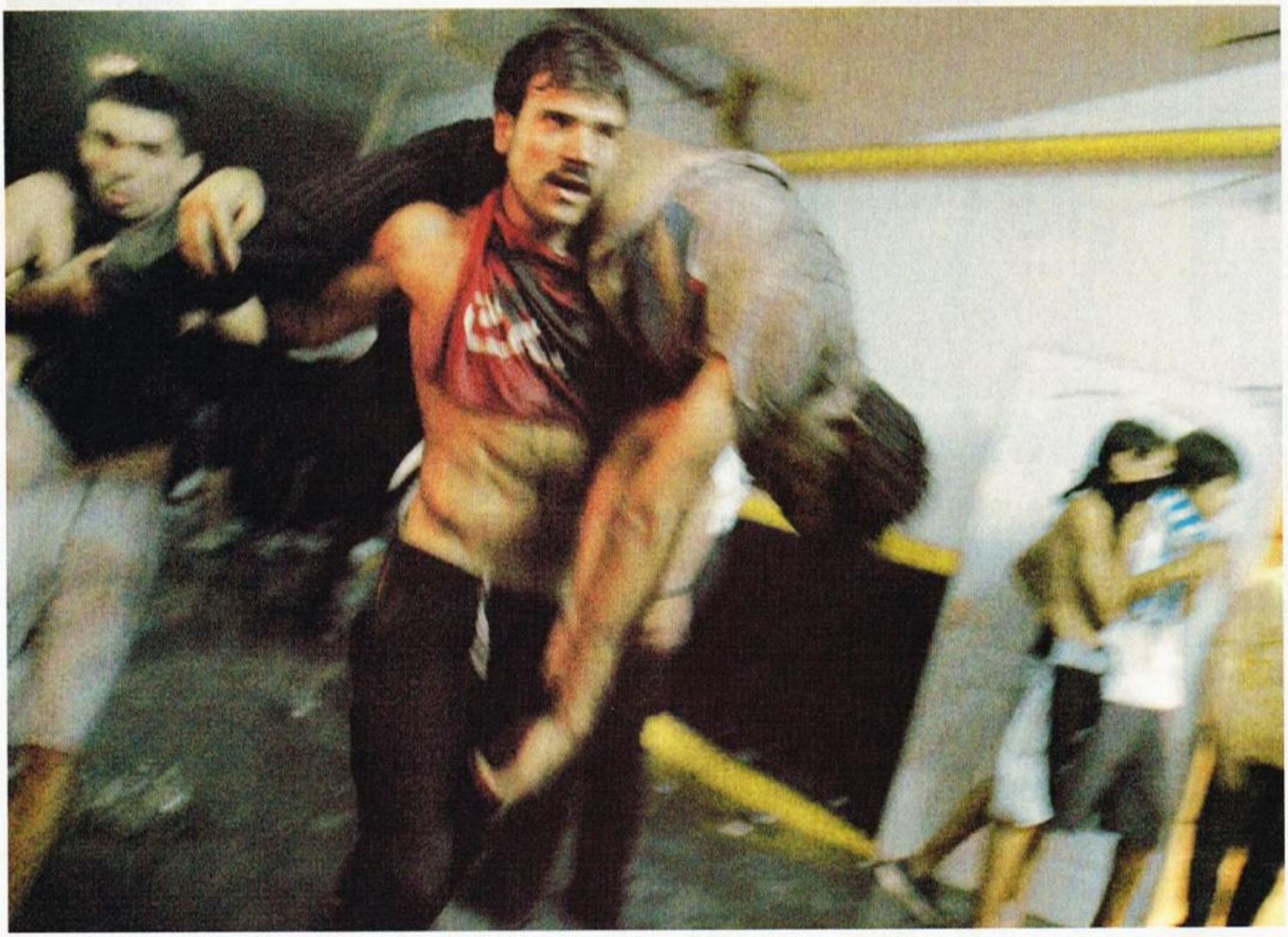
María Eugenia Cerutti. Clarín.

La tragedia de Cromañón

Un recital de la banda Callejeros, realizado en el boliche República Cromañón el 30 de diciembre de 2004, terminó en tragedia. Esa noche, una bengala provocó el incendio del local, donde quedaron atrapados cientos de espectadores. La falta de suficientes vías de escape y la presencia de materiales de fácil combustión transformaron al lugar en una trampa mortal. Hubo 194 muertos y cientos de heridos. La búsqueda y castigo de los responsables de la tragedia aún no ha concluido.

Dolor al hombro (2004)
Uno de los jóvenes que había concurrido al recital carga a una de las víctimas. Rápidamente, las llamas consumieron el local. Pero la mayoría de las víctimas murió por asfixia o aplastada durante la estampida desatada por el desastre.

Gustavo Castaing. Clarín.



El recuerdo (2004)

Poco después de la tragedia, la cuadra de Bartolomé Mitre al 3000, donde estaba Cromañón, se convirtió en el centro de la memoria de las víctimas. De diversas maneras, familiares y amigos de los muertos los recuerdan a cada instante.

María Eugenia Cerutti. Clarín.

El grito mundial de Boca

Entre el 2000 y el 2003, Boca llegó a lo más alto del fútbol en dos oportunidades. Primero, le ganó al Real Madrid por 2 a 1 en la final de la Copa Intercontinental realizada en el 2000, en Tokio. La figura fue Martín Palermo, autor de ambos goles. Tres años después, en el mismo escenario y por la misma Copa, Boca venció al Milan, esta vez por penales porque el partido había terminado 1 a 1. La figura fue el arquero Roberto Abbondanzieri. La conquista marcaba otro ciclo exitoso del director técnico Carlos Bianchi.

La noche de Palermo (2000)
Martín Palermo levanta su brazo, mientras los mellizos Gustavo y Guillermo Barros Schelotto aparecen junto a la Copa Toyota. Palermo había convertido los dos goles de la victoria frente al Real Madrid.

Carlos Sarraf. Clarín.

La euforia de Bianchi (2003)
El técnico de Boca levanta la Copa Intercontinental, luego del partido contra el Milan, el 13 de diciembre de 2003. Carlos Bianchi había logrado el mismo título como técnico de Vélez, en 1994.

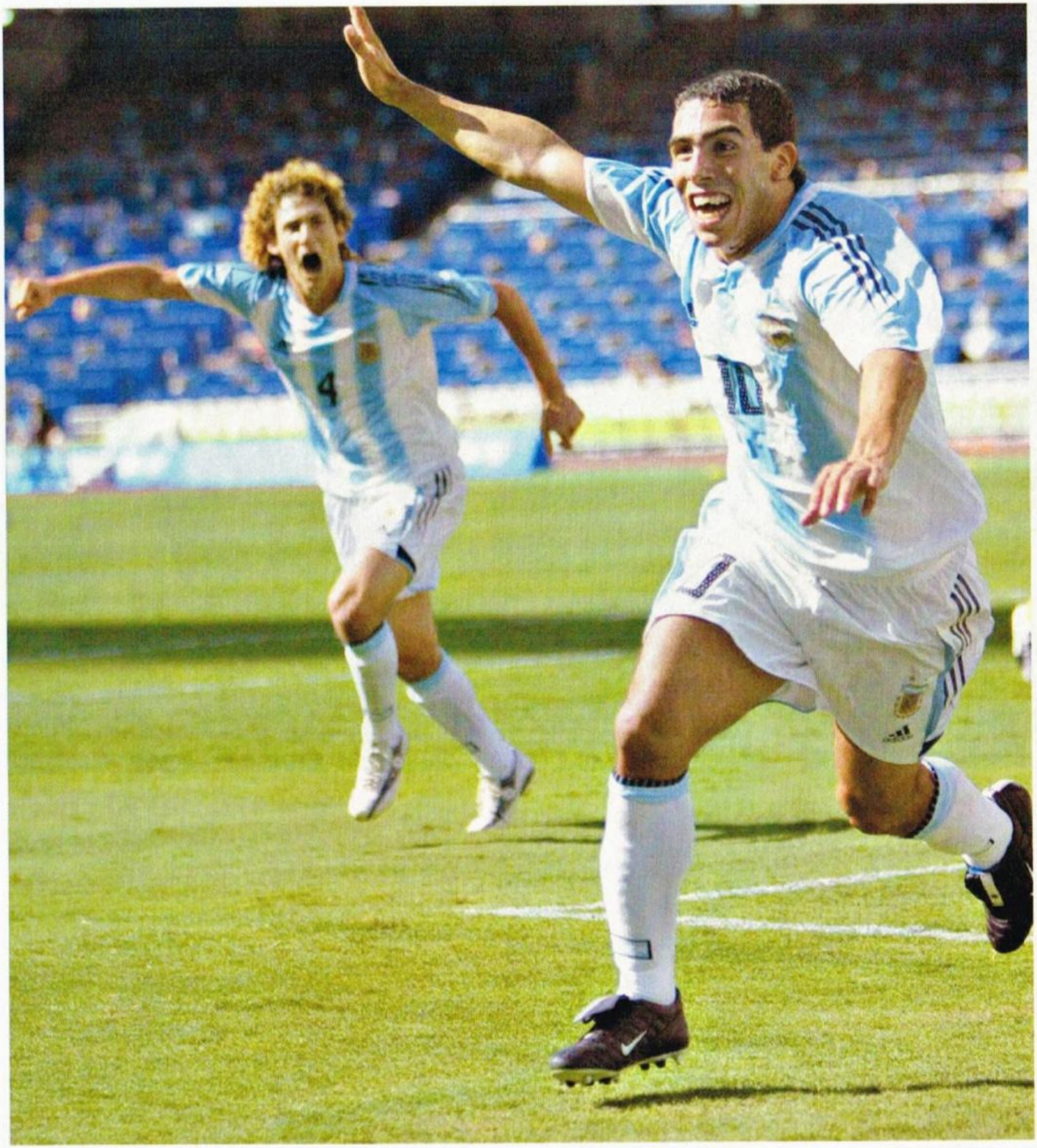
Fabián Uzquiza. Clarín.

Gastón Gaudio (2004)
Es tenista profesional desde 1996. Su máximo triunfo hasta 2005 era el Abierto de Francia. A la derecha, festeja tras consagrarse en Roland Garros, el 6 de junio de 2004, frente a otro argentino, Guillermo Coria.

AFP.

Final argentina (2004)
Desde 1977, cuando la victoria fue para Guillermo Vilas, ningún tenista de nuestro país había logrado ese título. En 2004, Vilas presenció la final y felicitó a Gaudio, quien besa la copa en esta foto.

Andreu Dalmau. EFE.

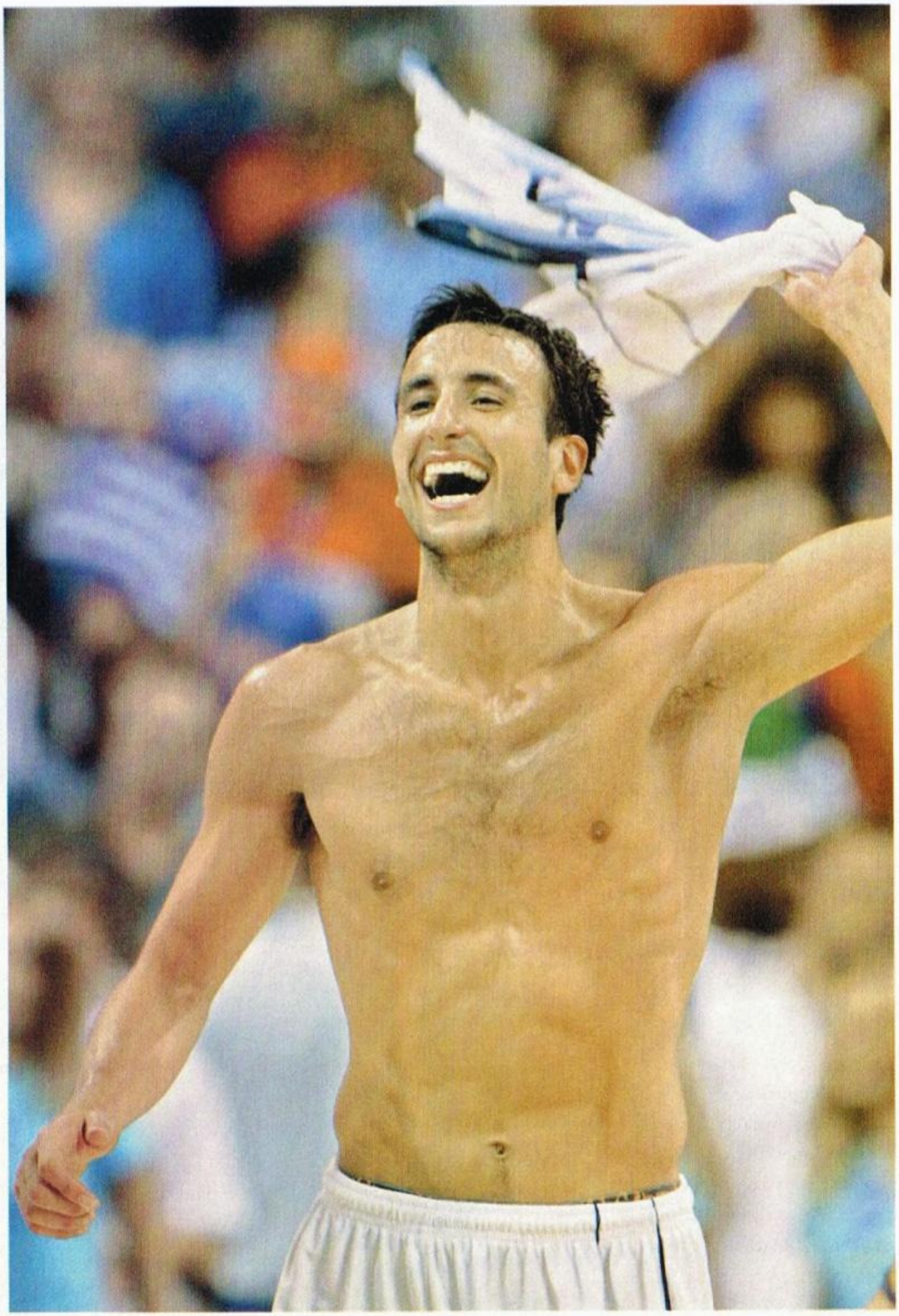


Fútbol olímpico (2004)
Carlos Tevez festeja el gol que definió la final ante Paraguay. La Argentina ganó por 1 a 0 y se quedó por primera vez con la medalla de oro en fútbol, el 28 de agosto de 2004.

Kim Ludrooth. EFE.

Laureles (2004)
Otro momento de la final del fútbol olímpico, en el estadio Karaiskaki, de Atenas. Tevez encabeza los festejos y muestra su corona de laureles tras la consagración frente a Paraguay.

Ricardo González. Clarín.



Emanuel Ginóbili (2004)
Nacido en Bahía Blanca, Ginóbili ahora juega en la NBA, la liga de básquet de Estados Unidos. Allí, con los Spurs de San Antonio fue campeón en 2005. El año anterior integró la selección argentina de básquet que se quedó con la medalla de oro.

Don Emmert. AFP.

La vuelta del oro (2004)

El 28 de agosto de 2004, el deporte argentino ganó dos medallas de oro en los Juegos de Atenas. Una fue para el fútbol y la otra, para el básquet. Habían pasado 52 años sin que la Argentina volviera con una medalla dorada de los Juegos. Arriba, el festejo de la selección de básquet.

Ricardo González. Clarín.

La costumbre de los juveniles (2005)
Leonel Messi festeja junto a Lucas Biglia y Ezequiel Garay, quien aparece más atrás. Messi hizo los dos goles de la victoria ante Nigeria y también fue el goleador del torneo.

Sebatián Pérez. Clarín.

Pentacampeones (2005)
Los juveniles festejan en Utrecht, Holanda, el 2 de julio de 2005. Con este título, suman cinco los obtenidos por este seleccionado. Los anteriores fueron los de 1979, 1995, 1997 y 2001.

Sebastián Pérez. Clarín.

Clarín 60 años

Directora
Ernestina Herrera de Noble

Editor General
Ricardo Kirschbaum

La Fotografía en la Historia Argentina
Clarín-Proyectos Especiales
© 2005 Clarín-AGEA

Editor General
Jorge Ezequiel Sánchez

Secretario de Redacción
Norberto Angeletti

Edición
Fernando Muñoz Pace
Héctor García Blanco

Edición fotográfica
Eduardo Longoni

Investigación fotográfica y documental
Abel Alexander

Diseño
Guillermo Peloche

Agradecimientos
Archivo General de la Nación, Archivo Caras y Caretas, Archivo Clarín, Archivo La Razón, Colección Abel Alexander, Colección Ana Laura Pérez, Colección Arnaldo Cunietti-Ferrando, Colección Antonia Pérez Bayo, Colección Boote, Colección Carlos Brega, Colección César Gotta, Colección Dirán Sirinián, Colección Edgardo Fusco, Colección Mirta y Miguel Angel Cuarterolo, Colección Roberto Ferrari, Complejo Museográfico Enrique Udaondo (Luján), Museo del Cine, Museo del Fin del Mundo (Ushuaia), Museo Evita, Museo Histórico Nacional, Museo Mitre, Museo Sarmiento, Luis Priamo, Sergio Ruiz Díaz, Oscar González, Ramón Gutierrez, Luis Freitas y Myriam Casals.

La fotografía en la historia Argentina / edición literaria a cargo de: Arte Gráfico Editorial Argentino - 1a ed. - Buenos Aires : AGEA , 2005. v.02 , 148 p. ; 26x22 cm.
ISBN 950-782-644-0
1. Fotografía-Historia Argentina I. Arte Gráfico Editorial Argentino, ed. lit. II. Título CDD 770.982

La Fotografía en la Historia Argentina

Clarín 60 años

Tomo IV

ISBN 950-782-646-7

9 789507 826467